

Una tara negra llegó a mi puerta

JOSÉ URBINA PIMENTEL

NOVELA





Una tara negra llegó a mi puerta

José Urbina Pimentel

José Urbina Pimentel
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798358719057

Diseño de portada
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Canto distante a Boconó

La ausencia de mis montañas me abruma, inundado por una niebla mortecina, con ansias por los verdes más hermosos creados por Dios, aquellos que desafían los límites de la razón y agasajan los sentidos, los mismos que otrora enamoraron de un solo vistazo a Ruiz de Vallejo.

Cerros que imitan el primer pesebre franciscano, dando vida a mis calles de siempre, viejas y nuevas, de casonas solariegas y casas sencillas, las mismas de la infancia y una adolescencia lejanas, cómplices tantas veces de mis pasos andados, como inquieto heredero del Machalengo trasnochado.

Calles inundadas de ilusiones y esperanzas, postales eternas plasmadas en luz desde el recóndito Pocito, como una telaraña tejida con mágicas agujas.

Boconó, hoy solo quiero descansar recostado en un banco de tu adictiva plaza, pero estoy sentado frente a mi computadora a cientos de kilómetros de distancia.

Cuando aquella calurosa tarde de octubre me llamaron para darme la mala nueva, que Nino, mi padre, había sufrido un accidente, me preparaba para salir a trabajar. Acababa de almorzar, sonó el teléfono y reconocí la voz de Eudes, un viejo amigo de la infancia, vecino de la cuadra, que extrañamente casi sin saludarme, en forma directa, de una me preguntó si me había comunicado con mi familia.

En ese instante, tales palabras abrieron en mí, un océano de incertidumbres, sabiendo de antemano sin saberlo, que algo malo había ocurrido. Le respondí que no, que “hoy” no había hablado ni con mamá, ni papá, menos con mi hermano, y de sopetón, me dijo que Nino se había volcado por una peña en un cerro de San Rafael, pero que no me preocupara, que él estaba bien. Según, ya los bomberos lo habían rescatado, lo llevaban al hospital, y que quedaba pues la tarea de sacar el Toyota, el cual había caído unos doscientos metros.

Eudes insistió en asegurarme que papá estaba consciente. Pero algo me decía que Nino, a quien yo desde niño siempre le había dicho así y no papá, no por falta de respeto, sino al contrario, por demasiado afecto filial que le tenía, no estaba bien. Aunque en mi familia materna esa es la norma, llamar por el nombre de pila o un diminutivo también a los abuelos y a los tíos, sin el término indicativo de la filiación y de esta manera, todos los nietos nos dirigíamos a los abuelos directamente como Rufino o Rufo y Talla; por supuesto con los tíos asumimos igual trato.

Dentro de la familia paterna si es común el uso del “tío” entre mis primos, pero a mí me cuesta adaptarme a esa práctica; de esta manera llamaba a mis abuelos “Papa” Simón y “Mama” Pancha, así sin acento. En mis hijos ha privado la costumbre de la familia de mi esposa, de esencia más conservadora y apegada a los cánones tradicionales, donde no sólo existen los tíos por consanguinidad, sino también los “políticos” tras el vínculo matrimonial, incluso incursionando yo en tal categoría.

Creo que esta era una noticia, que desde hacía mucho tiempo sabía que en cualquier momento me iban a dar, pero que me negaba a recibir, ya que Nino quien era fuerte de contextura, con el pasar del tiempo, se había convertido en un viejo testarudo que no quería aceptar la vejez y no pretendía retirarse de algo que realmente amaba, como era su trabajo desde muchos años atrás: “hacer carreras” para los cerros en su *Toyota* beige, a los diferentes campos y confines que rodean al pueblo, o cuando era requerido a otros lugares de la geografía trujillana y portuguesaña. Y remontándome a las imágenes de mi primera infancia, siempre lo vi de chofer de cerros.

Ciertamente, era un hombre que ya superaba los ochenta años, pero que tal vez por contar con un espíritu imparable y jovial, demostraba menos edad. Era enérgico, bastante vigoroso. Cargaba y subía pesados bultos en la parrilla del vehículo como un joven de veinte años, mostrándose incansable, pudiendo llegar de una “carrera” y siempre estaba dispuesto a hacer

otra, si se lo solicitaban. Por eso, y por la bonhomía y su buen trato, la gente del campo lo buscaba frecuentemente en la casa, o en la esquina de El Recodo.

Esa esquina adictiva de todos y de siempre, de nuestros viejos durante el día y de nosotros, los hijos de los viejos en las noches, aunque ya entramos en el terreno de ser los nuevos viejos; digo “viejos” no en tono despectivo, sino al contrario, como reconocimiento a la experiencia, a esa sabiduría innegable que brindan las “canas”. La esquina de Nino, que, aunque era “vegtero” de nacimiento tenía viviendo en el sector más de cincuenta años, un lugar donde el tiempo y las risas se amalgaman en las mil y una anécdotas.

Aunque ya es un hecho innegable, que de hace unos cuantos años para acá, de noche ya no es la misma, arropada para mal, también por ese terrible monstruo llamado “inseguridad”, que nos carcome como sociedad, metiéndonos miedo como mínimo de ser atracados y por lo tanto es imprescindible refugiarse temprano puertas adentro. Ahora en la noche, la vieja esquina de todos yace solitaria y oscura, plena de sombras por doquier en un pasmoso silencio, como espacio exclusivo solo para osados transeúntes.

Pero anteriormente, hace unos cuarenta e incluso treinta años atrás, El Recodo mostraba un rostro pujante, era el sitio de encuentro de campesinos de todas las comarcas aledañas o lejanas, punto de llegada y de salida, tal vez porque antes de la construcción del terminal local, estaban allí ubicadas las líneas de transporte para Caracas, Valencia, Maracay

y Barquisimeto, así como la de Valera; de igual manera los principales negocios mayoristas del pueblo; también había una especie de mercado campesino a campo abierto conocido como “El Corral”, donde se “truequeaba”, en el sentido estricto de la palabra, con animales y diversos productos agrícolas; varios hoteles, pensiones, cafetines y abastos, al igual que bares, donde el golpeteo estridente del choque de bolas de billar o de piezas de domino sobre mesas de formica, competían con las canciones que emergían de viejas *rockolas*, y que esto último me ha permitido interpretarlo como “el triángulo de las *rockolas*”, donde las de Graciano, Ruperto y Chico, sonaban desde la mañana hasta bien entrada la noche, en sus pequeños discos de treinta y tres revoluciones, con preferencia las voces de Felipe Pírela, Los Panchos, Julio Jaramillo y Antonio Aguilar, acompañados en desafinados coros por los bohemios cotidianos.

Por aquella época, el populoso sector era un reducto de exquisiteces gastronómicas populares, de fina preparación pero económicas: los pasteles de Virginia arribita del Liceo, los de Zoila en el puente, los de Auxiliadora en la entrada a La Peineta, los de Tulia o los de las Bastidas “puertas frente a frente”, o los de queso y papa de las Rojas, y como orquestados en una extraña e inexplicable paradoja, todos eran mejores que los demás, pero ningunos peor que los otros; los suspiros y bizcochos, también hechos por las Bastidas; el pan de Doña Blanca, inigualable, debo decir que luego que dejó de venderlo, no he vuelto

a comer en ninguna parte, un amasijo tan sabroso como ese; el fresco de leche de Rojas, tan sencillo en su combinación de la leche de pote, vainilla y azúcar, al cual tal vez le colocaba algún otro ingrediente secreto, invitando a consumirlo más allá del simple hecho de calmar la sed durante tardes calurosas; excelentes los pollos de Graciano en el “Sol y Sombra”, que recuerdo que Carlos, su hijo menor y yo, le quitábamos, so pena del merecido regaño de Doña Ana, los crujientes y grasosos “rabitos” en el mismo asador; así como las inigualables chulas de Doña Pancha en la frontera de El Recodo hacia las calles de arriba, crujientes galletas a base de panela, tan típicas y tan comunes a lo largo y ancho del pueblo, pero ningunas como las de esa vieja casona.

Era pues, un inmenso bazar de sabores y olores cautivantes dentro de tan pequeño espacio, un par de calles cruzadas, llenas de avisos con pintorescos nombres, que formaba parte de su naturaleza mágica.

Por todo esto y muchas otras cosas, pienso que está allí la raíz esencial de lo que soy, de mi amor por lo sencillo, lo cotidiano; por el sonido perfecto de las guitarras que acompañan los boleros, por los desgarrados poemas de José Alfredo Jiménez devenidos en letras de pegajosas rancheras, transmutados hacia historias, sueños y palabras que hoy hacen vida en los libros. Apegado pues a un pasado “dinámico y no estático”, que me lleva a creer que la dicha de crecer y vivir en tan pintoresco sector, es una de las mejores cosas que me pudieron haber pasado en la vida.

Y de esta manera, es imposible olvidar tantos momentos agradables, como los juegos de metras, policías y ladrones y “fusilao” hasta tarde en la noche, sin temores de nuestros padres porque sabían que andábamos con gente buena; o aquella improvisada escuela de geografía, que monté cuando tendríamos unos ocho años, en la casa de Carlos “Pico e’ loro”, entre cajas de cervezas que nos servían de pupitres, y donde mis únicos “alumnos” eran Gumer y él; y ya en tiempos más recientes, las lupulosas y amenas tardes donde Racente que muchas veces se extendían hasta la noche; y qué decir de las sabrosas parrandas y tertulias en el “Antero”, amenizadas a punta de vallenato campesino y nueva trova cubana.

Fácilmente pudiera escribirse “a varias manos” un anecdotario titulado algo así como, «Crónicas de una vieja esquina: El Recodo, una vida entre pasteles, choferes y *rockolas*”. Quizás algún día, sin los traumas surgidos, nuestra esquina vuelva a ser la misma.

* * *

Mi padre demostró en medio de esa humildad, que como marca de fábrica lo caracterizó a lo largo de toda la vida, ser de naturaleza leal y gentil, poco apegado a lo material y presto siempre a ayudar a quien se lo solicitara, en fin, supo cultivar la amistad, ese inquebrantable cúmulo de afectos, que con hilos invisibles pero férreamente forjados, nos acercan en el tiempo y en la distancia. Buen amigo de sus amigos, y que hace que en la calle me saluden y traten afectuosamente personas que no conozco, re-

firiéndose a mí como el “hijo de Nino”, lo cual me ha abierto puertas en los momentos más inesperados.

Pienso que no hay campo boconés donde no lo conocieran y lo apreciaran; por eso no era extraño, que al llegar de alguna “carrera”, trajera consigo papas, racimos de cambures, cebollas, mazorcas, au-yamas, ajos, tomates, pimentones, ajíes, zanahorias, chayotas, naranjas, mangos, “veradas”, mandarinas, limones, chirimoyas, guamas, guayabas, moras, fresas, higos, caraotas, arvejas, cachapas, cuajadas, leche de vaca, o un sinfín de frutas, verduras y otros obsequios, que los campesinos por agradecimiento y con simpatía le regalaban. Era un afecto recíproco que él, en cualquier momento o circunstancia inesperada les sabría retribuir.

Me enteré tiempo después, que precisamente la mañana del accidente, le había hecho una “carrera” a un señor, y aprovechó la ocasión para llevarle un presente a unos viejos amigos que vivían por el mismo sector, un poco más allá, y fue estacionando en retroceso en el patio de ellos, cuando se fue cerro abajo. Sin pretender juzgar al inexorable destino, de haberse devuelto a Boconó al dejar al señor de la “carrera” en su casa, y no ir a llevarle a esos amigos una botella de vino, como anticipación a la navidad por venir, dentro de esa bonita costumbre de compartir e intercambiar regalos, no le hubiera pasado nada, pero más pudo su hidalga generosidad. Son elucubraciones absurdas, ya que los arcanos de la historia y de la vida son irremediabilmente inalterables.

Pero yo ya lo percibía cansado, aunque él lo disimulara, y por eso en muchas oportunidades, cuando la gente iba a buscarlo a la casa para que les hiciera una carrera, se los negaba, inventando que andaba para un cerro lejano, que el carro estaba dañado, o sencillamente, que estaba enfermo, entre otras cosas, todo con la firme intención de que no saliera a laborar. Eso él nunca lo supo, ya que su molestia habría sido cosa grande. Claro, yo estaba convencido con razón, que ya no estaba en condiciones de seguir sus extenuantes jornadas tras un volante y que de haber sido un trabajador perteneciente a una empresa o institución pública, hace tiempo lo habrían jubilado, tomando en cuenta que la edad máxima para la jubilación, se ubica aproximadamente por los sesenta años de edad, y hacia largo rato que Nino había superado esa barrera. Y ese era el meollo del asunto, papá no creía en que la gente dejara de trabajar.

Antes había ejercido otros oficios, como cuando niño y adolescente en La Vega, ayudaba a Simón, su padre, a sembrar en tierras de su abuelo Rafael, y luego, ya de hombre hecho y derecho, fue mecánico, latonero y herrero. Intuyo que de estos últimos oficios tomó su devoción por los carros, por tenerlos bonitos, conservados en buen estado, a pesar de que todos los días “patearan” bastante tierra y barrial en su incansable cerro arriba y cerro abajo. Así limpiaba su carro de polvo o sucio todas las mañanas al sacarlo del estacionamiento, o en cualquier rato libre.

Recuerdo que por mucho tiempo hizo escopetas que vendía entre cazadores amigos. La cacería fue una afición que siempre mantuvo, no siendo raro que cualquier mañana llegara con animales silvestres, a veces suficientes, que seguro saborearíamos en los días contiguos. Y es que era un tirador muy certero; con él se cumplía de plano aquel viejo dicho de “donde pone el ojo, pone la bala”, y no en sentido literal. Varias veces de pequeño, lo vi en tardes de domingos que salíamos a “pasear” a los campos, parar en la carretera de La Cristalina, El Pocito o Las Guayabitas, buscar un costal que llevaba debajo de alguno de los asientos traseros y sacar su escopeta de turno, ya que tuvo varias, entre las que recuerdo una “morocha”, o la última que le vi, una *Remington* negra mate. Era que avistaba una presa, bien fueran pavas, patos de temporada, conejos, o cualquier “animal de monte” que se comiera, a la cual sigilosamente apuntaba con firmeza y con la precisión de un buen cirujano, valga la extraña y absurda comparación, atinaba. Nunca lo vi errar un tiro. Luego Alexis o yo recogíamos el animal muerto, que, en la cena de esa tarde o el almuerzo del día siguiente, degustaríamos guisado con papas.

Hace unas dos décadas que vendió la última de sus preciadas escopetas, quizás al verse presionado por la paulatina pérdida de su agudeza visual, o bien por los controles que a cada día se hicieron más rigurosos con el porte de armas y la caza silvestre, en la lucha contra los cazadores furtivos. Como recuerdo y evidencias de esa época, sólo quedan regadas encima

del viejo escaparate de su cuarto, unas cuantas cápsulas rojas y verdes llenas de balines.

Hoy no logro entender como no tengo afición alguna por las armas y que jamás en la vida haya “jalado” un gatillo, a pesar de haber tenido ese padre cazador, que algunos días se dedicaba a hacerlas por encargo, cortando y amoldando tubos de hierro, tallando y puliendo con delicadeza la madera de la culata, aceitando las suyas, o bien rellenando cápsulas en un extraño aparato que las sellaba, y que igualmente con las escopetas de un momento a otro se esfumó.

Tampoco para nada heredé su manía diaria por limpiar los vehículos. Carencia que hace que recurrentemente sea un motivo más de reclamos de Herminia, mi esposa, increpándome a lavar el carro, sobre todo en tiempos de sequía, cuando el polvo se adueña del anterior color de la pintura; mucho menos su acostumbrado arte de “echar” mecánica, lo que me obliga cuando se me “daña” el auto, sencillamente a recurrir al taller.

* * *

Venía lo difícil, llamar a mi mamá, ya que, en medio de lo hablado con el vecino, se me había olvidado preguntarle si ya ella o Alexis, mi hermano, sabían de lo ocurrido. Ahora bien, después de pasados los años me pregunto: ¿quién se lo diría y por qué no informo a mi madre, tomando en cuenta que el hotel propiedad de Eudes y mi casa están ubicados uno al lado de la otra? ¿Era entonces que en El Recodo ya lo sabían algunos menos mamá, y por lo tanto ella no

me había llamado? Lo que pasa es que hay noticias incómodas que son muy difíciles de dar, a menos que guste ser “pájaro de mal agüero”, lo que en ocasiones sin querer he sido, y eso no es muy atractivo que digamos. Que lo diga la familia de Santiago *Nassar*, que por una noticia no dada, los ofendidos cuñados lo masacraron, como lo describe García Márquez en su “Crónica de una muerte anunciada”

Infructuosamente intenté marcarle a mi hermano. Su línea telefónica me llevaba de plano a ese desagradable e inoportuno mensajito de la operadora, que con monótona voz recita “el suscriptor que usted ha llamado no puede ser localizado, por favor intente su llamada más tarde”. Hacerlo a casa de mi abuela, pensé tampoco era la solución, porque conociéndolas bien, ella y mi tía Carmen se alarmarían, y seguro harían lo mismo con mamá.

Vacilé unos minutos sobre qué hacer y qué decir, por su inminencia, pero con tacto, y así decidí llamar a una tía, “pasándole el testigo” de ser la portavoz. Por lo tanto, hablé con Blanca y asunto resuelto, sería ella la encargada y no yo, de dar la inesperada noticia.

* * *

Esa llamada del vecino, trastocó el curso de mis actividades cotidianas. Debía ir a mi pueblo. Por la hora, la una y media o casi las dos de la tarde, era ya sumamente difícil hacerlo. La distancia desde esta “ciudad de las mieles eternas”, como nomino afectuosamente a Ejido, a mi pueblo natal se mide en unas seis o siete horas, dependiendo del apuro y la

velocidad, aunque Racente, el dueño de “La Zulia, una buena cervecería “recodera”, que bien sabía bastante de parrandas, una vez, ante mi pregunta de ¿cuánto tiempo gastaba de Boconó a Mérida?, tajante me respondió que dos botellas de *whiskie*. Tampoco mi carro estaba en condiciones de hacer ese largo recorrido; hacía mucho que le había cambiado el aceite. En cuanto a la opción de irme en transporte público, ya el último bus a Valera habría salido o estaría por salir, aparte de que no contaba con suficiente dinero en efectivo para los pasajes y los gastos del camino.

Por otra parte, era una incertidumbre, o mejor dicho un imposible llegar a Valera con suerte a eso de las siete de la noche, en el mejor de los casos, y lograr “algo” que me llevara a Boconó. Antes era posible a esa hora o incluso más tarde, conseguir transporte en El Cruce, pues pasaba el Bomara, que venía de Maracaibo, o los buses de Las Delicias, provenientes de Caracas y Valencia, pero era esta una de las tantas cosas que ya lamentablemente veníamos perdiendo.

De esta manera, no me quedó otra opción que cambiar la preocupación de viajar inmediatamente, por un poco de sensatez, haciéndome de la concienzuda idea de levantarme al día siguiente bien temprano por la madrugada, y viajar de esta manera con una mayor seguridad. Aproveché entonces la tarde para ir al banco a sacar el dinero en efectivo para cancelar los pasajes, e informar en mis trabajos del liceo y de la universidad, vía telefónica, de lo acontecido, manifestando mi requerimiento de ausentarme tal vez por

unos quince días, dependiendo del estado de salud y evolución de mi padre. En el caso de las clases universitarias, que debía tener actividades ese fin de semana y a los quince días, para culminar así el semestre, el cual se encontraba en sus postrimerías, me sugirieron reestructurar las estrategias académicas presenciales totalmente hacia la plataforma virtual, y contactar al delegado grupal, para que en lo inmediato pusiera al tanto al curso. A pesar de que por comprensión me permitieron postergar la entrega de recaudos, me solicitaban comprometerme a “vaciar” las calificaciones a tiempo, con la finalización semestral.

Otra preocupación adicional, era dejar a mi esposa e hijos solos por esos cuantos días por venir, sobre todo cuando teníamos a Gabriel, un bebé de apenas seis meses de nacido, lo que me exigía un mayor apoyo y colaboración hogareña, por lo que esa tarde traté de comprar la mayor cantidad de alimentos y otras cosas que el bolsillo y el tiempo permitiera, que les pudiera medianamente alcanzar hasta mi regreso.

Llamé también a Luis, mi hijo mayor, informándole de lo ocurrido a su abuelo, y que yo viajaría a Boconó al día siguiente, por lo que ese viernes y posiblemente el próximo, no lo buscaría para pasar el fin de semana con nosotros, como acostumbraba tradicionalmente desde que era un niño, pero que seguro yo estaría de regreso en quince días.

Al final de la tarde, pasadas las seis, en medio de la preocupación y los preparativos mínimos, caí en cuenta que esa noche tenía clase de postgrado y

así me fui directamente a la misma. Llegué tarde, y sin conectarme mucho con la temática en discusión, pues mi mente estaba en tantas partes a la vez, pude al finalizar la actividad, comentarle al docente y a algunos compañeros cercanos, la necesidad de ausentarme por unas tres o cuatro reuniones, debido al percance que vivíamos en mi familia, y que asumía con responsabilidad cualquier calificación que obtuviera en el Seminario, ya próximo a culminar. Al menos tenía a mi favor que había realizado dos exposiciones, presentado una prueba escrita y redactado un ensayo, en los cuales había obtenido excelentes resultados en la calificación. Del Plan inicial de evaluación solo faltaba otra prueba y el trabajo final, por lo que debía sumar, supongo un setenta de porcentaje evaluado. No dudaba en que aprobaría satisfactoriamente la materia.

Ya mi mamá, Elita, o la señora Elita como es conocida, había sido enterada por mi tía Blanca, quien luego me dijo, como con sutileza se lo comentó dosificadamente “de a poquito”, para no dispararle su condición de hipertensa, e inmediatamente se fueron al hospital. Llegaron también al nosocomio local, mi hermano y otros tíos, hermanos de papá.

Poco a poco, llamada tras llamada a Alexis o a Vanessa, su hija mayor, me fueron comentando del estado de salud de Nino, de los pormenores del accidente, y de cómo una grúa, con el apoyo de un grupo de lugareños sacaron con mucho esfuerzo, por la dificultad del terreno y la profundidad de la

peña, el carro siniestrado. De esta manera, me enteraron que el asunto era un tanto más serio de lo que inicialmente me había dicho Eudes, o sea que el golpe había sido fuerte.

En fin, no quedaba otra cosa que prepararme para viajar a ayudar en los cuidados de la segura recuperación de mi padre.

* * *

Como lo había planeado, salí bien temprano en un taxi hacia el terminal para tomar el primer bus hacia Valera. Ya enrumbado páramo arriba, intenté comunicarme con mi hermano o mis parientes en Boconó, o con Herminia, para ver si ella sabía algo, pero la cobertura del sistema telefónico estaba más malo que de costumbre, y fue pasando Timotes, ya desplazándome en territorio trujillano, cuando me enteré por Vanessa, que ellos también tenían horas intentando comunicarse conmigo, para informarme que luego de evaluaciones médicas más profundas, los galenos habían decidido la necesidad de operarlo de emergencia de un ojo y era fundamental trasladarlo al Hospital de Valera, el cual por su condición de recinto universitario, contaba con mejores recursos humanos y técnicos para su caso particular; por lo tanto, al llegar yo a Valera, me fuera al hospital de esa ciudad y no para Boconó. Faltaba entonces menos de una hora para llegar a la llamada al igual que la antigua capital italiana, “Ciudad de las Siete Colinas”, acepción que le dan a Valera por los siete cerros en que se alza, a pesar de ser la continuación

de una amplia sabana originada en la zona panamericana contigua al Lago de Maracaibo, conocida como la Depresión Zuliana.

Mientras llegaba al terminal, continúe haciendo en el recorrido, la otra cosa aparte de intentar llamar a la cual me había dedicado, como era llenar *sudoku*s. Por la premura del viaje, había olvidado meter al maletín alguna novela para complacer mi placentera afición por la lectura, que más que un hábito, para mí es una necesidad vital. En el terminal de Mérida, adquirí una revista de *sudoku*s, la única que quedaba, un “librote” de no sé cuántas páginas, del grosor de dos o tres “Gaceta Hípica”, de esas que se vendían tanto durante el añejo y extinto boom del “5 y 6”, hace mínimo unos treinta años atrás. Estos juegos enfiebran, son adictivos; antes, cuando la impresora de mi apartamento servía, los imprimía por cantidades para atenuar la espera en los consultorios médicos.

Estos cuadritos de números suplantaron mi viejo gusto hacia los crucigramas, que con el colapso y paulatina desaparición de los periódicos y las revistas, había ido dejando de llenar. Ya perdí la cuenta de cuando compré el último periódico, algo inconcebible para alguien como yo, que desde niño lo hacía consuetudinariamente, con un fervor enfermizo sobre todo a “El Nacional”. Otra causa en haber suplantado el gusto de los crucigramas por los *sudoku*s, también pudiera ser la activación mental: para mí ahora los primeros son mas estáticos, dependientes del conocimiento y la memoria, mientras que los otros, se

hacen dinámicos, activando el raciocinio. Bueno, eran tantos que me alcanzarían “cuadritos” para el viaje de regreso. Mientras, pensando en los ratos que iba a pasar durante unos cuantos días ayudando a mamá en los cuidados de Nino, recurriría a algún ejemplar de mi antigua biblioteca. Al fin y al cabo, nada tan cautivante como la compañía de un buen libro.

El bus llegó a Valera a eso de la una de la tarde, y cuando me disponía a tomar una buseta para ir al Hospital, como por arte de magia, o como si fuera un guion preparado para mover los hilos de nuestra vida, me entró una llamada de Alexis, diciéndome que el viaje se había cancelado hasta el día siguiente, ya que la única ambulancia operativa del Hospital de Boconó, había salido con un caso médico considerado más grave y de mayor urgencia, como era una niña contaminada por una peritonitis aguda; pero que ya habían gestionado y asegurado para primera hora de la mañana, una ambulancia perteneciente al Cuerpo de Bomberos local.

Me devolví al terminal. Aproveché para comer algo ligero, ya que había desayunado tarde en El Páramo; creo, si la memoria no me dice otra cosa, que compré unos panques Once Once, de esos que me encantaban cuando niño, los que con el paso del tiempo había dejado de consumirlos, además de un marrón grande, y tomé el bus para Boconó. Durante el recorrido resolví unos cuantos *sudokus* más. No sé cuántos solucioné en toda la ruta, ya que cada página trae cuatro, por lo que para mí no hubo en la jor-

nada, horas o kilómetros que midieran el tiempo y el espacio, sino cuadros que cuadrícularon mis ideas y aminoraron considerablemente la preocupación de saber que mi padre estaba adolorido en una cama de hospital.

Ese día, el viaje de Valera a Boconó se me hizo rápido e imperceptible, tanto que ni me di cuenta cuando pasé por Árbol Redondo, lo que siempre he disfrutado, por conectarme con una película de paisajes para mí indescriptibles, que como complemento acústico, debería tener de fondo las notas sublimes del “Conticinio” de don Laudelino Mejías, para agradecer a Dios tanta belleza. En el trayecto desde ese hermoso montículo hasta la entrada de San Miguel, se me convierten esos kilómetros en una exposición móvil de postales, que de yo ser pintor, plasmaría en secuencias de lienzos, dignos de competir con el primero entre todos de los Cabré. Una amalgama policromática de diversos tonos verdes, con los mejores marrones, un nítido celeste, sumándose en diciembre los rojos de la paja, que solo en esa época crece por todos los cerros, y que si se recorre en el ocaso de la tarde, en medio de las degradaciones de “el sol de los venados”, construye el mejor pesebre navideño. No puedo negar que transitar y observar ese “pedazo de paisaje”, como decía aquella icónica cuña publicitaria de *American Express*, “no tiene precio”.

Como a las cuatro y media el bus llegó al terminal de Boconó y de ahí me fui, raudo caminando directo al centro hospitalario, que para suerte del momento,

está ubicado en el mismo sector, a unas pocas “cuadras llaneras”.

* * *

Llegué al Hospital, y recorrí en segundos el largo pasillo desde la puerta principal hasta el área de Hospitalización de Adultos. Al ingresar a esta, no tuve necesidad de preguntar nada, ya que me conseguí a José Gregorio, el médico internista que estaba de guardia, gran amigo de siempre desde los días de la escuela primaria, uno de mis “panas”, quien solidaria y diligentemente me condujo a la habitación en que se encontraba Nino, argumentando que estaba bastante delicado por todos los traumatismos recibidos, y que había que trasladarlo de urgencia a Valera para intentar salvarle el ojo derecho, el cual había sido muy afectado al caer encima de un objeto punzante, posiblemente la rama de algún arbusto.

Era una habitación compartida. En una cama estaba mi padre, y paradas a su lado, mamá y dos tías, Blanca y Carmen, la segunda, una hermana de él, a las que le habían permitido pasar un momento. Saludé a las tres con besos y abrazos, además de la acostumbrada solicitud de la bendición. Me quedé fijo en papá. Lo vi sumamente golpeado, irreconocible. Sutilmente me acerqué y lo abracé levemente con la intención de no apretarlo, pensando en el dolor generalizado que estaría soportando, y quebrándoseme la voz, a lo que soy propenso, lo bendije, porque estaba claro que a mí él no podía dármele. Estaba despierto, con los ojos abiertos, con la mirada al frente, que-

jándose constantemente. Aunque lo vi dirigirme la mirada, no sé si entre su turbulencia me reconoció, si tenía la clara consciencia de que era yo. Sentí tanta lástima, que no sabía que decir, con un gran cúmulo de palabras atragantadas, ni para preguntar, ni para opinar. No sé cuánto tiempo pasó, si fue mucho o poco, pero perdí la razón para comunicarme. Seguro este “*lapsus*” fue muy corto, ya que a lo breve me narraban de lo ocurrido, y por mi parte, les contaba cómo me había ido en el viaje.

José Gregorio nos mencionó de la necesidad de hacerle con prontitud una tomografía cerebral, y que de hecho debía ser realizada en Valera, por que el aparato del hospital, al igual que los de las clínicas privadas de la localidad, llevaban varios meses dañados.

Al rato llegó Alexis. Nos saludamos y conversamos de lo sucedido, del viaje a Valera a la mañana siguiente y de otras cosas. Acordamos en que los dos fuéramos con papá, y no mamá por su avanzada edad, ya que las jornadas y los avatares en los hospitales son extenuantes, agotadoras, que aunque quedaría sola en la casa, indudablemente, al menos iba a estar cómoda; al igual, que yo me quedaría esa noche a acompañar a Nino, para que él fuera a prepararse para los días que se aproximaban. Al final de cuentas, yo traía conmigo, en mi maletín unas cuantas mudas de ropa y lo básico para la higiene diaria, como para estar algunos días en la casa paterna, pero realmente no lo suficientemente equipado como para pasar no se cuantos en un hospital de otra ciudad.

Por otro lado, yo me iría dentro de la ambulancia. En estos casos exigen la presencia de un familiar como acompañante, y mi hermano viajaría conduciendo su vehículo, el cual, en los días por venir, ocupando un puesto en el estacionamiento del centro hospitalario valerano, habría de ser nuestro solidario y obligado *bunker*, ante las vicisitudes diarias de una ciudad, aunque ubicada en nuestra misma entidad federal, para nosotros ajena. Ese *Corolla* sería, y así fue, depósito de “nuestras cosas” y un espacio para mitigar el cansancio.

Pensando en pasar la noche en el hospital, me fui con mamá, en una cola que nos dieron, un rato a la casa. Iba a bañarme y cenar. Ya en El Recodo, ella hablaba de que serían unos pocos días, ya que esperaba una operación exitosa y una pronta recuperación. Yo le notaba miedo, no porque lo expresara en palabras, sino por saber que desde el día en que se casaron hace más de cincuenta años, nunca se habían separado, y le venían por delante unos cuantos días y noches sola, en la compañía de un teléfono para acortar distancias. Ellos siempre fueron una pareja extremadamente monodependiente, interconectada por hilos invisibles, como la casualidad de haber nacido el mismo día de años diferentes. Nino era mayor diez años. Con ellos, la rigidez de los horóscopos para estereotipar la forma de ser a través de los signos se caía, eran de personalidades y caracteres totalmente distanciados. Sería posiblemente esa la base para compenetrarse por más de medio siglo, que me lleva

a pensar en Pablo Milanés cantando “...a todo digo que sí, a nada dices que no, para poder construir la terrible armonía, que pone viejos los corazones...:”, en la hermosa trova “Años”.

Entiendo que mi madre se había aferrado a él, prácticamente desde sus inicios como docente rural, luego de egresar de normalista, para ejercer por treinta años el oficio de enseñar a leer en varios campos boconeses, y allí estuvo Nino, a su lado atento, con su “jeep” siempre para llevarla y traerla de la faena. Precisamente fue mi primera maestra, durante tres años, en la escuelita unitaria de El Pabellón, una hermosa loma cercana llena de árboles, frutas, flores y gente agradable. La recuerdo en esos años entregada a enseñar con gusto, apegada sin saberlo a un efectivo conductismo, característico de las maestras de la época, en una “línea dura” que se resumía en un seguro aprendizaje; de hecho, en mi ya larga vida académica, fue allí la única vez que aplacé y repetí un curso, cuando precisamente mamá, literalmente me “raspó” en segundo grado, no por carencias de competencias logradas, sino porque consideraba que estaba muy pequeño o “joven” para pasar de grado, lo que implicaba irme a otra escuela en mi ciudad y la independencia inicial del yugo maternal. En este “hundimiento del barco”, también se vio arrastrado Alexis.

Me comuniqué con mi esposa, Daniel y María, comentándoles sobre el estado de salud de papá y de los cambios de planes por la urgencia de ir a Valera. Pidiéndole especialmente a Daniel, que colaborara

con su mamá ayudándole a estar pendiente de sus hermanitos, y que no dejara de hacer tareas por estos días mientras yo estuviera ausente, en los cuales no asistiría a clase, por la dificultad que representaba para Herminia llevarlo y buscarlo, sobre todo por estar dentro de su reposo laboral y natural, avocada en los cuidados del pequeño Gabriel. También le “re-expliqué” que por esos días no iría a sus prácticas de fútbol por las tardes.

* * *

Como a las ocho y media de la noche, relevé a Alexis para que subiera a su casa y me quedé acompañando a Nino. Las noches en los hospitales se hacen extremadamente largas, igual de paciente que de acompañante, y tal vez pudieran ser aún más para el acompañante, porque el enfermo por generalidad duerme, bien bajo el efecto de los medicamentos o por el padecimiento mismo, pero para quien acompaña es difícil conciliar el sueño, por obligación moral o por la indisposición de una buena o mala cama, ya que casi siempre, la opción es una silla o una delgada colchoneta en el mejor de los casos.

Y es fría la noche boconesa, muy fría, para una chaqueta que abriga hasta donde puede. Sentado por horas en una silla plástica uno se tulle, en la medida que la medianoche avanza hacia la madrugada. Y a pesar de haber pasado cuando joven, tantas noches de “madrugar”, sobre todo en los diciembres, en la plaza, con la excusa válida de “estar esperando la misa de aguinaldo”, esa noche se me colaba el frío hasta

los huesos. Claro, en los amaneceres decembrinos, no todo era espiritual, sino también de presencias “espirituosas” que calentaban el cuerpo y alegraban los sentidos al son de las gaitas de siempre.

Me fue difícil lograr el sueño, a pesar de estar cansado por una larga jornada que para mí había comenzado a las cuatro de la madrugada. El cuarto estaba con la luz apagada, pero con una claridad tenue que ingresaba por dos flancos: por la puerta abierta, que la dejaba entrar del pasillo; y por el inmenso ventanal, por cuyos vidrios se percibía en toda su majestuosidad la nitidez de la luna llena, como un inmenso bombillo en el centro de un cielo totalmente despejado, alumbrando todos los cerros vecinos que rodean al pueblo. Afuera, esa claridad natural, es un espectáculo silente y romántico, cautivador como las embriagantes noches pintadas por *Van Gogh*, llenas de amarillos tenues y brillantes a la vez.

Esa luz mortecina me permitía ver a Nino en medio de la oscuridad, sus magulladuras del rostro, o tal vez oír sus quejidos luego de semejante golpe; quejándose a pesar de los analgésicos cuyo efecto calmante era insuficiente para los dolores generalizados. Esos “ay” me desesperaban porque estaba claro que nada podía hacer, luego de que la enfermera de turno había pasado hacía solo media hora antes y la próxima dosis le tocaba en cinco horas y media, así que no quedaba otra cosa que aguantar ambos: él sus dolores y yo, el sentirlo así. Al final, en medio del desvelo, no sé en qué momento me dormí por unas horas.

Desperté temprano, como a las seis, con la ronda de primera hora de la enfermera antes del cambio de turno. A eso de las siete, aprovechando que ya pronto los médicos “pasarían revista”, y que, en ese momento, los acompañantes son desalojados del cuarto de enfermos, decidí entonces ir a la casa a bañarme, desayunar y regresar pronto para la salida en la ambulancia. Encomendé al acompañante del paciente de la cama de al lado, con quien había conversado algunos ratos en la noche, antes de que apagaran la luz, que era la orden indirecta para el silencio, me llamara por teléfono, en caso de que se presentara alguna eventualidad.

* * *

Tomé un baño y luego desayuné. Mientras Alexis llegaba para irnos al hospital a esperar la ambulancia, conversé bastante con mamá, quien solo quería volver el tiempo atrás. Decía que Nino no debió haber ido a hacer esa fatídica carrera, que le hubiera dicho al señor que no podía ir. Que si esto, que si aquello, que si lo otro. Yo por mi parte infructuosamente le explicaba que el transcurrir de la vida y de los hechos es algo inalterable; que las cosas malas no se pueden recomponer, por lo tanto, quedaba seguir adelante y afrontar la triste situación. También le decía que lo que al fin de cuentas importaba es que estaba vivo, porque con semejante golpe las consecuencias pudieron ser peores, irremediables.

Salí rapidito a visitar a mi abuela materna y una tía que vivían a una cuadra de la casa. Pudiera decir que, desde siempre, ese había sido mi segundo hogar,

donde pasaba tanto tiempo como en el propio. Mi tía me preguntó por mi familia en Ejido, y diciéndome reiteradamente que no fuéramos a dejar solo a Nino en el Hospital de Valera, que nos cuidáramos mucho allá, por ser una ciudad muy peligrosa, y que la estuviéramos llamando.

Talla, mi abuela estaba dormida. Era una anciana nonagenaria. Aunque realmente no sabíamos con certeza la edad que tenía, ya que en su época era costumbre no presentar a los hijos en las prefecturas durante los días cercanos a su nacimiento, y según, a ella la asentaron ya siendo una niña grande; por lo tanto, conseguir su partida de nacimiento en La Concepción de Carache de donde era originaria, o en Cuicas donde vivió sus primeros años, fue un acto muy complicado. Una cosa podía decir la cédula, y otra las confidencias de ella y sus hermanos cuando la visitaban, tratando de determinar su edad.

La abuela siempre fue algo así como el equilibrio o termostato en la familia, tratando en todo momento de “allanar”, como ella misma decía o minimizar cualquier conflicto, lo cual considero una de las dos mejores enseñanzas que tomé de ella, practicando como acto de vida el preocuparme por lo que realmente es importante, desproblematizando así lo intrascendente; lo otro que me marcó, fue el gusto por tomar “bolón”, que no es otra cosa que el café bien negro y amargo, sin una pizca de azúcar, y que se lo llevaba también a Rufino, mi abuelo, bien temprano en la mañana.

Producto de una caída que le fracturó su cadera, llevaba unos pocos años reducida a la cama, además de comenzar a entrar en el mundo irreal de la demencia senil, donde confundía al presente con el pasado, a los nietos con los hijos y a sus muertos los traía de nuevo a la vida, desprendiéndose a cada día, de una lucidez y un sentido común que siempre habían sido su sello natural; así como de una memoria impresionante con la cual, a veces por las tardes sentados en el patio, nos recitaba poesías que había aprendido en su corto paso por la escuela, como era aquella escrita por Rubén Darío, el poeta nicaragüense, sobre la princesita Margarita, quien se robó una estrella del cielo y fue reprendida por su avergonzado padre.

No sé porque tomó la manía de constantemente confundirme con Rufino, fallecido hacía bastante tiempo, y en los últimos años a Alexis lo transmutó en Marino, su hijo menor. Pienso que esa similitud, es una medalla de honor que agradezco, ya que para mí, él siempre representó la honradez en su más alto grado, creyente en el sagrado valor de la palabra y practicante fiel del respeto como norma ineludible de la sana convivencia, y lo cual tengo presente siempre en mi accionar cotidiano. Y si, pues a veces cuando me detengo a observar el retrato de él, que está en la sala de mi casa, infiero cierto parecido, en la cara alargada, las cejas desordenadas y sobre todo en una frente propicia a arrugarse.

Rufo, como también lo llamábamos, de una u otra manera, formó parte fundamental de mi infancia

y adolescencia. Tal vez la experiencia de los años, y haber asumido no convertirse en un viejo gruñón y por el contrario, ser cercano, afable, un buen conversador, lo hizo amigo de mis amigos, y era común que “echara” cuentos con nosotros como si fuera uno más del grupo, sin caer en la tentación de ponerse a dar consejos por el hecho de ser un “mayor”; por supuesto “mascando” su infaltable pella de chimó.

Así que para muchos de los “muchachos”, entrar al negocio era una parada obligatoria al subir de clases, y de repente, entre anécdotas, comerse algunos mangos, que él prefería dárselos, antes que se metieran al solar, saltando la cerca del liceo, a “tumbarlos a punta de piedra”, y que además, muchas veces atacaban a “Rambo”, el buen pastor alemán que cuidaba el solar, lanzándole piedras y botellas de vidrio, para que al partirse se cortara las patas. El can desde siempre había sido bravo, y ante cualquier acechanza que percibiera se activaba, bien ruidos de personas o “faros” comedores de gallinas, a quienes espantaba con sus ladridos, pero que a medida que fue envejeciendo se hizo calmo, dejando su natural bravura para convertirse en un perro de compañía, no altivo y feroz, sino observador y paciente, que pasaba casi todo el tiempo en la casa de alambre que le construimos. En ese otoño de su vida, el noble perro era como un amigo mas, sobre todo de Rufino, quien lo quería y cuidaba como nadie, retribuyéndose cariños mutuos, y a las palmadas que mi abuelo le daba, “Rambo” le daba coletazos en sus piernas, y emitía gruñidos

seguro de simpatía. Eran tantos los cuidados que el abuelo le brindaba, que incluso llegó a colocarle en cada una de las patas, medias gruesas con esponjas por dentro para evitar las cortadas con los trozos de botella, luego de dedicarse a curarle las heridas.

Era fácil que Rufino me atrapara con sus anécdotas y vivencias de épocas anteriores, sobre Gómez, López Contreras, Pérez Jiménez, Betancourt, y su admirado Caldera, de quien era un acérrimo seguidor. Así, a veces narraba sobre las andanzas de su padre, a quien le decían “Machalengo”, hombre del campo que se unió a las montoneras del “Tigre de Guaitó”, un famoso guerrillero anticastista nacido en San Miguel, quien mantuvo en vilo por varios años, con constantes alzamientos a las tropas gubernamentales en tierras larenses y trujillanas; o cuando trabajó, siendo un muchacho ya, en la construcción de la vieja carretera hacia Trujillo; sin dejar de mencionar las virtudes progresistas del perezjimenismo, pero a la vez, el miedo que infundían los agentes de la Seguridad Nacional, y las necesarias previsiones a tomar para no caer en desgracia con ellos. Para mi gusto, gestado desde pequeño por la historia, Rufino con sus limitaciones, era un verdadero libro abierto, dándome un gustazo escucharlo.

Ellos se habían venido con mamá siendo una niña pequeña, hacía unos setenta años, de su “casita” solitaria allá en Pampanito, en las cercanías de Burbusay, de donde era nativa la familia de mi abuelo, con las esperanzas puestas en nuevos derroteros, que

los sacaran de las miserias que albergaban por aquella época nuestros campos, entendiendo pues, a la vuelta de unos años, que su decisión fue acertada, al ver crecer a su familia en número y oportunidades.

Esa mañana Talla no me dio la bendición, ya que había pasado la noche en vela y según Carmen, agarró el sueño en la madrugada y dormiría como hasta las diez.

* * *

A eso de las ocho y media o nueve llegó Alexis. Coordinamos algunos aspectos, nos despedimos de mamá con su bendición y nuestra promesa de cuidar bien a papá y nos fuimos al hospital. Por lo tan rápido que había pasado esa mañana, ella no pudo ir a desearle un pronto regreso, ya recuperado.

Eran las once cuando se aparecieron los bomberos. Estábamos en compañía de José Gregorio, el médico, que había pasado a darle un “chequeo” antes de irnos. Lo pasamos a la camilla, y nos dirigimos a la ambulancia que nos esperaba en la zona de emergencia.

Era una comisión de tres bomberos: el conductor, un copiloto y una bombera que iba en la cabina conmigo. Arrancamos y casi saliendo me sentí mareado. Nunca había ido en una ambulancia. Estas no corren, literalmente vuelan. La combinación de andar atrás en un espacio cerrado, el curvero interminable que hay en esa carretera, sumándole el carrerón que llevaba el chofer, me deben haber puesto de un verde pálido, aparte de sentirme sudando frío y con el estómago revuelto. Además, debía ir sosteniendo

la camilla, ya que el vehículo no contaba con fijadores en el piso para las patas de la misma.

Conversé obligadamente un rato con la bombera, ya que no quería hablar por el mareo; me comentó que ella sabía del accidente porque había formado parte la comisión de rescate que fue al sitio del volcamiento. Me dijo que era un verdadero milagro que estuviera vivo, por la aparatosa caída en una peña casi vertical, que prácticamente era una pared, y que pensaba que mi padre a pesar de su edad era un hombre muy fuerte. Me explicó que, en el salto, el vehículo lo había votado afuera al desprenderse el techo y que irónicamente, gracias a la imprudencia de no llevar el cinturón de seguridad puesto, se salvó de haber sido aplastado en el acto, ya que el *Toyota* quedó con las ruedas para arriba, “acachapando” los puestos delanteros. También mencionó, que, si no es por unas matas de cocuiza, papá habría rodado más por la ladera. Ya entendía yo el moretón general, las escoriaciones por todo el cuerpo y la causa de casi estar por perder el ojo derecho.

Luego, en silencio en medio de mi malestar, consciente que faltaba bastante trecho para llegar, solo sacaba cuenta de donde iríamos, basándome en la intuición y el recuerdo de las incontables veces que había hecho este recorrido, ya que el vehículo en la parte posterior no tenía ventanas, aunque había una entre la cabina y la parte delantera, pero yo realmente no tenía mucha capacidad de movimiento como para mirar. De repente sentí que redujimos velocidad y el chofer paró.

Hacía rato que no hablaba con la bombera y me explicó que Nino y yo debíamos hacer trasbordo a otra ambulancia que nos estaba esperando. Pasaba que por cuestiones del déficit de cauchos y repuestos en general, ellos estaban operando de esta manera. Al abrirse la puerta estábamos en Árbol Redondo.

De nuevo el bonito paisaje que se domina como una enorme panorámica desde “el punto más alto en carretera del Estado Trujillo”, no llamó mi atención como siempre ha ocurrido en situaciones normales. También ha sido una apetitosa costumbre parar en “algo redondo”, como le decía Luis de “carajito” pensando que se llamaba así el sitio, bien a comernos unos sabrosísimos y resueltos “embutios” de carne mechada, pollo o cuajada, que es la manera como los lugareños le decimos a las arepas rellenas, o a tomar un buen café o un *Toddy* caliente para combatir el frío tenaz que allí pega, o en veces en comparsa de amigos, ha brindado un espacio para compartir unas cuantas cervezas que aligeran la rutina de la carretera en el regreso a Boconó.

El cambio a la otra ambulancia, igualmente de bomberos, fue rápido. Ya estaban allí, sincronizados y sentía que salían bien las cosas, acostumbrados que por generalidad, entre nosotros “dos más dos, no son cuatro”. La nueva pertenecía a la Comandancia de Valera y esta vez eran sólo dos funcionarios, el chofer y un paramédico que iría conmigo en la parte posterior. Bajarme de la anterior y caminar unos pasos a la otra, me brindó aire fresco y brisa en la cara, suficien-

te como para comenzar a atenuar el mareo y poco a poco sentirme bien.

De ahí en adelante, para mí el viaje fue otro. A pesar de que el conductor no corría menos que el anterior, que bajando de Árbol Redondo a Valera lo que sigue consiguiéndose es una sinuosa carretera plagada de cerradas curvas y que esta nueva cabina tampoco tenía ventanas, al rato el mareo desapareció totalmente. Iba más cómodo, no tenía que sostener la camilla para que no se moviera en las curvas, como había ocurrido en la ocasión previa, ya que esta fue fijada con soportes en el piso. Recuerdo que faltando una media hora, el paramédico notó que papá tenía dificultad para respirar y me colocó una tarea: tenerle la mascarilla de oxígeno al no tener liga. El trayecto se me hizo relativamente corto.

Por fin, al comenzar a sentir recortes de velocidad y empezar a escuchar la sirena de emergencia, intuí que estábamos en Valera. En unos minutos nos encontramos estacionados en la emergencia del Hospital.

* * *

Puedo decir con propiedad, que considero esos días por venir en Valera, con una futura replica a los escasos cuatro meses, tal vez como los más duros y traumáticos que he vivido desde que tengo conciencia, considerando el hecho de haber tenido una vida relativamente fácil y feliz. Tantas cosas difíciles en tan cortos lapsos de tiempo, sintiendo por momentos venírseme el mundo o parte de él encima, logrando en algunos de esos instantes, quebrar mi es-

píritu y capacidad de aguante, pero que me dejaron la gran enseñanza de que todo instante es efímero y que por muy bueno o doloroso que sea, al pasar el tiempo solo reminiscencias son, felices o malos, pero parte de un pasado vivido para bien, o superado para poder obtener un poco de paz interna. Algo así parecido al análisis existencial que canta Silvio Rodríguez en “La Canción del Elegido”, afirmando que “...lo más terrible se aprende en seguida y lo hermoso nos cuesta la vida...”.

Si bien, el solo hecho de cuidar en la casa un enfermo es complicado por la disposición del tiempo y de recursos, imaginemos la situación en un hospital, y más si está ubicado en una localidad foránea, alejada de la nuestra, sin familiares y con pocos conocidos en la misma. En este último caso no se duplican los contratiempos, se multiplican y no precisamente por cero, sino por varios guarismos. Esa era nuestra situación. Estábamos en una ciudad que se mostraba ajena, que si bien ubicada dentro de la misma entidad trujillana, a unas dos o dos horas y media de Boconó, no era la nuestra.

Valera para mí siempre había sido de pasada o de compras, cuando esto último era una práctica común y corriente; por supuesto que me se mover en ella y ubicarme en gran parte de sus diferentes sectores, pero casi no conozco a nadie. Lo más cercano a pasar días allí, era cuando adolescente asistía recurrentemente a concentraciones deportivas durante varios fines de semana de jueves a domingo, con la inten-

ción de ganarme un cupo en la selección de atletismo del estado, como corredor de medio fondo en las distancias de 1500 y 3000 metros planos, y a las cuales Alexis también iba en calidad de velocista. O también en varios juegos estatales de baloncesto y futbolito, donde mínimo debíamos pasar tres días, a menos que nos eliminaran en los primeros encuentros, y tuviéramos que recoger pronto las pertenencias, para la obligada vuelta a casa.

En estos eventos, nos alojábamos casi siempre en una pensión cercana al Hospital, y que recuerdo que en la misma gozábamos de ciertas comodidades, como dormir en habitaciones con baño interno, compartidas sólo por dos o tres atletas y comiendo en su restaurante, además con una inmensa sala de recibo a disposición para ver televisión por las noches y que era la opción de ver Radio Caracas Televisión, cuya señal no llegaba a Boconó.

En otras ocasiones, y que eran menos agradables por la logística, nos ubicaban en un gimnasio de pesas, acondicionado con varias filas de literas dispuestas para los deportistas de varios municipios, lo que muchas veces generaba o acrecentaba roces que venían previamente del fragor de las canchas y acababan en peleas. Además, nos llevaban a comer a un comedor popular, donde había que hacer largas filas, compartidas con los comensales habituales.

Como colofón de estos torneos deportivos, por generalidad regresábamos a nuestro pueblo cargados de un sinnúmero de cestas y goles en contra, derro-

tados por equipos con mayor fogueo competitivo, que tampoco asumíamos como un mal de morir. Al final de cuentas, no en vano, el Instituto Nacional de Deportes propugnaba no sé si para consuelo de los perdedores, la máxima de que “lo importante no es ganar, sino competir”.

La otra relación de una visita frecuente a Valera, fue cuando durante el lapso de dos años, recién graduado en la universidad, cursé allá un programa de estudios de capacitación docente para profesionales, teniendo que ir religiosamente, todos los fines de semana, los viernes y sábados, y que aparte del conocimiento académico por adquirir, servía de relajación, para descargar la incipiente actividad laboral de la semana, que en rol de investigador comenzaba a desempeñar en un instituto que la antigua universidad merideña había abierto en la localidad. Pero jamás lapsos tan largos, como esos dos periodos más o menos de quince días cada uno, durante la convalecencia de papá.

* * *

Al bajar a Nino de la ambulancia, los bomberos se dirigieron a la Emergencia, pero allí indicaron ingresarlo por *Trauma Shock*. Curiosamente siempre tuve la inquietud de por qué ese nombre y no uno que fuera entendible para todos. Luego de ser diagnosticado por los médicos de guardia, “generales” todos en ese momento, y llenar la historia médica sobre la base de la que traía del Hospital de Boconó, manifestaron que por la hora, ya de tarde, había que esperar

la revisión de los especialistas durante la revista de la mañana siguiente, para corroborar el diagnóstico que portaba, el cual claramente indicaba la urgencia de la intervención quirúrgica.

Alexis, que había llegado a la par de la ambulancia, y yo, comenzábamos entonces a adaptarnos y movernos dentro de esa nueva realidad, jamás vivida antes por ninguno de los dos, en las circunstancias que acontecían. En mi caso, había tenido varias experiencias previas como paciente en clínicas privadas, pero muy cortas, al haber sido operado cuatro veces por diferentes causas, pero en todas esas ocasiones dormía una sola o dos noches en dicho centro de salud, dependiendo de la hora de ingreso. O también cuando nacieron mis cuatro hijos, que pernoctaba en la habitación acompañando a la madre, y al día siguiente de la cesárea daban el alta médica. Las condiciones integrales de atención que brindan los centros de salud privados son muy diferentes a las de los hospitales públicos, pero son bastante costosos y pudimos acceder en aquellas oportunidades a ellos, gracias a un seguro médico laboral que cubría el total de los gastos.

Ingresar al área de *Trauma Shock* es complicado y restringido, mucho más que la Emergencia, en la cual la gente pasa fácilmente, sin una que otra mínima restricción. Aquí no, hay que mantenerse en las intermediaciones de la puerta, esperando ser llamado por los porteros para satisfacer necesidades del enfermo. Pero Alexis, quien tiene una capacidad mucho más

fluida que yo para las relaciones interpersonales, supo ganarse prácticamente de inmediato la confianza del personal de portería, y con unas cuantas empanadas o un ocasional “juguito”, logró para ambos, el salvo-conducto de ingresar cuando quisiéramos y así pasar ratos acompañando a papá.

Es una práctica que abre puertas, y recuerdo aquí la estrategia que utilizaba un tío docente, hermano de mamá, que cada vez que iba a Caracas a realizar trámites importantes en el Ministerio de Educación o solicitar créditos en el Ipasme, el instituto de previsión socio-asistencial de los docentes, se llevaba una caja repleta de mantecadas, que son unas riquísimas tortas boconesas elaboradas con maíz, de una textura polvorosa, y en horas conseguía lo que a cualquier otro le hubiera costado varios días de reiteradas visitas para obtener la codiciada audiencia, o sencillamente la negaban de plano. Esta forma de saltar escollos, jocosamente la he definido como la “Diplomacia de la Mantecada”; incluso, varios amigos cuando requieren de situaciones parecidas se apertrechan de este manjar, a fin de derribar cualquier barrera burocrática.

Por su parte, los médicos y las enfermeras, al principio bastante celosos del espacio, poco a poco se fueron volviendo más tolerantes con nuestra frecuente presencia en las cercanías a la camilla. La norma en *Trauma Shock* es que el paciente esté solo, ya que el área realmente es pequeña, con pocas camillas distribuidas entre un cuartico diminuto en la entrada dedicado al triaje, otras en una habitación en la

que caben escasamente seis, y un espacio abierto en el cual están colocadas cuatro; en una de estas últimas fue ubicado Nino, lo que en el fondo tenía una ventaja para mí y era el hecho de haber en la pared frente a él, unos cuatro o cinco escalones de una pequeña escalera que no conducía a ningún lado, sino que daba a alguna puerta sellada, dejando entrever modificaciones inconclusas hechas a la estructura; estos montículos los aprovechaba para descansar, ya que en el área, a diferencia de otras dentro del mismo hospital, no tenía sillas. En ellos me sentaba a llamar frecuentemente a mamá, así como a Herminia y los muchachos, indagando como se encontraban y se estaban portando, recordándole a Daniel y a María, a pesar de la corta edad de ella, que colaboraran con su mamá no desordenando el apartamento, recogiendo los juguetes y estando siempre pendientes de Gabriel en la cuna, que no se fuera a cubrir completamente con la cobijita. De igual manera trataba de comunicarme a diario con Luis para saber de su día a día.

En esos escaños creo que culminé la gruesa revista de *sudoku*s, dejándome un vacío de matatiempo, ya que, de nuevo por el apuro, no me traje de Bocoñó, ningún libro de historia o alguna novela, que adeudaba leerlos, o más bien, me exigían una nueva relectura. Algo que siempre he hecho, es releer un libro que me guste cuantas veces pueda, lo mismo que gusto de ver una película que valga la pena, una y otra vez, sin que esto para nada me canse.

Ahora bien, vendrían muchas jornadas rutinarias en el día a día. Por la gravedad de la condición de papá, prácticamente había que mudarse al hospital, como suelen hacer los familiares de los enfermos. Las noches debíamos pasarlas en sus espacios. Alexis en ocasiones lo hizo dentro del *Corolla*. Como alternativa, rentamos un pequeño cuarto en las cercanías, que nos recomendó un amigo de Boconó, quien, en varias oportunidades debido a una larga enfermedad de su hija, había requerido también arrendar. Quedaba en una de esas tantas casas viejas remodeladas y acondicionadas en las inmediaciones, con hileras de cuarticos para transeúntes de horas o de días de visita obligada al Hospital, y para algunas personas, entre ellas parejas con niños, que por lo que intuí, eran buhoneros que vivían alquilados de manera “permanente”.

Era una vivienda con un frente muy estrecho, verde como casi todas las demás de esa cuadra, de tres plantas y con un enmarañado de escaleras que como extraño laberinto pasaba de un lugar a otro y viceversa. Debo decir, que ese cuarto que se encontraba en la tercera planta no se me hacía para nada simpático, más bien por el contrario, bastante lúgubre, por lo cual ninguna noche dormí allí, y solo lo utilicé como recurso para satisfacer las necesidades del aseo personal y las urgencias fisiológicas. En realidad, era únicamente para vestirme, ya que no tenía baño interno, por lo cual había que utilizar uno común ubicado al final del largo pasillo y que para no

esperar turno para usarlo, las mejores horas eran a media mañana o media tarde, cuando la casa prácticamente se encontraba sola.

A los días de haber llegado, por casualidad saliendo de una tienda de venta de teléfonos, donde de “emergencia” terminaba de adquirir uno sencillo, básico, por la imperiosa necesidad de mantenerme comunicado, ya que el mío había “dado el tiro”, me conseguí a Carlos, un buen y viejo amigo merideño de los años de estudiante, a quien tenía tiempo sin ver, luego que nos graduamos y cada quien tomó su rumbo. Poniéndolo al tanto del accidente de mi padre y de su ingreso al hospital valerano, me ofreció su casa ubicada en Motatán, un pueblo cercano a la ciudad, para quedarme a dormir, o en todo caso bañarme, pero agradeciéndole su solidario gesto, le manifesté que por la distancia era complicado. A los días pasó otra vez por el centro de salud a reinvitarme, expresándole yo nuevamente el mismo argumento.

Dormíamos en sillas como la mayoría de la gente que está ahí, a menos que sean lugareños y tengan la oportunidad de ir a sus casas dependiendo de la gravedad de su enfermo. A veces en pasillos, otras en la misma habitación. Pero dormir en los hospitales, en el sentido estricto de la palabra, es un decir; en la incomodidad, a pesar del desgaste y el cansancio acumulado, prácticamente es imposible conciliar el sueño. Esos días apenas dormiría unas dos o tres horas en promedio por noche. Pienso que uno se convierte

en una especie de *zombie*, aletargado por todo el sueño y el descanso robado.

Y es muy diferente desvelarse así, a las constantes noches de rumba que se alargaban hasta el amanecer, durante los años de estudios universitarios, y de las cuales quedaba uno fresco como una lechuga para afrontar el día a día, y de repente, si se daba la oportunidad, conectarse a unas cuantas noches más de jolgorio. Pero eso era en otros tiempos; ya a esta edad, un traspasnocho es letal, casi como haber tenido un altercado con *Manny Paquiao*, o luego de correr una media maratón de 21 kilómetros. Lo más cercano que últimamente he vivido a eso, fue durmiendo una noche en el carro para poder comprar una batería.

La otra preocupación inmediata aparte de dormir, era resolver la comida. Si algo ventajoso tenía en ese entonces el Hospital de Valera, era un cafetín interno abierto desde bien temprano en la mañana hasta la noche, y donde ofrecían a precios módicos buenos platos, con una excelente sazón y proporciones abundantes, como para calmar las horas de hambre de sus eventuales comensales, y en mi caso, que soy de buen comer. Sobre todo, los desayunos eran muy resueltos con arepas a las cuales para nada les negaban el relleno.

En las afueras del recinto también se consiguen varios restaurantes, cafetines y panaderías, que a toda hora están atendiendo clientes. Es que este hospital, al ser el más grande de la región trujillana, y además por su condición de extensión universitaria a nivel

de pregrado y postgrado de la Universidad de Los Andes, hace que todos los casos no resueltos en los diferentes hospitales y ambulatorios de los diferentes municipios de la entidad federal, sean referidos al mismo, incluso de Timotes perteneciente al estado Mérida, y de Caja Seca y otras poblaciones de la zona panamericana que forman parte de la entidad zuliana, lo que hace que en sus alrededores siempre haya una gran cantidad de personas.

Luego, a los días logramos descubrir en el centro de la ciudad, cercana a la Plaza Bolívar, una arepera-restaurant subsidiada por el gobierno, de precios prácticamente irrisorios, donde expendían unas arepas que rellenaban con un inacabable tour de alimentos preparados y crudos, haciendo que entre ellos, los sabores más que compenetrarse, chocaran, sin saber a nada específico y sabiendo a todo. Verdaderas bombas atómicas, que para cualquiera de gusto refinado serían grotescas, pero para mí, estaban más que bien, aceptables en todo caso. Estoy acostumbrado a comer sin conflictos; si es una preparación exquisita, como dirían en círculos gastronómicos de alto “*targel*”, un “*bocatto di Cardinale*” lo disfruto al máximo; pero si es “humilde y sencilla” también la consumo sin mayores problemas, porque aprendí o mejor dicho entendí, cuando laboraba en un remoto lugar del Páramo merideño donde los alimentos se me hacían escasos, aún cuando contaba con el dinero suficiente para comprarlos, que siempre hay que ser agradecido con la posibilidad de poder comer. El mayor proble-

ma del sitio, por supuesto eran las colas para cancelar y luego para pedir, de todos aquellos que estábamos recortados de dinero.

Como la idea era estar ambos para turnarnos en los cuidados de Nino y en la búsqueda de lo que requiriera, asumimos quedarnos allá hasta que saliera bien de la pronta operación, así que la ropa, no mucha, y que de hecho, en los hospitales se ensucia bastante, la lavaríamos en lavanderías automáticas. A los días me hice cliente eventual de una que quedaba un tanto retirada, a varias cuadras, donde la dejaba en la mañana y pasado el mediodía, la retiraba totalmente seca.

Es decir, estaban resueltas las necesidades primarias.

* * *

Los primeros días en *Trauma Shock* fueron de adaptación. Ya los médicos habían determinado la necesidad inminente de intervenir el ojo hinchado y cerrado. Ahora el problema venía de su condición de diabético, que hacía que sus niveles de glicemia se dispararan por encima de los 600 *mg/dl* y mientras estuvieran altos era imposible operarlo, y por más que atacaran este mal, inclusive utilizando inyecciones de insulina, no lograban los resultados esperados. Por tal razón, le colocaron una estricta dieta libre de azúcares y carbohidratos, diferente a la que le daban allí a los enfermos, por lo cual contratamos los servicios del cafetín del hospital, donde ya nos reconocían como clientes, para que allí lo prepararan; además, una de las nutricionistas del comedor hospitalario, paisana boconesa ella, con la cual yo solía jugar al tenis du-

rante la adolescencia, encargó a las cocineras que en la medida de las posibilidades, le prepararan a Nino “un menú especial”, acorde con sus necesidades por la diabetes. Igualmente le debían tomar muestras de sangre en forma constante, hasta cumplir el objetivo de bajar sus niveles de azúcar. Mientras tanto la intervención se iba posponiendo.

A Nino cuando andaba más o menos por sus cincuenta años de edad, le diagnosticaron *Diabetes Mellitus* en su fase inicial. Para entonces desde ya, era bastante gordo, sobre todo portador de un abultado abdomen, característico de las personas que son propensas a sufrir tal grave enfermedad, deteriorando en líneas generales el estado de la salud, sumándose el hecho que por su trabajo, siempre detrás de un volante, era un hombre bastante sedentario, y además esquivo a realizar ejercicio físico. Este “descubrimiento” significó el punto de partida para dar un verdadero cambio radical, modificando drásticamente desde ese momento sus hábitos alimenticios, y en parte, el estilo de vida.

Anteriormente consumía abundantes refrescos, maltas, frutas dulces, mermeladas, postres, quesillos, flanes, helados, melcochas, merengadas, malteadas, tortas, “chulas”, mantecadas, y era muy aficionado al pan. Entonces en un notorio giro dejó de consumir azúcar, optó por el pan negro y los productos integrales. Nos acostumbramos en la casa, solidarios con él a este estilo; de hecho, poco a poco, veníamos usando fibra, ya que yo prácticamente, por influen-

cia de algunos amigos de la universidad, me había convertido en vegetariano. Como complemento, comenzó a caminar diariamente en las mañanas o en las tardes. Asumió al pie de la letra las recomendaciones médicas y nunca dejó de tomar sus pastillas, referidas de por vida.

Y no era porque mamá fuera sumamente estricta impidiendo que consumiera cosas dulces, ni tampoco sal, al ser también hipertenso, sino por autodisciplina, lo cual me sorprendía, al ver que de la “noche a la mañana”, con voluntad férrea no se dejaba tentar por tantas “cosas” sabrosas que tanto le gustaban, y que de igual manera seguía adquiriéndolas para nosotros. Por cierto, tengo varios amigos diabéticos que o no le paran a la enfermedad, o se engañan y creen engañar a los demás, consumiendo mas de cuando en vez que de vez en cuando, desde hamburguesas y tortas a caramelos y licores.

Papá, aunque nunca fue muy “bebedor”, ocasionalmente se tomaba tal cual cerveza o trago de brandy, por lo cual compraba botellas pequeñas de ese licor seco de las marcas “*Terry*” o “*Cava*”, muy comunes para la época, cerró ese ciclo con el descubrimiento de ser diabético que hizo su médico de confianza, el viejo doctor Laguna.

Pero, así como su glicemia se subía fuera de los rangos normales, también en ocasiones le descendía demasiado, generándole desmayos, desequilibrios orgánicos y pérdida de la conciencia, requiriendo varias veces ser hospitalizado de emergencia hasta contro-

larle los valores, por lo que casi estoy seguro, que su volcamiento fue producto de una baja de azúcar mañanera, ya que el carro lo tenía siempre en excelentes condiciones mecánicas, sumado a su pericia comprobada como diestro conductor. Claro, la diabetes es un terrible mal enquistado en la familia, por el que han fallecido varios de mis tíos, tal vez complicándose con otras enfermedades, pero potenciadas por ese mal del “azúcar en la sangre”.

A la vista estaban los traumatismos sufridos, generalizados por toda su gruesa humanidad, y que a medida que el transcurrir de los días avanzaba, su cuerpo, principalmente parte del rostro, espalda y piernas se iban oscureciendo a un morado fuerte, lo que en la jerga popular siempre se ha conocido como “madurar los golpes”. De igual manera, algunas escoriaciones se mantenían vivas, sin curar, consecuencia más de la condición diabética.

Mientras su cuerpo se ennegrecía, los dolores persistían. El accidente estaba reciente y mi padre continuaba quejándose, lo que para mí representaba un indicativo de lo que sufría y no manifestaba en palabras. Si algo él tenía en la vida, era el no quejarse de las cosas, sabía aceptar y “pa’ lante”. Rememoro una vez, tendría yo unos quince o dieciséis años y Alexis un año más, que es la diferencia de edad que me lleva, en que tarde, pasada la medianoche, un cálculo renal se le obstruyó en su aparato urinario, y mostrando un dolor que lo agachaba y que lo tenía al borde de las lágrimas contenidas, se fue con nosotros al hospital, conduciendo

personalmente el *Toyota*, ya que ni mi hermano ni yo lo sabíamos hacer, mucho menos mamá. Pienso que indirectamente, para mí este hecho, fue fundamental para aprender a manejar vehículos.

* * *

Una tarea titánica era buscar las medicinas, principalmente anticonvulsivas, oxigenantes y las gotas oftálmicas, además de los insumos necesarios de material quirúrgico y para la aplicación de los tratamientos diarios, por dos cosas: por un lado, el desabastecimiento de medicamentos en las farmacias y por el otro, lo oneroso de sus costos. Ahora bien, el hecho que parte de los medicamentos y utensilios necesarios como analgésicos, antiinflamatorios, la insulina, las soluciones salinas, inyectoras y guantes entre otros fueran suministrados gratuitamente en el centro de salud, aliviaba en parte nuestro ajustado presupuesto, el cual en situaciones de este tipo sin uno darse cuenta se evapora abruptamente.

Los recorridos a la ciudad de norte a sur y de este a oeste, y que de haber otro punto cardinal, también allí habría ido, preguntando por medicamentos, se me hizo una rutina diaria y había que hacerlo, ya que las droguerías despachan en cualquier momento mercancía, pero que nunca es en grandes cantidades, por lo que a veces llega una sola caja de las medicinas que son más difíciles de encontrar. Pienso que si algo hemos aprendido de la escasez, es que si se consigue en un local el producto de lo que sea que se busca, y se cuenta con dinero suficiente para adquirirlo, hay

que comprarlo inmediatamente, ya que lo más seguro, en otros sitios, o no lo hay, o está más caro.

En el fondo, la cacería de medicamentos me gustaba, porque de forma indirecta me ayudaba en mi práctica de toda la vida de ejercitarme consuetudinariamente. Desde niño comencé a trotar y a apasionarme por el fútbol y el baloncesto, deportes estos que practicaba a diario, en cualquier momento libre y por lo que eran muy comunes en el bachillerato, las inasistencias a las clases, por estar en las canchas del liceo, pateando balones o lanzándolos al aro. Pero correr se me fue haciendo un hábito adictivo, que con los años ha ido mutando a caminar largos trechos.

Caminaba Valera desde una óptica diferente, no la de las tiendas de ropa y zapatos, donde se comenzaban a exhibir en las vidrieras sus inventarios prenavideños, al son de gaitas y Pastor López a todo volumen, y donde tantas veces desde niño había adquirido gran parte de mis indumentarias, y en las que a Herminia también le había gustado comprar por la variedad y ofertas, no solo de ropa, sino también de perfumería, cosméticos y accesorios femeninos; o de las tiendas deportivas, tras la obtención de la apreciada franela del “Trujillanos FC”, la oncena de mis amores, “el mejor equipo del mundo”; la de comer en buenos restaurantes, gracias a la combinación de la cocina típica regional, influenciada por la llegada de una vasta colonia italiana, enriqueciéndose en una sabrosa gastronomía híbrida; o la de las solidarias y oportunas tascas, prestas a mitigar los sofocantes ca-

lores valeranos, al frescor de una helada y bienvenida cerveza. Pero nada de eso estaba entre las prioridades ni opciones del momento.

Este obligado transitar tras los fármacos diarios, también servía para dejar de lado o en todo caso atenuar, las recurrentes desavenencias que en medio de los avatares de esos días, se presentaron entre Alexis y yo, y que más de una vez doblegaron con severidad ese férreo nexo de la hermandad compartida. Como mencioné anteriormente: el pasado, sólo pasado es.

* * *

No recuerdo bien si fue a los cuatro o cinco días de haber llegado, cuando trasladaron a Nino al Área de Observación, la cual se encontraba a unos metros de *Trauma Shock*, con las ventajas, por un lado, de que dentro del personal médico siempre había un “internista” de guardia y mayor cantidad de enfermeras, con referencia al espacio anterior, el incómodo pasillo, donde todos eran médicos generales, y por el otro, en que era una sala grande con verdaderas camas de hospital y no simples camillas aisladas, para mayor comodidad de los pacientes, además de disponer de un baño interno, aunque compartido para hombres y mujeres ya que era una área mixta, y dispuesto también para el uso de los acompañantes, lo que sin lugar a dudas ya era una gran ganancia.

Los acompañantes por las noches podían descansar o intentar dormir, dentro de la habitación, en colchonetas, o si contaban con la suerte de “pescar” alguna silla sobrante. Si no afuera, en un pasi-

llo larguísimo, al lado de la puerta de la misma, se encontraban ubicadas hileras de sillas metálicas, que al acomodarse el aspirante a “durmiente” se hacían medianamente cómodas, y ya, con unas dos o tres sesiones nocturnas se “ablandaban”.

Durante las horas nocturnas realmente no hacía frío, ni siquiera en las madrugadas, bastando para “aguantar” un suéter o una simple chaqueta de no contarse con una cobija, y ese era mi caso. Igual durante el día, en esos dos ciclos pasados allá, no sentí ese calor insoportable, asfixiante, que caracteriza a Valera, que pone a cualquiera a sudar la gota gorda, y más bien por el contrario, me conseguí siempre cierta brisa agradable.

Una cosa es un hospital en el día, otra diametralmente opuesta, es por las noches. Los pasillos, consultorios y oficinas atiborrados de gente en todo momento, como un gran hormiguero que se mueve indeteniblemente en diferentes direcciones, deviene en una profunda soledad. El bullicio generalizado, cambia por un silencio que amplifica los sonidos, dándole eco al murmullo de las palabras y al taconeo de los pasos lejanos. Seguro, de caer un llavero en uno de los pisos de arriba, fácilmente se escucharía en el sótano.

También da miedo por la inseguridad, porque esos pasillos en horas nocturnas se convierten a la vez, en territorio de todos y de nadie. Cualquiera puede pasar o deambular por allí, sin la rigurosidad diurna de los porteros, vigilantes y policías. No era extraño escuchar

ruedas que transportaban de emergencia a parturientas o tiroteados a los ascensores, para subir al quirófano; o que llevaban cadáveres a la morgue, la cual está ubicada al final del pasillo y que se reconocían por ir completamente tapados con una sábana. El primero que pasaron, en cierto sentido me impresionó, lo que en poco tiempo se me hizo algo común.

* * *

El domingo temprano en la mañana, mamá me llamó diciéndome que iban saliendo para Valera. Venían además de ella, su hermana Blanca, sus hijos Francisco y Yanira, así como Carmen, una de las hermanas de papá.

Llegaron como a las once, y lograron pasar todos por ser día de visita, excepto Yanira, quien se quedó con su niña afuera, ya que no es permitido el ingreso de menores de doce años, pudiendo entrar más tarde, al salir la abuela a cuidarla. Nos pusimos al tanto de las vivencias de aquí y de allá, por supuesto, con énfasis en las de acá, de cómo evolucionaba Nino y sobre todo de las dificultades para operar su ojo, producto de que tenía el “azúcar” disparada, pero que se asomaban esperanzas de que pudiera ser pronto, ya que poco a poco los niveles de glicemia venían en cierto descenso. Sobraron las rogativas a Dios para que su ojo se lo pudieran salvar.

Mamá nos trajo algunas arepas y panes, además de pijamas para Nino y sabanas limpias, cambiando todo para llevárselas a lavarlas en la casa. También pañales desechables, los cuales aquí eran muy difíci-

les de conseguir y por demás, bastante costosos. En Boconó eran más fáciles de obtener.

Por casualidad, sin haberse puesto de acuerdo, vinieron del pueblo unos primos de papá que yo no conocía, sumándose inusualmente “un gentío” alrededor de la cama. La sala estaba “*full*”. Habían muchos visitantes con todos los enfermos, más con unos que con otros, lo que daba el aspecto casi de un mercado, con tanta gente parada al no haber sillas suficientes, con bolsas en las manos, metiendo y sacando alimentos, ropa y medicamentos, y un concierto de voces, agudas, roncadas, que se cruzaban entre todas, para no entender nada.

Nino no hablaba, solo miraba a los visitantes, sedado aún por el golpe recibido, o por los cocteles de calmantes que le suministraban, respondiendo con un silencio que decía mucho a cada saludo o deseo por su pronta mejoría. En tantos días realmente no le había escuchado otra cosa que los quejidos, los cuales poco a poco se habían ido calmando.

Como a las tres de la tarde, tomando previsiones de no pasar muy tarde la carretera, por miedo a una ola de atracos que se venía sucediendo en ella desde hacía meses, además de saltar la espesa neblina santanera, digna de cortarse en tajadas, y no llegar muy tarde a Boconó, se despidieron y se fueron de regreso.

* * *

“Al séptimo día” de estar allí, parafraseando el Génesis bíblico, luego de la revista médica recibimos una excelente noticia, nos informaron que ese

día por la tarde lo iban a operar, debido a mostrar niveles, aunque altos de glicemia, tolerables para intervenir quirúrgicamente, ya que por su naturaleza, era imposible llevarlo a estándares normales. Manifestaron que iban a proceder el mismo día, no fuera que volviera a subir y por eso habían tomado la previsión desde ya de no suministrarle alimentos, aprovechando además que no los consumía desde la cena. También fueron sinceros al decir, que iban a hacer todo lo posible por salvar la visión del ojo, pero que realmente era muy complicado al posponerse tanto la operación. Por último, nos encomendaron buscar dos donantes de sangre, debiendo entonces avocarnos inmediatamente a solventar tal requisito.

Desde temprano, lo intuía cuando fui al Laboratorio a retirar los resultados y conseguirme un significativo bajón en los mismos, aunque pensaba que de repente, con suerte pudiera ser al día siguiente. Llamé a mamá, quien el día anterior había estado con nosotros, y ante la buena nueva, dio gracias a Dios, argumentando que pronto volveríamos a la casa y rogó porque todo saliera bien.

Volviendo a lo de los donantes, fuimos a averiguar al Banco de Sangre sobre el procedimiento, preguntando si tenía que ser en ayunas debido a que ya era algo tarde, respondiéndonos que no había problema en eso. Decidimos comunicarnos con Francisco, un primo que desde muchos años atrás, laboraba conduciendo un bus de transporte de Boconó a Valera, quien tenía muchos conocidos en el lugar, a ver qué podía hacer. Nos dijo

que le diéramos un rato para él intentar conversar, o en todo caso convencer, a unos amigos, los posibles arriesgados. En media hora nos devolvió la llamada, con el “caso resuelto”, pero que vendrían en unas tres horas después de hacer algunas diligencias.

Hace días doné sangre por primera vez en mi vida, para una amiga que requería de urgencia una transfusión y vi que no es algo tan complicado, pero se tiene encima algunos mitos errados que convierten el acto en un tabú, impidiendo que las personas asuman ese noble gesto de humanidad, que puede salvar muchas vidas. Nunca lo había hecho imbuido dentro de esas falsas creencias, que afirman contradictorias consecuencias desde generar una anemia hasta una desmedida obesidad.

No había pasado una media hora, luego de “cuadrar” lo de los donantes, cuando en una escalera nos conseguimos a la Subdirectora del Hospital, una joven también de Boconó, compañera de estudios de Nelson, un volcánico y explosivo amigo de El Recodo, que había venido hacía unos dos días a visitar a papá. Nos la había presentado, solicitándole nos colaborara en lo necesario y ella se puso a la orden de lo que estuviera a su alcance; algo más que agradecerle a Nelson, luego de todo lo que hizo y movilizó, apoyando el rescate del carro volcado, sabiendo de nuestra ausencia. Es que es de esos intranquilos, que todo lo hacen y todo lo pueden, que a cada problema le dan una inmediata solución, y hasta que el maltrecho *Toyota* no estuvo estaciona-

do en La Vega, en casa de un hermano de papá, no paró su solidario cometido. Creo que, si compitiera contra él en una hipotética carrera, yo apenas estaría arrancado en la salida, y ya mi pequeño y rechoncho amigo, se encontraría rebasando la meta, y partiendo a correr contra otro.

Reconociéndonos todos entre tanta gente, la muchacha preguntó cómo iba la salud de nuestro padre y le dijimos de la operación en puertas, que ya teníamos el *kit* necesario y estábamos esperando a los donantes que habían prometido venir en horas, a lo cual nos planteó que si se nos dificultaba eso, ella podía gestionar ante el Banco de Sangre, nos exoneraran dicho requisito y dieran el visto bueno para colocarle la sangre a Nino. Claro, no dudamos en aceptar tal colaboración, pensando en el viejo dicho de que “...más vale pájaro en mano, que cien volando”, dirigiéndonos con ella al lugar, y en un rato teníamos en nuestras manos el aval de haber cumplido con la donación. Se lo agradecemos, nos despedimos por verla apurada y llamamos a Francisco para que informara a sus amigos que no vinieran, que de corazón le reconocíamos su buena disposición, pero que ya no era necesario.

Ahora no recuerdo bien a qué hora lo ingresaron, que debió ser como a las dos de la tarde; tampoco cuanto duró. Desde que entró al área de quirófano, mi hermano, Daniel un primo, y yo, nos sentamos en unas sillas que hay en el mismo piso, a esperar que lo sacaran o a recibir noticias de la operación. Pero creo que por cansancio acumulado, sumado al sopor de la

tarde, me dormí sentado, por lo que perdí la noción del tiempo transcurrido.

Antes de sacarlo, salió el cirujano oftalmólogo que había intervenido, informando que se habían complicado un poco y que no pudieron salvar la funcionalidad de la retina, afectada totalmente por el paso de los días, por lo cual no volvería a ver por ese ojo, pero que lo habían salvado de no vaciarle la cuenca ocular. Nos pidieron una cobija para cubrirlo por el frío del lugar, y nos permitieron pasar un instante a mirarlo, viendo como titiritaba de frío a pesar de estar dormido aún.

Quedaban pues los cuidados postoperatorios y la recuperación, ameritando cambiar de ambiente, ahora a Hospitalización de Hombres. Aún debía estar una hora en el Área de Quirófano, antes de conducirlo al tercer piso. *Trauma Shock* y Observación, que están en la *mezzanina* quedaban atrás.

Di gracias a Dios porque había salido bien.

* * *

El nuevo espacio al que fue destinado papá luego de la cirugía, era una amplia habitación compartida, contentiva de cuatro camas, cada una con una mesa con gavetas para colocar las medicinas y artículos de aseo del enfermo, al igual la respectiva silla para el acompañante. La norma establecía que de noche sólo se podía quedar allí un familiar.

En ese momento estaba ocupada solo una de las camas. El enfermo era un señor de mediana edad que se recuperaba de una operación estomacal, quien

siempre estaba acompañado, mientras no los sacaran las enfermeras, por una considerable cantidad de familiares, entre hijos, nietos y hermanos. Pronto me enteré que tenía nueve hijos. Era de esas familias numerosas, tan diferentes a las mías caracterizadas porque últimamente somos pocos, y que más bien mi hermano y yo rompemos con dicha tendencia, siendo un tanto más prolíficos, al tener cuatro hijos cada uno, para sumarle ocho nietos a nuestros padres. Y aunque papá tuvo bastantes hermanos, ahora la familia es pequeña. La mayoría de mis tíos y tías de ambos lados, por generalidad tuvieron dos hijos, salvo uno o dos casos con un hijo adicional; además de las cinco tías y el tío que no tuvieron hijos, y cuya tendencia también es extendida entre mis primos. Pero la excepción, realmente la hacían, precisamente mi padre, que había engendrado cuatro hijos más “por fuera”, sumando en total seis, con nosotros dos, y Marino, un hermano de mamá, quien se dedicó a ser “mujeriego”, a quien le conozco siete vástagos.

La habitación estaba ubicada en un largo y estrecho pasillo con cuartos para pacientes a ambos lados, distribuidos los de la derecha para los hombres y a la izquierda para mujeres, los consultorios de los médicos, los espacios de las enfermeras, el almacén de medicinas y los baños diferenciados también por sexos. Al igual que toda la estructura hospitalaria, esta área mostraba un notable deterioro. Pero también era posible intuir que fue construido como un gran proyecto arquitectónico, con visión de prestar una atención

sanitaria adecuada, en amplios espacios y con materiales de excelente calidad, que por lo visto no recibía desde hacía tiempo el mantenimiento necesario, no mostrando entonces su mejor cara, con paredes descoloridas o sin pintura, cerámicas partidas o faltantes, remodelaciones a medias, cuartos sin puertas, ventanas sin vidrios, lámparas sin fluorescentes, ascensores dañados, pero sobre todo, baños en condiciones deprimentes, inutilizables, sin agua de tubería, sino acumulada en tobos cuando por casualidad llegaba, que era lo mínimo, ante el verdadero problema de las pocetas tapadas, rebozando desperdicios humanos; en fin, verdaderos focos de contaminación que emanaban olores extremos. Lógicamente, lo mejor que uno podía hacer por el bien propio, era no usarlos.

Con el pasar de los días, Nino poco a poco fue recuperándose, y comenzó a hablar, poco, lo mínimo, combinando la realidad con incoherencias. Sabía del accidente, pero por un tiempo creyó estar en el Hospital de Boconó, preguntando por mamá, diciéndole a Alexis que la buscara en la casa. Por otra parte, no sabía lo de la intervención de su ojo. Cuando a los días, las enfermeras lo curaban y las oftalmólogas lo revisaban comentando sobre cómo evolucionaba de la misma, se quedaba callado, creo dentro de la incertidumbre del desconocimiento.

Ya por esos días, lo notaba extenuado, argumentaba el querer ir para la casa, insistiendo constantemente en esa idea.

Cuando íbamos a cumplir quince días de haber llegado, a los siete exactos de la operación, en la rutinaria revisión oftalmológica de las mañanas, a la cual había que llevar a papá en una silla de ruedas, debido a que no caminaba desde que sufrió el accidente, y que ese nefasto día, sería la última vez en su vida que disfrutó de la dicha de hacerlo, nos dijeron que al día siguiente lo darían de alta, gracias a que la cicatrización interna había evolucionado muy bien. Eso sí, era necesario traerlo obligatoriamente la semana próxima. Al día siguiente nos darían las recomendaciones médicas y la orden de alta.

Contento por la buena nueva, llamé a mamá dándole la noticia, quien agradeció a Dios Todopoderoso, y supongo, sin haber visto su rostro, irradiaría alegría a granel, por tantos días de soledad en una casa tan grande, y sobre todo acostumbrada al diario compartir con su Nino de toda la vida. Inmediatamente me comuniqué con Herminia. Me ilusionaba pensando que después de pasar unos cuantos días en la casa, ayudando en las atenciones de papá, regresaría a Ejido. Me hacía falta el hogar, mi esposa, mis hijos, y sabía que allí me necesitaban. Además, una compañera de estudios me había informado que estaba por comenzar una nueva materia en el posgrado, y esperaba poder incorporarme desde el inicio.

Ese día se me hizo largo como ninguno, pero con un aliciente supremo: sabía que al día siguiente cenaría sentado en el comedor de mi casa; me daría

un buen baño con agua caliente, sin desconfianza por paredes y pisos que con toda seguridad eran muy posibles zoológicos de bacterias; y tendría la gran dicha de dormir plácidamente en mi cama boconesa.

* * *

Si la memoria no me falla, el día que le dieron de alta era martes. Desde temprano nos preparamos para la ida, pero había un problema: no contábamos con una ambulancia disponible para ese día. Un amigo con conexiones e influencia en “organismos del Estado”, estaba tratando de conseguirnos una, pero estaban comprometidas o inactivas, para no llamarlas dañadas. En el mejor de los casos, nos prometía la posibilidad de una para el día siguiente, pero no había nada en concreto; ahora bien, nos daba toda la seguridad que para el jueves contaríamos con ella. Eso ante tanto desgaste, para nada me cuadraba, solo que era la realidad que se presentaba. Únicamente el que vive una experiencia hospitalaria, como paciente o como acompañante, entiende esto. Por lo tanto, hablaríamos con el oftalmólogo que lo atendiera esa mañana, que posiblemente sería la jefa de la especialidad, la cual era una doctora bastante atenta, servicial, que dejaba ver experiencia y conocimiento, para manifestarle que a pesar del alta dada, requeríamos esperar hasta la llegada de una ambulancia.

Efectivamente fue esa doctora quien “chequeo” a Nino y comenzó a darnos los récipes, indicaciones y órdenes médicas que ameritaban el caso. Días antes, con cierta confianza que daban las ya acostumbradas

consultas, me había preguntado sobre donde vivíamos y que hacíamos; de lo primero le dije que yo vivía en Mérida, como a veces decimos cuando estamos en otras tierras, los que habitamos en Ejido, para no dar muchas explicaciones de que las dos ciudades están cerquita, a pocos minutos, y ella recordando esto, nos sugirió que si teníamos las posibilidades de llevarlo a Mérida a verse con un excelente oftalmólogo, del que ahora no recuerdo su nombre, quien tenía una clínica de su propiedad con aparatos oftalmológicos de tecnología de punta, no dudáramos en hacerlo. Era el respeto y credibilidad por su antiguo profesor del postgrado en Mérida, a pesar de ser ella en ese momento, la jefa del postgrado de tal especialidad en Valera; de hecho, ese sentimiento devocionario entre pares, ya se percibía hacia ella dentro del cuerpo médico a su cargo, tal cual privilegio heredado por su viejo mentor. Creo que también fue una forma de solidarizarse con nosotros, para que no pasáramos dos días más esperando la ambulancia, sabedora del desgaste que implican las jornadas de hospital.

Alexis y yo nos miramos y sin decir nada, dimos el visto bueno: iríamos a Ejido y sería en un rato, no en una ambulancia, sino en el *Corolla* de Alexis. Le comuniqué a mamá la decisión y no lo entendía mucho, al haberse hecho de la idea de que en unas cuantas horas estaríamos en la casa de El Recodo, pero le expliqué que era más conveniente y fácil su reevaluación medica estando en Mérida, que teniendo que ir la próxima semana a Valera, aparte de la ausencia

y las trabas que implicaba conseguir una ambulancia para el traslado inmediato. Al final logró darse cuenta de que tenía lógica, y lo aceptó, pienso, con resignación. Igualmente llamé al apartamento. No creían, en medio de la alegría y risas de los niños que se dejaban colar a través del teléfono, el cambio de planes.

Lo que el día anterior pensaba, no sería en Boconó: esa noche cenaría, me bañaría y dormiría en mi apartamento de Ejido, y sobre todo tendría la fortuna de abrazar a mis hijos y mi esposa.

* * *

Aproximadamente al mediodía salimos rumbo a Mérida, luego de los tramites de turno y de agradecer al personal médico, enfermeras y a otros por las atenciones y colaboración recibidos durante esos días. Papá iba acostado en el asiento posterior en una especie de nicho acondicionado con cobijas, que trataba de brindar la mayor comodidad posible, pero dentro de la estrechez del espacio.

El clima se mostraba lluvioso, caían gotas y nubes grises frenaban la presencia del sol, y sobre todo, era la imagen que se reflejaba hacia la montaña que debíamos transitar. Se auguraba de tal manera, pasar el páramo en medio del frío que entumece los huesos. Paramos a almorzar en Quebrada de Cuevas, el tradicional y casi obligado sitio lleno de asaderos que a cualquier hora estaba “*full*” de carros de lado y lado de la carretera, de camiones de los agricultores de la región que sacaban sus productos a los mercados y de otros vehículos de quienes se desplazaban por la vía.

El producto estrella que más venden allí son los pollos asados, y que si algo saben preparar con una sazón exquisita los trujillanos, precisamente son los pollos a la brasa, sin caer en “regionalismos baratos”, mejores que los de cualquier otra región del país, ya que aparte de su indiscutible sabrosura, lo acompañan con otro plato para cada comensal, el cual contiene una serie de guarniciones que incluyen mojo trujillano, caraotas fritas, cuajada, ensalada, y en un plato central dispuesto para todos, una “ruma” de arepas, con la posibilidad de si alguien queda fallo, sin ninguna pena pedir más, y dominando la mesa el rey de los sabores: el ají trujillano, a base de chireres, suero y diablitos de maguey. Los Asaderos de este tipo pululan por las carreteras del Estado, compitiendo en calidad y sazón, como esos de Quebrada de Cuevas con los de Mucuche, las vías a Isnotú y a La Puerta, y los miradores adyacentes a la Virgen de La Paz.

Si algunos eran devotos de degustar estos “manjares” eran mis padres. Muy común que cualquier domingo se les ocurriera irse a almorzar en Mucuche o Quebrada de Cuevas, algo ilógico para mí, que el día para descansar de su agotador trabajo de chofer, tuviera las ganas de agarrar carretera, así fuera por “darse un apetitoso gusto”. Cuando viajaban a Mérida a visitarnos, entre las “cosas” y maletas siempre aparecía en un vianda plástico o envuelto en papel aluminio, el respectivo pollo con todos sus contornos.

Bueno, así eran en aquellos tiempos de la bonanza. Hace tiempo que no paro en alguno de ellos, ya que los

últimos viajes los he realizado en transporte público y no en mi carro particular. Recientemente pasé, y Quebrada de Cuevas estaba prácticamente vacía, y de las otrora filas de carros, que estrechaban la vía como una alcabala invisible frenando el tránsito, solo quedaban dos solitarios camiones estacionados en uno de los pocos asadores que se encontraban abiertos.

También ofrecen otra perla de la gastronomía trujillana como son las hallacas de caraota, que para nosotros los nacidos en esta noble “tierra de santos y sabios” son un verdadero manjar, y eso que ya no las preparan como se acostumbraba antes, picantes, cuando al guiso de las caraotas les colocaban directamente el ají e incluso llevaban chicharrón, algo así como una especie de “enchiladas” mexicanas. Esta “evolución” o “involución” debe estar relacionada con el hecho de que quien no es criado en Trujillo, no las va a comer por los evidentes efectos del “chirere”. Muchas veces, en tiempos de estudiantes, cuando en vacaciones varios amigos regresábamos de Mérida viajando en cola, al ser bastante económicas en El Cruce, nos dábamos nuestro buen atracón como sustento hasta llegar a casa. Pero de igual manera continuán siendo muy buenas. Las hallacas de caraota son nuestras variantes simples de las “multisapidas” navideñas, tal como lo son las “tungas” y los “guapitos” ambos merideños, o los bollos de queso llaneros.

Estacionamos en el primer comedero por contar con un espacio amplio en todo el frente, y era fácil estar pendiente de papá, mientras pedíamos el servicio

y almorzábamos; aunque a mi tropa” y a mí siempre nos gustaba comer en uno de los del medio, que tenía un gran letrero identificándolo como “El Añe”, donde para nuestro gusto, después de haber comprado en otros quioscos, indiscutiblemente preparaban los mejores pollos, y el dueño que ya nos conocía, nos buscaba siempre los más grandes, estaba pendiente de si necesitábamos más arepas o yuca, y además nos hacía una considerable rebaja en el precio. Recuerdo que una vez Herminia le pidió al señor la receta de la preparación del aliño y diligentemente le explicó, mencionando mucho ajo y laurel entre otros ingredientes. Ella no la anotó, pero llevaba la idea. Un día en un paseo que hicimos a La Mucuy, quiso hacer un “Pollo a la Añe”, pero definitivamente no quedó nada igual.

Pedimos un pollo y apartamos para Nino la pechuga por ser lo más cercano a su dieta antidiabética, dándosela en el carro. Pensando en llevarle algo a los muchachos y a Herminia, compré unas cuantas hallacas de caraota. Si bien, no son trujillanos, han aprendido a comerlas y tomarles gusto.

Ya sustentos, no quedaba otra cosa que continuar el viaje, ascendiendo a esas montañas que desde la distancia se percibían agrestes por la baja temperatura, pidiendo a Dios no le fuera a afectar a papá en su condición convaleciente.

No sé en qué momento me dormí, pero desperté cuando Alexis paró en la bomba de gasolina de Mucuchies. El frío continuaba intenso, pero ya está-

bamos cerca, a una hora y media o un poco más de camino. Intenté llamar a Ejido y a Boconó, pero no había cobertura.

A las cinco de la tarde, las cinco águilas de Don Tulio Febres Cordero, nos daban la bienvenida a Mérida, “la Ciudad de las Nieves Eternas”, en Vuelta de Lola. Estábamos en el lugar que nos acogió con ánimos de estudiar hace más de treinta y cinco años, al cual llegué para quedarme y hacerme merideño de “adopción”, pero que desde hace quince años comparto con Ejido. Quedaba solo llegar al apartamento.

Cuarenta y cinco minutos después me encontraba parado en el estacionamiento al frente de mi torre.

* * *

Al descender del auto, vi que Daniel con María en los brazos, nos esperaban en el balcón y raudamente bajaron. Entre abrazos y bendiciones, se mostraban ansiosos por acercarse a su abuelo, a quien habían visto solo hacia un mes y algo atrás, durante las vacaciones escolares de agosto. Me dijeron que Herminia no había salido por la brisa y el frío de la tarde, ya que el bebé, el pequeño Gabriel tenía principios de asma, el mal crónico que padecen mis tres hijos varones, como una herencia genética, y del cual, gracias a Dios, hasta el momento María ha escapado.

Como Nino no caminaba, había que subirlo en brazos. Pensé en bajar una silla plástica muy resistente que teníamos; además decirle a un vecino que estaba limpiando su carro que nos diera una mano, ya que papá a pesar de bajar notoriamente de peso

por la enfermedad, era aun de contextura fuerte y bastante pesado. Subí al apartamento y aproveché de llevar algunas cosas. Saludé y abracé a Herminia y a Gabriel, e inmediatamente bajé con la silla. De esta manera, lo llevamos con cierta dificultad, por lo que era imprescindible conseguir una silla de ruedas para movilizarlo. A los dos días, luego de indagar entre amigos, un vecino de esos que resuelven y lo saben absolutamente todo, por lo que afectuosamente le dicen “*Mac Gyver*”, nos facilitó por unas dos semanas, la de su fallecida madre.

Sentía de nuevo calor de hogar que tanta falta me había hecho. Entre acondicionar los espacios, el baño respectivo, la cena, en la cual aparecieron aparte de las acostumbradas arepas, las sabrosas hallacas de caraota y conversar sobre cosas por saber, adeudadas, se fue el tiempo. Ahora me pregunto, ¿cómo es posible que las situaciones cambien tan radicalmente en cuestión de horas?

* * *

A la mañana siguiente, decidí conversar con la Directora del liceo, quien aparte de haberse convertido en una excelente amiga, era una persona muy ecuaníme, buena gerente y con demostrada sensibilidad humana, y plantearle que requería otros días de permiso, para cuidar la recuperación de papá, pero que deseaba obviar los engorrosos trámites de obtener y avalar la autorización para cuidados médicos, la cual me correspondía de ley, ya que el anterior acababa de vencerse, y acordamos entonces, que por yo

estar encargado de una coordinación académica y tener pocos cursos a cargo, creo que dos, asistiera solo a esas horas de clases efectivas en el aula.

La idea primordial era retomar mis actividades cotidianas, combinándolas con los necesarios cuidados que él ameritaba. Vinieron las compras de emergencia, necesarias porque ya prácticamente no quedaban alimentos y ahora éramos más. El colegio de Daniel. Las horas de corrección de abundantes ensayos represados e interacción virtual con mis estudiantes de la universidad. Ayudar en el apartamento. Las clases y las lecturas del posgrado. La cancelación de servicios atrasados donde no aceptaban pagos on-line. Una rutina totalmente diferente a la anterior.

A papá lo ubicamos en la cama más apta para asearlo y movilizarlo con facilidad, en vista de su inmovilidad. Al lado estaba una silla que por los días siguientes siempre estuvo ocupada por alguien, a veces los muchachos, otras Alexis, Herminia o yo, que en la medida que se recuperaba de la operación, también mejoraba de la conciencia y poco a poco gustaba contar cosas, cuentos, hablar.

Por supuesto que me incorporé al posgrado, que precisamente había comenzado un nuevo seminario la semana anterior. Me enteré que el profesor de la materia previa había considerado mi caso, pero que la nota colocada, a pesar de ser aprobatoria, no era la más favorable y que a la larga me iba a afectar en mi promedio general y en la posibilidad de ser el encargado de dar el discurso de grado, aspecto que

realmente no me preocupaba, ya que estoy claro en que muchas veces cuantificar los méritos, es un hecho relativo y que para disertaciones posiblemente vendrían nuevas oportunidades, y en todo caso, la situación lo ameritaba y como planteó Maquiavelo, hace varios siglos atrás: “el fin justifica los medios”.

De todas maneras, ya mi promedio había sido previamente “fracturado” por un percance ilógico y para mi insignificante con una docente, quien si le brindó la suficiente importancia como para darme mi “rebajita” en la nota, y todo por yo hacer, sin intención malsana sino constructiva en beneficio de la cátedra, una pequeña “sugerencia didáctica”, pero que ella lo tomó como una arrogancia de mi parte, y de allí lo convirtió en una afrenta que la llevó a no dirigirme más la palabra, en lo que restó del seminario, “invisilizandome”, como si no existiera. Entonces, “a esas alturas del partido” para optar a los quince minutos de oratoria que se ganan por encabezar el promedio general del grupo, necesitaba más que del esfuerzo propio, de la suerte de que otros no sumaran tanto de ahora en adelante.

* * *

Con el transcurrir de los días, se hacía más notoria la recuperación de papá. Conservaba aún los morados en la piel, los cuales iban adquiriendo una tonalidad verdosa, y los dolores en el cuerpo, sobre todo en la espalda, no sólo por el accidente, sino también por tantos días de cama. Ahora bien, era en el estado anímico y sobre todo en la conciencia, donde más se percibían los cambios.

No comía solo aún, había que darle en la boca. Con él se estaba cumpliendo el ciclo vital del ser humano: regresar de anciano a los cuidados especiales que se le brindan a un bebé, como aparte de ser alimentado, ser bañado, aseado, usar pañales, requerir ayuda para moverse por no caminar; ironías de la vida que todos deberíamos comprender desde jóvenes, sobre todo aquellos apegados al orgullo, desconsiderando lo efímero de la misma.

Alexis, quien también cursaba un posgrado los sábados en Guanare, pero que para suerte de él, no había tenido clases durante el mes anterior, por lo tanto no tuvo complicaciones académicas durante los días de la operación, ese fin de semana comenzaría un nuevo seminario; viajó para allá y de ahí a Boconó a “darle un toque técnico” a su familia, la cual no veía hacia un tiempo, y visitar a mamá. Regresaría a principios de la semana próxima, con la intención de que lleváramos a Nino a la consulta oftalmológica, recomendada por la doctora de Valera

Durante su estancia en el apartamento en Ejido, yo generalmente salía en las mañanas, pero ya al mediodía regresaba, dedicándome a acompañarlo en lo que las lecturas me lo permitían. Se sentía su necesidad de conversar, tal vez por todos aquellos días de involuntario mutismo, de ayayays, de miradas fijas que decían mucho y a la vez no decían nada. Y parecía que deseaba, sin manifestarlo, que estuviéramos al lado de su cama para platicar.

A él siempre le había gustado contar cuentos. Me remonto a mi primera infancia, cuando aún en el

pueblo no se veía la televisión, y lo veo por las noches, “echándonos” cuentos reales o ficticios. Ahora, esos mismos cuentos se los contaba a Daniel y a María cuando estos se sentaban en las tardes a darle trozos de lechosa o melón, que eran de las frutas que más le encantaban. Esa tarde se había unido Luis al improvisado auditorio, a quien luego de dos semanas sin bajar al apartamento, había buscado al mediodía a la salida del colegio. Por largos ratos les narraba las numerosas picardías de “Pedro Rímales” para embaucar a la gente, que él había aprendido de niño a través de la tradición oral, sin saber que era un personaje clásico de la literatura picaresca española conocido como “Pedro Urdemalas”, un truhan que urdía cualquier trampa con la finalidad de no trabajar, y que bien pudiera ser el ancestro imaginario de unos cuantos estafadores de oficio, que en nuestras realidades, se acostumbraron a timarnos política, económica y socialmente. Sus aventuras llegaron con los colonos al continente americano, adaptándose a la idiosincrasia de las nuevas realidades.

También los “embobaba” con cuentos de brujas, duendes y aparecidos, asegurando la presencia de estos seres sobrenaturales allá en La Vega durante sus años mozos, cuya función era asustar y molestar a las personas sobre todo de noche en las casas o caminos solitarios; me imagino a los clientes del cercano Bar “Cuatricentenario” al salir “adobados” del recinto veguero, caminando rapidito, buscando en cada sombra un ser paranormal del cual huir, o envalentona-

dos por las copas, enfrentar en un ficticio combate. Captaba pues, el silencio de María y Daniel, que lo escuchaban sin pestañear, y seguro imaginando a aquellos espantos como seres horribles y perversos. Luis, como buen adolescente, mostraba sus dudas.

En otra de esas sesiones vespertinas, contó de sus tiempos de cazador durante los años cincuenta, cuando con un grupo de amigos, se iban a los llanos de Portuguesa donde para la época la fauna silvestre era abundante, y luego de unos días, regresaban con venados, cachicamos, lapas, marranos de monte o cualquier otro animal medianamente grande y comestible que se les interpusiera. Recordaba orgulloso la vez, que luego de seguir por dos días las huellas de un tigre, que habían avistado a lo lejos, lo dieron de baja, llevándolo al retornar, para mostrarlo entre los amigos, y luego aprovechar el cuero como un trofeo de caza, que por años estuvo en el corredor de la casa grande de La Vega, hasta que un día no lo volví a ver.

Ese mismo día mencionó la vez que nos llevó a pescar por los lados de Barinas y por fortuna, sin mucho esfuerzo, regresamos con kilos y kilos de no sé qué especie de pescados. Ocurrió que en ese momento la pesca con atarraya estaba restringida por un verano inclemente, debido a que había bajado el nivel del cauce de los ríos, afectando las poblaciones de peces; y al amanecer, cuando casi llegábamos al sitio escogido por papá, vimos salir corriendo “playa abajo” una camioneta, quienes dejaron en el lugar dos costales de pescados y una red olvidada segura-

mente en la premura de la huida. La conclusión a la que llegó Marino, mi tío, fue que por el color verde oliva del *jeep* techo de lona de Nino, nos confundieron con la Guardia Nacional. Tomaron los “sacos” y los vaciaron en una cava grande que llevábamos. Por precaución de que regresaran los dueños de la pesca, nos devolvimos, dejando por supuesto la atarraya de los infortunados pescadores, quienes de seguro en cualquier oportunidad volverían al lugar. Varias horas más tarde, luego de alejarnos del sitio del “tesoro” y de haber comprado el hielo suficiente para conservar los pescados, estábamos a las orillas de otro río, bañándose ellos como buenos nadadores que eran, mientras mamá anexaba a la carne que se asaba en una improvisada parrilla, unos cuantos de esos pescados que la divina providencia nos había proveído. Luego de almorzar, como ya teníamos en nuestras manos el objetivo del viaje, regresamos de un día de pesca extremadamente rápido. Al día siguiente, varias mesas de El Recodo y de La Vega, ofrecían a sus comensales sabrosos pescados fritos.

* * *

Al final de esa tarde, cuando me preparaba para asistir en media hora a la clase de postgrado, recibí un mensaje de la profesora, informándome que la actividad se había suspendido para el otro día, debido a que según el cronograma de racionamiento eléctrico que habían publicado esa mañana, el sector donde recibíamos clase a esa hora, había sido incluido. Esas “programaciones” eran más en teoría, porque eran habitua-

les los cortes inesperados, que desde un tiempo para acá venían haciéndose la norma, afectando nuestros artefactos eléctricos y nuestra calidad de vida.

Ante el inesperado cambio de la actividad, antes de cenar, me “metí en internet” y vi que a las siete y media iban a pasar por televisión un juego de Los Tiburones de La Guaira y pensé verlo. Al rato estaba instalado viéndolo en el cuarto de Nino, fanático de toda la vida también del equipo escualo, sabiendo que también había seguido al Pampero, que fue la escuadra originaria que dio pie a la fundación del equipo tiburón. En mi casa desde siempre nos ha gustado el beisbol, siendo todos de La Guaira, excepto mamá, que aunque no sabe nada de beisbol y nunca ha visto un partido completo, es magallanera.

Cuando me empezó a llamar la atención el beisbol, tendría sino me equivoco, unos ocho años y lo más seguro que mi afición por los Tiburones debió venir, por tal vez escuchar a Nino diciendo que ese era su equipo. Una de esas tantas cosas, donde para los niños, su padre es el arquetipo perfecto a seguir.

Avanzando las entradas de ese encuentro que ganaban Los Tigres de Aragua, papá me contaba como de pequeño con sus amigos de La Vega, jugaban “pelota sabanera” en un potrero de La Milla con guantes, bates y pelotas hechos por ellos, insistiendo que lo colocaban de lanzador. En anteriores oportunidades mencionaba que en su juventud, escuchaba los juegos por radio, narrados por “Pancho Pepe” Croquer, famoso locutor, periodista y aficionado corredor de

carreras de autos, que según, había visto pasar por Boconó, compitiendo en un *rally* internacional, en el que también competía el argentino Juan Manuel Fangio, quien era en el momento el mejor piloto del Mundo, campeón varias veces de Fórmula Uno y que por supuesto pasó de primero por el pueblo, en esa etapa entre Valera y Barquisimeto. Y mencionaba de vez en cuando que el cubano “Cocaína” García era el mejor lanzador de esa época de inicios del beisbol en nuestro país; así como de los *pitchers* mas “recientes”, admiraba al también antillano Aurelio Monteagudo, figura indiscutible del *bullpen* guaireño, cuando era uno de los cuadros de temer en nuestro beisbol local.

Realmente a Nino le gustaban pocos deportes, aparte del beisbol, sólo el boxeo, la lucha libre, y algo el ciclismo, como recuerdo de la tal vez mas que afición, necesidad de montar bicicleta durante su juventud, como alternativa de transporte para venir al pueblo, cuando pudo comprarla. Cuando había buenas peleas nos quedábamos viéndolas hasta tarde en la noche y no se perdía ningún combate de *Cassius Clay*, *George Foreman*, “Mano e’ Piedra” Duran, Betulio González o Fulgencio Obelmejias, así como las locuras del “Novillo” Paiva, quien, si no derribaba al rival a “golpe tranco”, noqueaba a los espectadores a punta de risa. La lucha libre en su farsa teatral de los sábados por la noche, no la “pelábamos”, creyendo en las patadas de nuestro ídolo *Basil Battá*. Últimamente veía por fidelidad, las fingidas peleas de lucha libre “gringas” que pasan por *Espn*, comparándolas con

las nuestras de los años setenta, argumentando que en esas de antes si se “daban” de verdad.

Pero si pasaban fútbol o baloncesto en televisión, Nino cambiaba el canal, o se levantaba de su silla y se iba para la esquina. Creo que no entendía, porque Alexis y yo preferimos a la larga, practicar organizadamente estos dos deportes, y no beisbol, en el cual mi hermano si tuvo sus escarceos por un breve tiempo, siendo un buen lanzador con bastante velocidad y control, ganando varios juegos y sumando buenas cantidades de ponches por partidos, pero que al final no lo apasionó, o también que desde hace unos años para acá juega softbol de veteranos; pero en mi caso, nunca jugué mas allá de caimaneras, donde me ponían de jardinero derecho, ya que por ahí no se batea mucho y digamos que realmente yo no era muy bueno “agarrando pelota”, al igual que poco hábil con el madero. Creo que el responsable de mi predilección por el balompié sobre el resto de los deportes, incluso el básquet, fue el Canal 8, quien me permitió acercarme adictivamente a las transmisiones sabatinas de fútbol español y dominicales de la liga italiana, en las expertas voces de Tury Agüero y Reyes Álamo, y de Andrés Salcedo, encargado de narrar con un estilo aderezado de cultura general, el balompié alemán, antes de que comenzara a “caerle” literalmente a patadas a los balones en nuestro viejo estadio, haciéndome desde entonces fanático del Atlético de Madrid, de la *Juventus* y del *Bayer* de *Munich*., lógicamente aun no existía el Trujillanos. Debía contar con unos ocho o nueve años.

Tal vez por eso, cuando teníamos doce o trece años y nos “perdíamos todo el día”, durante los sábados y domingos o en vacaciones, en las canchas del liceo, al cual ingresábamos por encima de la cerca mi grupo de amigos para jugar partidas de baloncesto y futbolito hasta el cansancio, Nino nos esperaba a Alexis y a mí apostado en las afueras de la institución, para darnos nuestros respectivos y dolorosos coscorrónes, lo cual no evitaba que al día siguiente de nuevo retomáramos la incansable y sudorosa faena.

Creo que estas fueron unas de las pocas veces que lo vi ponerse “bravo”, porque generalmente siempre fue muy tranquilo; así como en otras muy pocas ocasiones, como cuando por años estilé dejarme crecer mi melena de rulos, al mejor estilo de los futbolistas ochenteros, y ya no le hacía caso para cortármela, como cuando de niño me sentaba en medio del patio, en una silla de barbero improvisada con tablas, y él mismo, tijera y regaños en mano me daba mi buena rebajada; o cuando unos “rateros” se acostumbraron a robarle eventualmente accesorios a su *Toyota*, y el los “cazaba” detrás de la puerta, pero sólo lograba asustarlos, antes de que de nuevo le llevaran algún retrovisor.

Esa noche, el juego lo ganaron los Tigres siete carreras a una. Nada extraño perder para un equipo que desde sus tiempos de gloria durante los setenta y ochenta, no volvió a obtener un campeonato, convirtiéndose en una escuadra perdedora, lo que no es impedimento para contar con una gran afición, que

con fidelidad, año tras año espera vivir un momento máximo de alegría, viéndolo campeonarse en nuestro tradicional beisbol profesional. Pienso que seguir a los Tiburones es un verdadero acto de fe, “sabiendo” ya desde antes de comenzar el torneo, de nuevo el titulo será esquivo y por una lógica extraña, habrá que esperar hasta la temporada próxima, repitiéndose este “*karma*” año tras año.

Pero también considero, que ser fanático en cualquier deporte, de un “equipo grande”, de esos acostumbrados siempre a ganar, monopolizando las competencias, debe ser extremadamente aburrido, ya que una victoria no es una novedad; más bien, “írle” a un club “pequeño”, “de bajo presupuesto” o “malo”, como se le quiera llamar, brinda la oportunidad de celebrar el más insignificante triunfo como si se ganara un Campeonato Mundial.

* * *

La cita para el oftalmólogo, la conseguimos para el miércoles de la semana siguiente de haber llegado al apartamento. Era en Mérida. Bajar las escaleras se nos dificultó algo, por el peso de papá. Gracias a Dios solo teníamos que bajar dos escaleras de catorce escalones cada una. Alexis iba detrás llevando la silla y yo delante, sosteniéndola y frenándola como una especie de amortiguador, para que no agarrara vuelo, ni él sintiera el golpeteo de cada uno de los veintiocho escaños que avanzábamos. Introducirlo al carro fue más fácil que la vez anterior, porque a pesar de su inmovilidad, se mostraba menos rígido.

En la Clínica, que era un sitio espacioso y acogedor hubo que esperar largo rato por la cantidad de pacientes también citados. La puerta principal daba paso a una sala con sillas a ambos lados, seguida de un pasillo donde los letreros en las puertas de cuatro consultorios dejaban entrever, que el instituto médico era en esencia familiar, dos de ellos con el mismo nombre masculino y los otros dos de igual manera, repitiendo nombres femeninos. Todos ellos oftalmólogos, aunque con diferentes sub-especialidades. La conclusión más obvia: padres e hijos compartiendo una misma profesión. El final de ese piso culminaba con una tienda óptica, la oficina de administración y una escalera que conducía según los carteles a un Quirófano y a Hospitalización.

Entre los pacientes se encontraba un paisano boconés que iba a ser operado y esperaba le llegaría el aval de su seguro medico. Hacía tiempo no iba al pueblo y en su curiosidad por ponerse al tanto de allá conversaba amenamente con Alexis, preguntando por conocidos comunes; así nos pasó el tiempo mientras llamaban a Nino a su consulta. Paradójicamente papá, esa mañana alargada a entrada la tarde, se mostró callado a diferencia de los días previos, en los cuales siempre tuvo una palabra a puerta de labios, dispuesta a salir. Tal vez era sentirse en el frío ambiente de una clínica, fuera de la “zona de confort” que brinda el calor humano de un hogar.

Ya en el consultorio, el viejo médico acompañado de su hija, revisaron minuciosamente el ojo ope-

rado, coincidiendo en la buena evolución que llevaba. Sobre el otro ojo vieron la necesidad de operarlo luego de un tiempo prudencial, cuando mejorara de las secuelas inmediatas del accidente, para impedir el avance del paulatino deterioro que presentaba y había que mantenerlo en buenas condiciones, tomando en cuenta, que de él dependía totalmente el funcionamiento de la visión. Por lo pronto, el médico sabiendo que en Valera lo atendería su ex-alumna, determinó que en un mes podría asistir de nuevo allá, por comodidad para nosotros. Por último, nos planteó opciones para la futura operación: en su clínica, o en el Hospital de Valera, por lo cual nos dio un informe del diagnóstico, para llevarlo el día que fuéramos a consulta. Le dimos las gracias y nos despedimos.

Luego de visitar unas cuantas farmacias para comprar los medicamentos indicados, regresamos a Ejido.

* * *

En los días siguientes a la salida a Mérida, papá comenzó a manifestar su deseo de quererse ir a la casa. Supongo le hacían falta mamá, sus paredes, su entorno, por lo que decidimos viajar. A los quince días de haber llegado de Valera y un mes exacto de él estar fuera de Boconó, temprano en la mañana tomamos la vía hacia el Páramo. Íbamos bien desayunados, con la finalidad de avanzar lo más posible, evitando parar en la carretera, ya que desde el día anterior y ese mismo, había frío y lluvia, típico de los posibles días de nevadas. De igual manera, por eludir las inclemencias del “mal tiempo”, llevábamos avío para el camino, el cual pensábamos to-

mar cuando paráramos en una bomba a colocar gasolina, que posiblemente sería en Mucurubá.

Íbamos a “buen ritmo”, y a pesar de eso, al aproximarnos al Cruce de La Concepción decidimos tomar la vía de La Plazuela, que acorta aproximadamente en una media hora, la distancia entre Valera y Boconó. A muchos no les gusta debido a ser bastante estrecha, y por ende peligrosa, tomando en cuenta el sinnúmero de peñas, que son verdaderas paredes de cientos de metros de altura, pudiendo competir fácilmente en algunos tramos, con las “Carreteras Infernales” que se transmiten por *Discovery Channel*.

Precisamente a poca distancia de salir a la ruta principal, nos conseguimos con una cola de carros parados, enterándonos que estaban sacando una camioneta que se había volcado en la mañana, sin pérdidas de vidas humanas que lamentar. Caminé como cuadra y media hasta una curva bastante cerrada, donde una grúa y un grupo de hombres luchaban por lograr el cometido de subir el carro siniestrado. Había caído unos cien metros, y entre los secos arbustos brillaba por los rayos del inclemente sol de la hora, una *Ford* roja grandota, de último modelo. Uno de los “rescatistas”, un muchacho que apenas rebasaría los veinte años, de ropas sucias y pantalón raído, era el ileso conductor, que ese día literalmente “volvió a nacer”. Poco a poco, la combinación de la fuerza mecánica y la pericia humana “rescató” el vehículo. Allí estuvimos tal vez una hora. Papá, al tanto de lo ocurrido, guardó un profundo silencio, dentro de un rostro que se veía triste, quizás de

asemejarlo con su particular tragedia, que había vivido hacia apenas un mes atrás.

Como a eso de las dos y media de la tarde llegamos a la casa. Aparte de mamá, lo esperaban dos de mis tías. Hubo lágrimas de alegría. Nino en su silla de ruedas, que ya la tenían reservada, dejaba escapar una ligera sonrisa en medio de su “desdicha” al verse de nuevo en su hogar, y digo desdicha, porque siempre fue un hombre acostumbrado a atender a los demás, el que resolvía todo y ahora era a él al que atendían. Dentro de su código personal destacaba el que nunca faltara nada en la casa, comprando compulsivamente comida u otros artículos con exageración en kilos y cantidades, por lo que muchas veces, en la abundancia los alimentos se deterioraban. Asumió el rol de ser un gran proveedor.

Además había sido un “todero”, de esos que le “meten” a todo. Resolvía los diferentes deterioros que se presentaban en la casa, a veces asumía el papel de plomero, otras de electricista, o albañil. Curaba las goteras del techo con la precisión de saber pisar las tejas debidas y acabar con el mal. Realmente había estudiado poco, creo que hasta tercer grado, tal vez consecuencia de una época difícil, en la cual, coincidiendo con su niñez, Eleazar López Contreras, para mí el gran arquitecto de nuestra sociedad contemporánea, apenas comenzaba a dar el impulso de la escolarización de una población mayoritariamente analfabeta, y que a larga trajo excelentes resultados, al “democratizar” a una población a través del censo

social, siendo las consecuencias positivas que brindaba una educación al alcance de todos; pero también producto de las carencias económicas de un hogar, en el cual era el segundo de once hermanos, debiendo cultivar pronto el oficio del trabajo como norma y sustento de vida. Esto no fue un obstáculo para saber, hacer y desarrollar cosas e ideas que le gustaban y llamaban la atención: hacia sillas, estantes, mesas, y precisamente la que sostiene la *minilaptop* en la que escribo este relato, la construyó hace unos cuarenta años, para que la usáramos en las “tareas” del liceo, siendo mi aliada también en la universidad. Recuerdo como adaptaba motores a máquinas de moler maíz y de igual manera, reparaba artefactos dañados.

En fin, hacia una serie de cosas, que por mi “torpeza” manual se me hacen difíciles, por no decir imposibles de realizar.

* * *

Tenía pautado regresar al día siguiente bien temprano en la mañana, ya que estaba estipulado para la noche en mi seminario, la redacción de un ensayo sobre el cerebro triuno y las inteligencias múltiples, y para lo cual no había leído mucho. Precisamente, me había traído un texto psicológico sobre los temas en cuestión, con el fin de leer durante el regreso. Lo que sí requería era llegar lo más temprano posible a Ejido, para descansar algo, así fuera poco, de los efectos de viajar de pasajero, que particularmente me produce algún mareo. Cuando soy yo el que voy al volante, sin importar la distancia y las horas, por supuesto que

por la posición y los movimientos que exige la conducción de un carro sincrónico, llego cansado de las piernas, pero jamás mareado.

En la tarde salí a comprar chulas para llevar. En otras partes llaman “paledonias” o “cucas” a esta especie de galletas a base de harina, panela y manteca. Las de Boconó son exquisitas, las preparan de dos formas: blanditas y gruesas; y tostadas y finas, que para mi paladar estas últimas son las mejores, impelables unas cuantas, preferiblemente remojadas en leche o en su defecto con café. De por sí, son de las referencias más significativas de la gastronomía local. Quería comprar varios paquetes, ya que a los muchachos y a Herminia les encantan. Me sorprendió que en los diferentes lugares, panaderías, abastos o casas donde las hacen, ya que son muy comunes y las venden en todas partes, continuaban siendo económicas, por lo que compré mas paquetes de los que pensaba.

Al volver de los lados de la plaza y de haber ido a la casa de Talla a pedir la bendición, conseguí a Nino sentado recibiendo la visita de los vecinos de al lado y unos colegas suyos, choferes de “carreras” a los campos; no como de costumbre en su pesado mueble de madera y cuero del recibo viendo televisión, sino en la silla de ruedas que mamá había conseguido, ubicado en otra sala donde corre menos brisa. Era común que papá se sentara en el rustico mueble, mientras esperaba que alguien fuera a buscar una “carrera”, viendo “De Película”, el canal dedicado exclusivamente al cine mexicano, fundamentalmente al de su

época de oro, de las películas en blanco y negro, esperando que pasaran alguna con sus actores favoritos, entre los que destacaban, el primero de todos, Pedro Infante, y luego, Jorge Negrete, Miguel Aceves Mejía, José Alfredo Jiménez, Javier Solís, y más reciente, las ya a color de Vicente Fernández.

Otras que le encantaban eran las cómicas de Cantinflas, Tintán y Resortes, y las de La India María, en la cual mamá, sentada a su lado lo acompañaba a carcajearse de sus aventuras, porque las películas de esta comediente, son las únicas que a ella le gustan. Era la afición que le había quedado de joven, cuando asistía constantemente al cine de la plaza, una de las pocas diversiones posibles en el Boconó de los años cuarenta y cincuenta, donde se reproducían día a día películas de charros y tragicomedias de un cine que lideró dicha industria a lo largo de Latinoamérica, y forjó pautas de comportamiento foráneas dentro de nuestra idiosincrasia...

Viéndolo ahí, postrado inerte sobre dos ruedas, me generó interrogantes sobre como iría él a aceptar su condición, con lo activo y enérgico que siempre fue, como el hecho de necesitar que lo pasaran en brazos a la silla ortopédica. Mamá creía en medio de su miedo por el futuro, que el pronto iba a recuperarse y volver a la normalidad, argumentaba que aún estaba reciente el accidente. Yo, por el contrario, pensaba en silencio que por su edad era imposible que volviera a ser el Nino de siempre; claro, no se lo decía para no desanimarla.

No sé por qué, sentado ahí con ellos, mi pensamiento y atención se centró en el patio, el cual observaba desde una ventana, ese espacio techado contiguo al estar donde nos encontrábamos y, que ahora mamá utiliza solo para secar la ropa, remontándome retrospectivamente cuarenta y tantos años atrás, para ver a Nino alimentando sus pájaros, los cuales mantenía en una enorme jaula de aproximadamente dos por dos metros cuadrados, cuidándolos con esmero y dedicación. Había de diferentes especies, pero todos juntos, ya que el enorme cubo de cabilla, madera, malla y techo de zinc, no tenía divisiones internas. Eran arrendajos, turpiales, azulejos, cardenales, periquitos de diferentes colores y tamaños y tal vez algún otro, que después de tanto tiempo se me escapa a las limitaciones de la memoria, consintiéndolos con cambures, naranjas y lechosas. Le encantaba oírlos y al unísono, silbando los imitaba.

Fue una pasión que le duró hasta que, no sé si por presión de mamá, cambió por el gusto por las plantas, principalmente por las orquídeas. De manera tal, que el espacio donde antes había estado la enorme pajarera, pasó a convertirse en una especie de vivero, y en una serie de materos de diferentes formas y tamaños había una infinidad de plantas, las cuales, para mí, con salvada diferencia en las hojas y las flores, eran todas iguales. Con regularidad, después de “pasarle un trapo” al carro por la mañana, se dedicaba a regarlas, abonarlas o quitarle alguna hoja seca. Las que más cuidaba, no sé si por un mito de que

son “delicadas” eran las abundantes orquídeas y sus preciadas flores, de las que había, no solo las tradicionales moradas, sino de todos los colores inimaginables: amarillas, anaranjadas, de colores combinados, celestes, traídas de Guaramacal, de los lados de Campo Elías o de cualquier campo donde las pudieran adquirir, ya que era otro “*hobbie*” compartido con mi madre. Estas son plantas costosas, que, si hubiesen vendido retoños de ellas, en ese improvisado vivero particular, las ganancias económicas habrían sido significativas. Cuando ellos venían a Mérida, si tenían la casualidad de coincidir con las ferias, las exposiciones de orquídeas, eran un lugar más que obligatorio. Pudiera decir por lo que Nino sabía, en su conocimiento básico sobre las orquídeas y sus cuidados, era potencialmente un “orquideólogo empírico”.

En unas vacaciones que regresé, me conseguí con la sorpresa que de la anterior selva casera no quedaban ni rastros, parecía como si la desertificación hubiera arrasado con un tupido bosque para solo dejar arena. ¿Qué hicieron con las preciadas matas y las macetas, algunas de cerámica y otras de plástico? ¿Por qué perdieron el desmedido interés por ellas? No lo sé, o no me acuerdo si alguna vez me lo contaron.

* * *

Esa madrugada me levanté a las tres y media. Debía estar a más tardar a las cinco en el terminal, el cual quedaba relativamente cerca de la casa como para ir caminando, ya que prácticamente andaba sin mucho equipaje, solo un pequeño morral con la muda de

ropa necesaria y la bolsa grande repleta de las apetecibles chulas, pero ya el miedo a la inseguridad desde hacía tiempo atrás, nos había quitado el derecho a transitar libremente, por lo que el día anterior había contratado un taxi, a fin de que me recogiera bien temprano. La meta era llegar a Valera a tomar el primer o segundo bus a Mérida. Todas estas metas las cumplí cabalmente.

La noche anterior me despedí indirectamente de papá, conversando con él y dándole fuerza a su autoestima bastante alicaído. Mamá por su parte, se notaba sumamente preocupada al saber las múltiples dificultades que se les avizoraban en los días por venir. Realmente el panorama no era nada fácil, aunque Alexis bajaría todos los días a ayudar en las nuevas y diferentes “faenas” que ahora aparecían; su hogar de Mosquey, en la parte alta y fría del pueblo queda a unos veinticinco o treinta minutos de la casa. A la hora de salir no quise despertarlo, consciente de que dormía profundo y últimamente le estaba costando conciliar el sueño; prometiendo a mamá, regresar pronto con los muchachos y Herminia, en vista de que diciembre, sin darnos cuenta estaba por llegar.

Durante el viaje, en los buses no leí, de igual modo, por conocimientos previos, el ensayo que elaboré esa noche fue más que aceptable. Entre intentar dormir y pensar en lo difícil que iban a ser para mamá las cosas de ahora en adelante, se me hizo largo el viaje y como una película futurista, recreaba escenarios por venir. Un dejo de tristeza me acompañaba

como una deuda moral, de ver a dos viejos enfrentados a las dificultades. Pero yo vivía a más de trescientos kilómetros, y esa era una realidad. Gracias a Dios mi hermano estaba allá.

A las cuatro de la tarde, recuperándome del viaje, tomaba una taza de café en el apartamento, uniéndome a los niños y Herminia a merendar con unas de las apetecidas y esperadas chulas.

La vida seguía su curso, y vendrían muchos días de constante comunicación telefónica de aquí y de allá, informándome de cómo iban las cosas en la casa y como se recuperaba Nino. Supe que con las esperanzas puestas en que caminara, buscaron los servicios de un fisioterapeuta cubano, que iba a la casa a darle masajes y hacerle ejercicios rutinarios, pero que también Alexis pensando en ese objetivo, complementariamente le aplicaba algunos movimientos que consideraba lo ayudarían, mostrándose optimistas cuando me lo contaban, lo cual me alegraba y sabía agradecer en la distancia.

* * *

Pasaron corriendo los días y llegó el asueto vacacional decembrino. Oportunidad que esperábamos para viajar como tradicionalmente lo hacíamos, pero esta vez con un motivo muy especial, como era el hecho de visitar al abuelo convaleciente. En ocasiones anteriores, por decisión salomónica, estilábamos dividir las fechas pascuas año tras año entre Boconó, Aricagua y nuestro hogar ejidense; de esta manera, la Nochebuena la pasábamos en el apartamento, tal vez

con la intención de solidificar raíces en nuestro núcleo familiar con proyecciones a futuro, y alternando entonces el Año Nuevo entre la casa de los padres de Herminia en los Pueblos del Sur merideño y la mía natal. Pero ese año, ante las circunstancias inesperadas, estaríamos todo el periodo en territorio trujillano.

Teniendo el vehículo en condiciones aún no aptas para emprender viajes largos, era inminente viajar en transporte público, lo cual no se nos hacía muy grato, acostumbrados a la comodidad de siempre hacerlo en el nuestro. Esta vez a diferencia de otras, llevábamos pocos presentes a mis familiares; tal vez algunas cosas que no ocuparan mucho espacio, buscando por todos los medios minimizar el equipaje. Por supuesto, ¿cómo hacerlo si éramos seis, sumando las maletas, las “cosas” del bebé y “de mano” como llama mi esposa a todo aquello que va fuera, y que se hace innumerable: su cartera, alguna botella con agua, algo para merendar, las chaquetas y suéteres, bolsas para el mareo, toallas y algo más?

Corrimos con la suerte de tomar uno de los primeros buses que conducen a Valera, y gracias a Dios que no hacía tanto frío, a pesar de ser diciembre. Tampoco ninguno de los muchachos mareó en el trayecto, lo cual colaboró en que el viaje se nos transcurriera sin percances y mayores incomodidades. Íbamos sentados en cuatro puestos paralelos; Herminia y yo llevábamos en las piernas a Gabriel y a María, y al lado, Luis y Daniel. Al llegar a Valera, abordamos casi de inmediato el transporte que nos

conduciría a nuestro destino.

El bus en el que íbamos, paró a colocar gasolina en Árbol Redondo. Allí se encontraban un grupo de niños vendiendo higos rellenos, fresas con crema, pasteles y arepas de harina de trigo, lo cual se viene haciendo desde hace muchos años, aprovechando que el lugar atrae conductores y los buses generalmente hacen una parada para "tanquear", y para que los pasajeros "estiren las piernas" o satisfagan algunas necesidades. Los pequeños vendedores que se parecían todos entre ellos, presumiblemente pertenecientes a una misma estirpe, subieron al transporte a ofrecer en forma persistente sus mercancías, sin bajarse hasta prácticamente "obligar" a que les compraran por cansancio, sus granjerías. Es como que si el monosílabo "no", no lo entendieran. De tanto insistir, lograron su objetivo, acertando en su curiosa, pero efectiva práctica mercadotécnica.

Fui uno de los compradores, no por su perseverancia, sino porque esos higos siempre me han gustado. Los hacen en Burbusay, un pueblo bonito cercano, que por algunos parajes xerófilos y la forma de ser de la gente, bien se pudiera estar en un típico poblado de la sierra mexicana, de esos mostrados siempre en la filmografía ranchera azteca. Uno siempre guarda grabadas en la memoria imágenes de situaciones y lugares vividos, siendo entonces que la mención de Burbusay me lleva a recrear dos ideas: una hermosa iglesia colonial pintada de inmaculado blanco, rodeada de contrastantes muros de piedra; y unos sabrosos hi-

gos rellenos con leche caramelizada que se les reboza, envueltos en papel transparente. Así que nos hicimos de una buena bolsa de estos sabrosos “manjares, para llevarle a mamá, a quien le encantan exageradamente los dulces, y para nosotros degustarlos en un rato.

Ahora bien, a las arepas no le hicimos caso, ya que no se veían muy atractivas, sobre todo viniendo nosotros de Mérida, donde son verdaderos especialistas en el arte de amasar el trigo y dar su mejor versión de ellas.

* * *

Al bajarnos del taxi que nos había conducido del terminal a la casa, por coincidencia mamá se encontraba en la puerta, despidiendo a unos amigos de Nino, choferes de la esquina, quienes por las tardes siempre lo visitaban. Entre bendiciones, vino el esperado intercambio de abrazos y besos. En la sala contigua estaba papá en su silla de ruedas y también la tía Carmen. Nos saludamos fraternalmente, y a pesar de que él había perdido la alegría que siempre lo había caracterizado, se notaba en su mirada y en su sonrisa, contento.

Para dos personas que desde hace mucho tiempo viven solos, cuando mi hermano y yo salimos a la universidad y luego a hacer hogares propios, ver la casa repleta de nietos, en este caso cuatro, permitía que se sintieran más que acompañados. Se llenaban los cuartos acostumbrados a estar solitarios y oscuros, y en la mesa del comedor generalmente vacía, comenzaban a faltar sillas para tantos. Esa alegría que siempre habían sentido ellos, al tener a sus nietos allá.

La vivienda era grande, muy al contrario de las casas y apartamentos recientes contruidos con una visión de reducir espacios y costos. Dicen que a principios del siglo XX había sido una posada. Una tradicional casa colonial, de paredes muy altas, techo de teja, varias salas y habitaciones de dimensiones amplias, la cual hace más de treinta años fue “renovada”, ya que fue prácticamente hecha de nuevo, tumbándose las paredes anteriores, las que eran de adobe o bahareque, algunas de ellas de gran grosor, y levantando paredes de bloque, manteniéndose la misma estructura, y haciendo que los cuartos ampliaran sus espacios al ganarle varios metros o centímetros a los “muros” anteriores.

Cuando llegamos, ya mamá había colocado el arbolito y los adornos navideños. Fue la última vez que lo hizo; al tiempo comenzó a regarlos, y a nosotros nos obsequió unos cuantos san nicolases, ositos andarines, muñecos de nieve y campanas bomboneras navideñas. Además, estaba en una mesita un Niño Jesús grande en su cunita y un nacimiento compacto de porcelana, que venían ambos a sustituir al tradicional pesebre de cerros de papel y musgo. Ese diciembre, aún la cara navideña se hizo presente para adueñarse de los espacios, de los muebles. Por estas fechas, mi madre quitaba su colección de porcelanas “*Capo di Monti*”, hermosas todas, italianas originales, que no sé cuántas podían haber, llenando rinconeras y mesas, para dar paso, como haciéndole caso a Reinaldo Armas diciéndole “Viene diciembre con su carga de

alegría...”, o a los Cardenales del Éxito asegurando que “Huele a Navidad...”, a tonos verdes y rojos, por donde uno mirara.

Era como una premonición de algo que no se quería que ocurriera.

* * *

Hacía cuatro meses que mis hijos habían visitado a su bisabuela Talla. Ella contó con una gran lucidez que la caracterizaba, más o menos hasta los días de la caída. Siempre sufrió de las piernas por las varices muy acentuadas que tenía, incluso antes de caer en la cama, usaba andadera, pero su claridad mental y memoria era muy buena. Fue como si su inmovilidad corporal fuera también deteriorándole la conciencia, metiendo al pasado y al presente en un mismo saco, añadiéndole paulatinamente una pérdida de la claridad visual y auditiva; no era otra cosa sino el inalterable paso del tiempo. Aún se acordaba de todo, y conocía a todos sus nietos y bisnietos al pie de la letra; por lo tanto Luis, Daniel y María, no le eran extraños, definiéndolos y caracterizándolos fácilmente como si con frecuencia los viera, y no por temporadas vacacionales. Y así, con los hijos de Alexis o de mis primos. Pero al pequeño Gabriel, poco lo conoció.

Esa tarde los reconoció fácilmente a todos, y “puso” a María a cantarle los aguinaldos que había aprendido en la escuela, diciendo que cantaba muy bonito, a pesar de que ya la afectaba una incipiente sordera; igual que decía que Daniel y Luis estaban igualitos, cuando sabíamos que veía poco. Esa era

su forma de ser, minimizar ante todo los problemas, “allanando” lo “intrascendente”, lo cual copie de ella, ya que he aprendido a darle importancia a lo verdaderamente importante, a no proporcionarle tanto valor a los “problemas” y a no desgastarme en nimiedades.

Talla fue muy educada siempre; nunca escuché que dijera una “mala palabra” y además, yo evitaba proferirlas en su presencia, lo que me cuesta, ya que de vez en cuando se me escapa alguna, no con sentido ofensivo, sino en su esencia comunicativa coloquial. Su trato a los demás, tenía impreso la cordialidad. Había estudiado pocos grados, cuando asistió durante su primera infancia en Cuicas a la escuela de la señorita Everosa, una maestra nicaragüense que había sido monja, la cual la marcó profundamente en su vida. Además, de por sí, era muy católica. Asistía regularmente a la misa vespertina, y rezaba a diario el rosario por las tardes o noches. Cuando en mi adolescencia, surgían dudas “teológicas”, ella me decía que “las cosas de Dios no se escudriñan”, como fórmula de combatir cualquier incredulidad.

Pero también era muy supersticiosa,teniéndole miedo al “enemigo malo” y sobre todo a la muerte, creyendo que con ciertas palabras o acciones nuestras que intentaba censurar, se podía desatar la mala suerte. Por ejemplo, si yo cantaba la estrofa “Ya me voy de esta tierra y adiós...” de la tan versionada canción colombiana “Cabeza de hacha”, incluso cantada por Rubén Blades, buscaba acallarme para evitar fatalidades, entonces diciéndole yo, que era una simple can-

ción, replicándome con su “eso es malo”, que servía para muchas cosas. En su código vital concebía que hacer esto o hacer aquello diferente a lo que ella consideraba correcto, “era malo”.

También creía en la existencia de duendes, brujas y espantos que le hacían daño a las personas, y nos contaba cuando niños más que cuentos, historias que aseguraba había presenciado, como la vez que consiguió preparándose para “volar”, con la cara transformada y las piernas retorcidas en forma de clineja hasta los muslos, a una “muchacha de servicio” que trabajaba en la casa, que al verse descubierta volvió a la normalidad, y se tapó con una cobija, a la cual despidió al día siguiente; o la noche que rescató a Marino siendo adolescente, de una mujer translúcida que lo guiaba por el solar de la casa, mientras él la seguía caminando dormido, y a pesar de que ya para ese entonces sufría de varices en las piernas, lo pudo llevar cargado; o del duende que todas las noches, después de la medianoche, habría las llaves del lavadero y la regadera del baño que se encontraba al lado del solar; asegurando además, que las armas utilizadas en estas ocasiones descritas, para combatir a la “maldad”, eran la oración del rosario, y en la mano derecha, una infaltable camándula.

* * *

Las terapias que le aplicaba el fisioterapeuta en tres sesiones semanales, no reflejaban realmente avances significativos en la recuperación motora de papá, desde que habían comenzado, por lo que ha-

bían decidido suspenderlas, y optar por un centro de terapias público, que estaba ubicado a dos cuadras de la casa, donde muchos aseguraban haber obtenido buenos resultados. Eso sí, debía llevarse diariamente para allá. Mientras tanto, Alexis empíricamente le continuaba aplicando las sesiones diarias de ciertos ejercicios a nivel de brazos y piernas, buscando devolverles movilidad y fuerza. Por esta vía, por la constancia en que lo hacían, se había ganado cierto terreno, logrando que, ayudándolo a sentar, se levantara y se sostuviera parado unos instantes sin ayuda. Imagino lo que le costaría hacerlo.

De igual manera, tratando de ir más allá en los avances, mi hermano con ayuda de alguna otra persona que se encontrara en la casa, intentaban caminarlo. Pero realmente Nino no daba pasos por sí solo, avanzaba porque lo conducían otros. Por esos días, en dos oportunidades participé de este paseo por la casa, sin que tuviera fuerza para alzar el pie, menos para avanzar. Pesaba bastante para los que lo abrazábamos, por lo tanto, para sus débiles piernas debía ser “terrible” soportar su aún pronunciado abdomen..

Precisamente esa tarde en que por segunda oportunidad ayudaba a caminarlo, fue a visitarnos José Gregorio, nuestro amigo internista y quien por amistad y devoción, desde hacía muchos años se había convertido en su médico de cabecera, y prácticamente de toda la familia, dispuesto a ir a revisarlo cada vez que lo requiriera, emulando a su famoso tocayo y paisano nacido en Isnotú, no en lo santo sino

en lo comprometido con la necesidad de atención de los enfermos.

El buen galeno, observando las dificultades de movimiento fuera de la cama donde siempre lo “chequeaba”, luego de auscultarlo rigurosamente, sugirió llevarlo al Neurólogo para que lo evaluara de su funcionamiento cerebral, puesto que consideraba no era el más adecuado.

Creo que por esos días, ya no lo hicimos “caminar” otra vez.

* * *

Desde que llegamos, para complacer a la “tropa”, durante varios días nos desayunamos con pasteles. Los que se hacen en Boconó les encantan, es que realmente son muy buenos, exquisitos. A pesar de tener presente el “relativismo cultural” de los valores particulares de cada grupo socio-cultural, debo decir que en todo el territorio nacional, para mí, los nuestros no tienen comparación. Los “típicos” son preparados con un guiso a base de la combinación de carne de res extremadamente mechada, casi en hilos; granos triturados, que con preferencia desde siempre han sido garbanzos, pero que por el alto valor de estos, hoy los suplantán con arvejas, lentejas, frijoles pequeños, o cualquiera otros que estén disponibles y sean adaptados a la tradición; además, diversos vegetales y aliños, donde destaca el infaltable toque del comino; y opcionalmente les colocan rodajas o trocitos de huevo cocido. Aún en algunas de las tantas casas que los preparan, las cuales se consiguen por do-

quier, siempre llenas de clientes matutinos, o incluso a cualquier hora del día, consumiéndolos calientes, casi salidos del caldero, los fríen en manteca de cerdo, agregándole entonces un especial sabor a chicharrón a la suave y dorada masa de harina de trigo.

Los pasteles de otras regiones son diferentes, e indudablemente satisfacen el paladar de los autóctonos, y los consumo por inercia, pero realmente adeudan aportes en cuanto a la sazón y al sabor. Por ejemplo, los tachirenses y merideños, lo cual han copiado en otros estados, son preparados con carne molida y arroz, que para mí es como “un matrimonio mal hecho entre el agua y el aceite”, cada uno por su lado, aislándose en vez de compenetrarse, ya que la carne molida se queda en su minúscula partícula, entre un arroz que no brinda sabor por su naturaleza neutra, a menos que sea saborizado “a punta de cubitos”. En Caracas, consumí en algunos expendios, unos repletos de carne mechada guisada, a la cual le hacía falta un complemento. También pude degustar unos en Barquisimeto, que contenían algunos cuantos garbanzos enteros navegando entre el guiso, lo más próximo a los de mi pueblo, pero en fin, diferentes.

En la casa siempre había sido costumbre que Nino llegará tempranito con sus bolsas repletas de pasteles, y cuando venían mis hijos, duplicaba la compra y las opciones, añadiendo a los de carne, unos cuantos de queso con papa, de los cuales el principal “cliente” era Daniel. Ver a papá asomarse en la cocina con semejante “carga”, me recordaba a veces de

aquella mañana lluviosa, en la cual se apareció con un “saco” lleno de patos que había cazado hacía rato por los lados de Vega Abajo. Eran como doce, que volaban juntos en su bandada migratoria, cayendo todos luego del acertado tiro de perdigones; por lo que durante toda esa semana y parte de la otra, en nuestra dieta dominó su carne magra y oscura.

En nuestra vecindad de El Recodo siempre han existido muchos abastos, cafetines o viviendas, donde los preparan o revenden, y son muy buenos, pero desde hacía tiempo nos gustaba comprarlos por La Sabanita, por lo que en esos días, como a las siete de la mañana, salía con Daniel o Luis a buscarlos, aprovechando para caminar mi respectiva media hora mínima diaria. La Sabanita queda a unos quince minutos de la casa, así pasábamos, los pedíamos, y mientras los freían, continuábamos con el “entrenamiento”, retirándolos calienticos en un cuarto de hora, al regresar de estirar el “paseo” por una avenida cercana.

A las ocho, ya estábamos todos desayunando. María y Daniel disputándose los de queso con papa, muy sabrosos en su pastosa combinación, aunque estos nunca igualen a los de carne, y yo por supuesto, como con cualquier vianda que tenga al frente, destapando la infaltable botella del ají.

* * *

Existía la necesidad de llevar a Nino al neurólogo, antes de que éste tomara un descanso por navidad. La cita la logramos conseguir en la raya, para el veintidós en la mañana. Alexis no había po-

dido bajar ese día, y no sé por qué no recuerdo en el carro de quien fuimos, que indudablemente, también nos recogió a la salida de la consulta. El consultorio quedaba en la clínica más antigua del pueblo, precisamente en la cual nací y gran parte de mi generación; una vieja casona colonial, de grandes dimensiones, que prácticamente ocupaba casi toda la cuadra, con puertas de entrada y salida hacia dos calles, devenida en centro asistencial, y que está ubicada a unos quinientos metros de mi casa por la misma avenida. Cuando llegamos, quedaba un paciente por pasar, a lo que hubo que esperar un rato más o menos largo.

Ya en la consulta, luego de la revisión física y de la tomografía previa que nos habían pedido llevar, en la cual no se reflejaban signos de advertencia, el médico manifestó que por el comportamiento general presumía afectación cerebral como causante de la dificultad de movimiento, ya que no se percibían problemas a nivel de la columna a pesar del golpe sufrido. En tal sentido, nos solicitó le realizáramos lo más pronto posible, una resonancia magnética, informándonos que no las estaban realizando en Valera ni Guanare como opciones más cercanas, y en todo caso, debería ser en Maracaibo, Barquisimeto o Mérida. Dijo que por las fechas, requería ser a principios de enero, y traerlo de nuevo a revisión médica, con los resultados del estudio. Le recetó algún oxigenante y algo mas, y nos regresamos a la casa, conversando sobre el estudio que por lógica sería en Mérida.

Esa tarde, había quedado con mis amigos de siempre, a una de las acostumbradas caminatas a los cerros cercanos y algunos distantes, que antes hacíamos consuetudinaria o regularmente en nuestros reencuentros por vacaciones, pero luego de que llegaran los hogares y sus compromisos, se nos habían hecho esporádicas. El ejercicio surgía como excusa, ya que creo que lo hacíamos para abrir un abanico de palabras e ideas que hacía tiempo no compartíamos, por vivir todos en diferentes ciudades.

Íbamos por el gran reto de la temporada: ir a “La Estrella”, que implica subir una cuesta medianamente larga, pero bastante empinada, hasta un mirador en una planicie, desde donde se observa a plenitud, a lo largo y ancho, el majestuoso valle poblado en el cual nacimos. El sitio que queda en la vía a El Pocito, recibe este nombre, porque en diciembre año tras año, se encienden de noche, los bombillos de una gran estructura de forma estrellada, que desde las alturas del frente, anuncia la llegada de los tiempos navideños.

Dos días antes como calentamiento previo y suavizar las pantorrillas, pensando en lo que se nos venía en próximos días, subimos a primeras horas de la tarde a El Llano de Las Guayabitas, otro cerro más bajito y menos inclinado, pero tal vez a mayor distancia, con la ventaja de que en el regreso existía un sitio agradable para refrescarse y amortiguar el calor con unas buenas “frías”, hasta que el bolsillo y la luz solar aguantaron.

A la “temida Estrella” arribaron de primeros y sonrientes por el hecho, Luis y Daniel, con la venta-

ja que les daba ser mínimo treinta años más jóvenes que nosotros. Luego, a unos pocos minutos yo, y más atrás graneados, los otros cuatro viejos amigos, José Gregorio, Alejandro, Orlando y Hancer, no por orden de edad sino de “barriga”.

Quedaban pues, días suficientes para hacer una o dos caminatas, sobre todo la ineludible del treinta y uno, como colofón del año por terminar, al son y reflexión de los pasos andados.

* * *

Mamá había encargado las hallacas. Desde unos cuantos años para acá ya no las hacía, prefiriendo comprarlas, minimizando el duro trabajo que le ocasionaba, por su negativa a dejar que la ayudaran. Antes cuando gustaba hacerlas, sola cumplía con cada paso, desde el lavado de las hojas, el picar la carne y los aliños del guiso, la preparación, el amarre y la cocinada de unas ciento cincuenta para el veinticuatro, repitiendo de nuevo esa cantidad para el treinta y uno. Luego de semejante faena quedaba extenuada. Mi colaboración cuando “muchacho” era sacar unas cuantas, de la nevera en la madrugada, para “pasapalearlas” frías con un algún amigo, con el cual anduviera de juerga navideña y nos atacara el hambre.

Raquel Castaños cantaba por los años setenta, un pegajoso estribillo que decía “...Digan lo que digan, no discuto más, la mejor hallaca, la hace mi mamá...”, lo cual se convierte en una gran verdad, ya que esos sabores y olores primarios de nuestros hogares, impregnan por siempre la sensibilidad y los

recuerdos de nuestras papilas gustativas. Esas que ella hacía eran muy buenas, y yo las tomaba como punto de referencia para compararlas con las de cada casa, en las cuales antes era posible que te invitaran una y otra hallaca si quedabas con ganas. Y digo compararlas, no en una competencia desleal para saber cuáles eran mejores o peores, sino por el hecho de aprender a diferenciar sabores, buscando un sello particular en cada cocina, ya que aún cuando se utilicen por generalidad los mismos insumos, el resultado particular no es el mismo.

Retrotraigo aquellos tiempos juveniles cuando con Gumer, quien por muchos años, pudiera decir, fue mi “mejor amigo”, o como dicen en México, mi “carnal”, lamentablemente engullido vorazmente por las fauces perversas de los cigarros que le daban risa a Bob Marley, hacíamos tours inacabables tras cuanto hallaca pudiéramos “glotonear”, sin que nos doliera el estómago; o años más tarde con Alejandro, otro “pana” de El Recodo que cambió a tiempo una futura sotana, por la bata blanca de buen cirujano, al contrario de los sueños frustrados de José Gregorio Hernández Cisneros, nuestro venerado santo regional, quien infructuosamente quiso abandonar la práctica médica para ordenarse sacerdote, cuando estilábamos acompañar la cebada, con un “hallacazo” hasta el cansancio.

Este diciembre mamá había pedido cien a una señora amiga, quien las preparaba para la venta durante todo el año, llevándolas el veintitrés por la ma-

ñana. Eran las típicas de la región, con garbanzo, y se percibía por su sazón y textura que habían sido hechas con la carne cruda y el guiso cocido, precisamente como a mí me gustan. Estaban buenas, pero sabía que no eran las de la casa, ni las que acostumbrábamos hacer Herminia y yo en el apartamento. En cada región del país son diferentes por la variedad de ingredientes y estilos gastronómicos disponibles, pero al final de cuentas, son hallacas.

Las que hacemos en nuestro hogar en Ejido pudiera decir son híbridas, amalgamando costumbres de la casa de Herminia y de la mía, pero no dejan de aparecer en la olla, algunas de las tradicionales merideñas, que son una especie de regalitos cuadrados, que cuando se deshojan aparece un “cojín” de masa abierta mostrando en el centro, trozos de carne y verduras, dejando saber que el guiso se usó crudo. Las trujillanas, al contrario, son hechas en forma de “almohadas” cubiertas por todos lados.

Las bienvenidas cien hallacas pasaron rápido con semejante “combo”, pero solidariamente fueron sustituidas por unas cien más por las fechas de Año Nuevo. Estas serían las últimas hallacas que Nino se comería, y a quien realmente le encantaban, que en sus buenos tiempos de una “frondosa barriga” se comía cinco por cada sentada a la mesa.

* * *

El primero de enero fuimos a la casa grande. La misma en la que nació papá y vivió durante su juventud, los cambios profundos que se daban en una

sociedad que salía del campo para adentrarse en la vida urbana. De hecho, esa casona de La Vega sigue siendo un punto de encuentro entre lo rural y lo citadino, acercando ambos mundos de necesidades, intereses y expresiones cotidianas. Nos costó llegar por la ausencia de transporte, pero luego de esperar por un buen rato en la parada, al final lo hicimos. ¡Cómo extrañaba en ese momento nuestro carro!, que había quedado reposando por esos días, en el estacionamiento de la vivienda de un cuñado.

Queríamos antes de irnos a Mérida al día siguiente, visitar a los tíos, quienes tenían toda su vida viviendo allí, como lo habíamos hecho ya con Blanca, la hermana de mamá. En la residencia ubicada en una pequeña loma, rodeada de árboles, flores y animales, estaban todos, Carmen, Lourdes y Leonardo, sin saber que iríamos esa tarde. Entre cuentos muchos y comparar a los niños con papá cuando estaba pequeño, encontrándole parecido, se nos iba la tarde, en la cual no faltaron hallacas, pasteles, dulces y un exquisito *panettón* hecho por la tía Lourdes, quien orgullosa en ese momento demostraba lo aprendido en un curso de gastronomía y repostería que estaba haciendo, y que le permitía tras enseñanzas, ensayo y error, también vender unos vinos que preparaba a base de tomate de árbol, de parchita, de mora y de fresas.

A Daniel le llamaba la atención una foto de “Mama” Pancha que había en un portarretratos de la sala, por el azul profundo de los ojos de la canosa señora, haciéndole preguntar ¿por qué si ella había teni-

do ese color, por qué no lo tenía más nadie en la familia? Mi respuesta fue muy simple: cuestión de genes. Y es que ese mestizaje vivido por nuestros ancestros explica las características de una sociedad variopinta, libre de los estereotipos o biotipos estáticos, por lo que son comunes las familias compuestas por hermanos blancos y morenos, de pelo lizo o ensortijado, con los ojos claros y otros oscuros, de nariz ancha o perfilada, altos o pequeños, siendo todos hijos de los mismos padres, y sin que puedan surgir dudas de la paternidad.

La abuela fue una mujer de carácter afable y dicharachera, con el optimismo siempre por delante, originaria de un campo cercano llamado el Cerro del Santo, donde en sus andanzas como labriego, la conoció mi abuelo Simón, para al poco tiempo, en medio de amores adolescentes dar el paso nupcial, comenzando su propia familia. Ella tenía una gemela idéntica, tan blanca como ella, con esa condición que definen monocigótica, donde existe una similitud física exacta entre ambos. Hoy me pregunto, ¿cómo haría mi abuelo en esos días iniciales de enamoramiento, para distinguir a su amada entre dos adolescentes similares que supongo vestirían igual? Ya viejitas se podían diferenciar a primera vista por el corte de cabello: “Mama” Pancha lo usaba corto, mientras su hermana, enredaba una larga cabellera en un frondoso moño, pero de resto, eran como dos gotas de agua idénticas cayendo en el rocío mañanero.

Por su parte, el abuelo Simón fue un hombre pequeño, color aceituno, de nariz aguileña, tranqui-

lo y de naturaleza callada, que nació de los amores que sostuvo Don Rafael, un rico hacendado español, dueño de casi toda La Vega y varios cerros cercanos, con una humilde trabajadora de la casa llamada María Trinidad, o como la recuerdan algunos familiares, con el diminutivo de Trina, quien según, era de una marcada ascendencia indígena, y llegada de los predios de San Rafael. El bisabuelo hispano nunca contrajo matrimonio, ni tuvo otros hijos, pero tal vez por esos pacatos convencionalismos sociales de la época, que conllevaron a no dar el apellido a su único vástago, que lo hacía “hijo natural”, este no heredó las amplias extensiones de tierras acostumbradas al cultivo de la caña de azúcar y el trapiche, que al final de cuentas pasaron a otras manos y al fisco nacional.

Más tarde, en la noche, en medio de hacer las maletas, hablábamos sobre el viaje que tenían que hacer pronto a Ejido, por lo de la Resonancia Magnética, conscientes que debíamos al no más llegar, comenzar a indagar en que instituto la estarían haciendo, para solicitar la urgida cita. Los abuelos, mostraban desde ya una inocultable tristeza, sabiendo que las risas a granel, y los múltiples pasos que llenaron el ambiente y los cuartos por unos quince días, al día siguiente darían paso a la rutina anterior.

* * *

El viaje de regreso pudiera decir que fue bastante complicado y cansón. Habíamos decidido hacerlo apenas comenzando el año, por varias razones valederas. Primero, tratando de andarle adelante al regre-

so masivo de temporadistas, que como hormigas en desbandada, salen del terminal de Valera, en los días previos al comienzo del año laboral o escolar, que se produce el siete de enero, posterior al tradicional Día de Reyes, y mientras más cercano a ese día, por supuesto, conseguir transporte se hace más difícil; segundo, eludir las tradicionales fiestas de San Benito que año a año se realizan en diferentes localidades de El Páramo por estas fechas, trancando entre bailes devotos y licor compartido, la carretera por horas, excepto el 2 de enero, que la realizan en un campo alejado de Chachopo, llamado Mucutujote; y tercero, por precaución ante algunos robos a apartamentos solos en nuestra urbanización, que habían significado verdaderas “mudanzas” para los infortunados vecinos.

Salimos de la casa a las cinco de la mañana, pero las tres unidades habilitadas de Valera a Mérida se llenaron antes de las siete, y ya no saldrían por ese día más de la única “línea” de autobuses que cubría formalmente ese destino. Por su parte los “carros por puestos” cobraban literalmente “un ojo de la cara”, por lo que los cuatro o cinco vehículos que intentaban captar apurados pasajeros, estaban allí parados, o mejor dicho varados, debido a que prácticamente nadie los tomaba. Noté durante el tiempo que estuvimos allí, como apenas solo dos de esos autos grandes de los años setenta, con capacidad para cinco pasajeros, lograron su cometido.

Tuvimos entonces que esperar por horas, sentados encima de las maletas, en un terminal repleto de

gente con la misma intención de “cazar” un transporte “pirata”, dispuesto a prestar el servicio a un precio, si bien mayor al de los buses, aún accesible para los bolsillos que regresaban un tanto recortados o vacíos de la temporada navideña, siempre exigente a la hora de “motivar” a gastar hasta el último centavo. Al igual que la mayoría de las personas que obligadamente nos hacían compañía, en medio de la incertidumbre por no haber transporte, y la cercanía del mediodía y la tarde, optamos ante las exigencias estomacales, por comprar galletas y panques en los improvisados “tarantines” ambulantes, ya que los cafetines habían quedado “arrasados” por los viajeros de fin de año. Habíamos llevado guarnición para el desayuno, que hacía largo rato cumplió su objetivo, y nuestra idea inicial era amortiguar en El Páramo, imaginando que llegaríamos al apartamento aproximadamente a las dos de la tarde, y resolveríamos allá.

Por fin, a las tres de la tarde, logramos acceder a un bus que se iría por El Vigía, debido a que no tenía el motor en condiciones de subir por la carretera de Pico El Águila. La ruta por la Carretera Panamericana se me hace tediosa: es totalmente plana, pero larga y calurosa, por la cual no me gusta transitar, mucho menos manejar, ya que la considero muy peligrosa, al ser sumamente estrecha, aparte de que los conductores corren demasiado.

A las nueve de la noche estaba calentando el *Wolkswagen*, en Alto Chama, en la casa del cuñado donde lo había dejado resguardado, por el temor a que lo

podieran desvalijar en el estacionamiento de las residencias, luego de la creciente ola de robos desatada por esos días, que aparte de los cometidos dentro de los apartamentos, incluía baterías, neumáticos y aparatos de sonido, desde que se había dañado el portón eléctrico, además de que lamentablemente, hacía cierto tiempo que no contábamos con vigilancia privada.

Prácticamente habíamos pasado quince horas en un viaje, para el cual en situaciones normales gastamos solo unas siete, y en todo caso haciendo paradas, tal vez ocho, o máximo nueve.

* * *

Lograr una cita para la resonancia magnética se nos hizo cuesta arriba. Desde el mismo “primer día hábil” de nuestra realidad laboral, comenzamos a gestionarla. Si bien en Mérida había cuatro centros especializados de imagenología, solo dos se encontraban operativos cien por ciento, rebasando la demanda ampliamente su capacidad de respuesta. Las citas más próximas estaban disponibles para comienzos de febrero, y nosotros requeríamos dar una respuesta, sino inmediata, próxima, a las sospechas del neurólogo sobre daños cerebrales no mostrados en la tomografía realizada por los días del accidente. Por insistencia nuestra, argumentando la necesidad de papá, que también otros deberían tenerla, en una clínica nos colocaron en una lista de espera especial, comprometidos a llamarnos en caso de que algún paciente retirara la cita. Ante esto les hicimos saber que mi padre residía en otro estado del país, pero de

darse el surgimiento de un "chance", lo trasladaríamos de inmediato.

Mamá y Alexis estaban al tanto de las posibilidades a largo plazo en la ciudad de Mérida, por lo que se empezaron a "barajear" las otras opciones cercanas posibles, pensando posiblemente en Barquisimeto, por la existencia de unos amigos que se pudiera decir eran casi familiares, quienes gentilmente al llamarlos mostraron su interés por ayudarnos en las gestiones, comprometiéndose a indagar en lo inmediateamente posible, cualquier opción válida. Lo que, si era seguro, es que por las incomodidades descartábamos de plano a Maracaibo.

En medio de esta incertidumbre, cuando menos lo esperaba, se abrió una puerta de par en par. Ese fin de semana, en una clase de la universidad, donde los estudiantes respondían un examen, casi al final de la misma, entró al salón un joven disculpándose por haber llegado tarde, solicitándome que le permitiera presentar con otra sección, con la cual yo estaría en el siguiente bloque, explicándome que era radiólogo y había estado trabajando toda la mañana sin parar, porque el instituto privado al cual pertenecía, desde hacía tres días era el único en el cual estaban realizando resonancias magnéticas, al dañarse el otro que también servía, y tenían que atender aparte de los citados, a los que enviaban del Hospital Universitario y del Seguro Social.

Ciertamente, solidarizándome con sus necesidades le permití realizar la prueba. Cuando me la

entregó, le manifesté que deseaba conversar con él en un rato. Así, al salir el último estudiante, le comenté de nuestra situación y la urgencia del estudio, colocándose automáticamente a la orden para brindarnos su ayuda. Era sábado por la tarde, y me preguntó si podríamos traer a papá el martes próximo, ya que ese día estaría de turno en la tarde-noche, y lo incluiría entre el grupo. Por supuesto que asentí, manifestándole mi agradecimiento, al igual que lo hacía el conmigo por la oportunidad que le había dado hacía un rato. Inmediatamente llamó al trabajo, y a los minutos, Nino ya tenía el cupo que tanto había costado.

* * *

Luego de algo más de quince días, nos reencontramos cuando arribaron a media tarde a lo de la “cita *express*” obtenida. Nino mostraba mayores niveles de inmovilidad en sus extremidades, lo que parecía incidir en acentuar su peso corporal, pues sacarlo del carro, pasarlo a la silla y subir las escaleras se nos hizo difícil a mi hermano y a mí. Indudablemente le cambió el ánimo, dibujándosele una leve sonrisa, ante la presencia de los niños; siempre había sido muy cariñoso con sus nietos, como lo fue con nosotros, que me conlleva a recrearme a mis cinco o seis años, siempre cargado de noche en sus piernas, oyendo historias que contaban él y mamá, o hipnotizados por la magia que se desprendía de una curiosa caja rectangular de madera y vidrio con cuatro patas que llamaban televisor, el viejo *Westinghouse*, comprado meses antes de que colocaran la antena que trajo

la señal de Venezolana de Televisión, el canal ocho, a inicios de la década de los setenta, manteniéndose por muchos años como la única televisora que podíamos presenciar, hasta la llegada en los años ochenta de Venevisión, y casi paralelamente, una local denominada Teleboconó, la cual fue la primera de carácter regional que surgió en todo el país, y que se ha mantenido funcionando en el tiempo hasta la actualidad, navegando en medio de precariedades.

Los abuelos siempre habían acostumbrado atiborrar a mis hijos de chocolates, golosinas y galletas, bien fuera cuando venían ocasionalmente a Mérida, o cuando nosotros viajábamos a su casa, con cajas de chucherías completas incluso para cada uno, y que en más de una ocasión se indigestaron ante semejante ingestión de calorías; esta vez no fue igual. Mamá les traía chulas y bocadillos de plátano, que fue lo que pudieron comprar en medio de la premura de organizar un viaje tan rápido, desde que yo la llamé para avisarle el sábado por la tarde, solo dos días antes. Por supuesto que los pequeños se mostraron contentos.

Al día siguiente por la tarde estábamos en el sótano de un centro comercial enorme de la parte baja de la ciudad, construido hacía poco, y que se había convertido en el lugar de encuentro de moda para los adolescentes merideños, adornado ya con una ambientación que asomaba la proximidad festiva del Carnaval. Como hormigas, entraban y salían personas del estacionamiento, que daba de frente con la

sala de espera donde nos encontrábamos. Llegamos a golpe de las cuatro, esperando que en caso de faltar un citado se adelantara la “revisión”.

Como a las seis nos pasaron al cuarto de estudio, ya que el paciente debía estar acompañado por una persona, pendiente de su respuesta y comportamiento durante la “prueba”. Ya la recepcionista, preguntando quien pasaría, indicó que era imprescindible dejar fuera celulares, correas con hebillas de metal, anillos o cadenas, y controles de pila, lo cual también leí en unas instrucciones pegadas en la puerta, explicando así “evitar interferir con el magneto del resonador”. Era un cuarto espacioso, que contenía una pequeña cabina interna, y en el resto de la sala una especie de cámara cilíndrica del tamaño de una cama matrimonial. En el pequeño cubículo estaba mi alumno, quien salió a darnos las instrucciones y ayudarme a pasar a papá a la camilla, a la que le había removido la cápsula, para acomodarlo.

Durante se realizaba el examen, me quedé parado al lado del aparato, “monitoreando” cualquier reacción extraña y manifestársela al operario. El sonido que emitía la revisión era desagradable, una especie de zumbido no muy fuerte, pero constante, que se repetía una y otra vez, como repasando el proceso. Viendo las dimensiones del aparato con respecto a la puerta de la sala, claramente mas angosta, me preguntaba cómo habían hecho para introducirlo, diciéndome la lógica que tuvieron que tumbar parte de la pared, y levantarla de nuevo.

El estudio duró cuarenta minutos. Teníamos ya entonces los resultados arrojados de una revisión integral al lastimado cuerpo de papá, y que explicaría técnicamente su lenta recuperación.

Estas dos jornadas fueron la última vez que mi padre vendría a Mérida, ciudad que frecuentemente visitaban ambos, muchas veces acompañados de algunos tíos, desde que adolescentes mi hermano y yo, comenzamos la vida académica universitaria hace cuarenta años. Al pasar por Vuelta de Lola de regreso, sin saberlo sería un adiós.

* * *

A los tres días de su regreso, mamá me informó que ese día lo llevaron al neurólogo, confirmando su diagnóstico de diciembre. La resonancia había mostrado un coágulo en el cerebro, que era el “encargado” de afectar el buen funcionamiento de las órdenes e impulsos cerebrales, y que lo más seguro fue creciendo posterior a la tomografía tomada en los días próximos al accidente, planteándose entonces dos escenarios posibles: operarlo para extirparlo de raíz; o la otra opción, esperar que el coágulo se resumiera con medicamentos, aunque por la edad era difícil superar los daños irreversibles que implica la pérdida de neuronas, al verse presionadas dentro de la masa encefálica.

Según, en el estudio también salían reflejados “agujeros negros” que presumían infartos cerebrales, como era el caso de una isquemia cerebral o ACV moderado, que había sufrido en un diciembre, unos

dieciocho años antes, generado por un “atracón” de hallacas que se había dado, violando su “norma vital” de ingerir poca sal y grasas debido a sus problemas de hipertensión, y por lo cual fue hospitalizado varios días hasta estabilizarse, dejándole temporalmente secuelas en sus facciones y movimientos, que gracias a oportunas terapias logró superar.

Nos quedaba confiar en Dios para que pudiera recuperarse sin la necesidad de recurrir a la operación, tomando en cuenta los riesgos que implica, además de no querer pasar por la experiencia anterior. De todos modos, no podíamos descartarla, por lo que les propuse a mamá y a Alexis, que en ese caso, dependiendo de la evolución del coágulo, la cirugía podría efectuarse en Mérida, argumentando varias razones válidas, como el hecho de la existencia en la ciudad de excelentes neurocirujanos; el poder contar con el apartamento para descansar o dormir; mamá vendría y no como la vez anterior, que por las incomodidades se quedó en la casa; y luego pasaría los cuidados postoperatorios sin tener que agarrar una carretera por varias horas. Mi propuesta fue apoyada. Solo había que esperar algún tiempo y tomar decisiones.

Durante un periodo de quince días, Nino se mostró estable.

* * *

A mediados de febrero, una tarde mamá me llamó para decirme que a papá lo habían hospitalizado de emergencia, y que se encontraba bastante mal. Ese día, luego de salir del hospital, José Gregorio pasó

por la casa a saludar, notando a Nino muy apagado, con mínima reacción a estímulos, y decidió que había que ingresarlo, llamando de inmediato una ambulancia para trasladarlo.

Lo más seguro era que el coágulo hubiese aumentado su tamaño, presionando el ordenamiento cerebral. La operación era inminente. Mi amigo comenzó a contactar médicos del hospital universitario merideño, donde había cursado su posgrado en medicina interna, por lo cual tenía muchos conocidos, a fin de poder intervenir allí. Las gestiones habían dado sus frutos, y de corroborar el diagnóstico, programarían la intervención para mediados de la semana siguiente, ajustándose a la disponibilidad de los quirófanos. Sólo había un problema y era conseguir una ambulancia. El hospital boconés por los momentos solo disponía de una, y por lo tanto, no podía enviarla a un viaje tan largo; mientras que a los bomberos se les habían dañado las dos. En tal sentido, yo debía esperar por si lo trasladaban, generándome la incertidumbre de ir o quedarme.

A la mañana siguiente en espera de una solución, decidí buscar una alternativa en Mérida, y la respuesta de las posibles soluciones era la misma: falta de cauchos y repuestos. Ahora bien, por cuestiones del azar se prendió una luz en la oscuridad, cuando sin querer me conseguí en una panadería a una exalumna de la universidad, esta vez uniformada de bombera, enterándome que era teniente de ese organismo. Sin perder la oportunidad, le conté sobre la urgencia de

una ambulancia, manifestándome que iba a ver qué podía ella hacer. De nuevo las esperanzas, que por momentos se me desvanecían, retomaban su espacio de creer en lo posible.

Como a las tres horas, entrada la tarde, la funcionaria me llamó, indicándome que había logrado conseguir el permiso de trasladarlo para dentro de dos días, eso sí, haciendo trasbordo en dos ambulancias. Los bomberos de Valera lo buscarían en la mañana y lo conducirían hasta Tucaní, en la zona panamericana, donde lo esperaría la unidad de ese pueblo para traerlo al Hospital Universitario. Esto en razón de que no podían salir fuera de los límites de la entidad federal. Le expresé mi más profundo agradecimiento, al igual que a Dios Todopoderoso. Inmediatamente hablé con mi hermano, para las previsiones a tomar.

Cuando pensaba que todo estaba coordinado y era caso resuelto, a las cuatro de la tarde del siguiente día, recibí la noticia de que papá había desmejorado notablemente, entrando en estado de pérdida de la conciencia, cambiando los planes pautados, al requerir una intervención inmediata, la cual, por cuestión de tiempo, debería ser en Valera. Mi hermano por recomendación de un amigo, contactó a un prestigioso neurocirujano que le había operado a un hijo, quien aparte de laborar en el Hospital, lo hacía en las diferentes clínicas de la ciudad, afirmando su disponibilidad de “tomar el caso”.

La atención médica privada venía incrementando significativamente sus costos, por efectos de una

crisis inflacionaria que despegaba, haciendo difícil o imposible utilizar tales servicios para la mayoría de la población, entre la que indudablemente estábamos incluidos. Una alternativa para los funcionarios públicos era contar con buenos seguros médicos institucionales, que sirvieran de garantía para el acceso a un sistema de salud restrictivo, pero eficiente. La idea era utilizar de manera concatenada el seguro que beneficiaba a mamá y a Alexis como jubilados, y a mí en mi condición de trabajador activo, para sufragar los gastos que ameritaba la intervención quirúrgica y los días de recuperación.

Ahora bien, de plano el médico le informó, que el seguro del ministerio empleador al cual pertenecíamos, por el momento no lo estaban recibiendo en ninguna clínica de la ciudad, ya que desde el año pasado les adeudaba los servicios prestados, y habían decidido no aceptar solicitudes de atención de los beneficiarios del mismo, hasta tanto este no se pusiera al día con la morosidad. Pero el galeno le planteó una alternativa válida, y era operar a Nino en una clínica y que pasara una noche de recuperación en la misma, comprometiéndose precisamente por ser el jefe del área en el hospital valerano, a trasladarlo al mismo hasta darlo de alta, minimizando así considerablemente los costos, ya que la opción de intervenirlo directamente en el mismo, implicaría esperar un tiempo indefinido, porque había muchos pacientes en espera por delante. Hubo entonces preguntas y respuestas sobre sus honorarios médicos, que también se exten-

dían a un “equipo de trabajo”. De manera tal, que la decisión de sufragar el “combo ofrecido” era nuestra.

Mamá y Alexis no dudaron hacerlo, diciéndome sobre la inminente necesidad de aportar cada uno una tercera parte. Bueno, para el momento yo sinceramente no contaba con ella, pero de que la conseguiría, sin duda alguna la conseguiría, por lo cual en primera instancia recurrí a Herminia, para que por un tiempo me los facilitara. Listo, ya contaba con mi “cuota”, y con ella el “boleto” a la imprescindible operación. Recuerdo que, a los días, una hermana de papá, la tía Eddy, desde la distancia nos colaboró con una cierta cantidad, que también se hizo significativa, sumando en momentos en que los gastos se multiplican fácilmente. Si algo había ocurrido durante estos meses de urgencias, fue el hecho de que se nos habían presentado muchos obstáculos, pero que con fe, solidaridad y compromiso ante las adversidades, uno a uno los habíamos superado.

Parecía que la película se repetía: debía viajar al otro día a Boconó, para salir el siguiente a Valera, luego de haber asegurado una ambulancia del servicio de guardaparques, gracias a “las influencias” de una vecina “recodera” solidaria, que forma parte de ese batallón de ángeles terráqueos, que brindan su ayuda desinteresadamente cuando uno menos se lo espera, y que hacen que no se pueda perder la fe en la nobleza del ser humano; ángeles de esos tantos que no puedo negar, ni dejar de agradecerles, por haberseme cruzado en cualquier esquina, y de los que, tal vez en un algún

momento de mi vida, sin yo saberlo, para bien he sido uno más de ellos. Para otros la historia no ha sido la misma, y en vez de ángeles, inoportunamente para su desgracia se han conseguido con demonios.

* * *

Cuando llegué en la tarde, lo conseguí dormido. Estaba con barba de varios días, ya casi tupida, que lo hacía más viejo; blanca como su cabello desde que “tengo memoria”, algo que nos caracteriza como familia, donde se cambió la alopecia por las canas: entre nosotros no hay un solo calvo. Pero a partir de los veinte años, los prematuros, o como en mi caso, luego de los treinta, todos somos canosos.

Su sueño era profundo, solo se sentía la respiración de un cuerpo inmóvil. Nino había envejecido en esos cuatro meses, más que en los últimos diez años; ahora ya era un anciano, que dejaba bien atrás la imagen del hombre fuerte y conservado que siempre mostró, lo cual nunca aceptó mamá, viéndolo aún joven, entero, lo que después de varios años sigue manteniendo.

Mamá abrigaba esperanzas en la operación. Relatándome lo ocurrido, daba gracias a Dios por haber enviado a José Gregorio a la casa, ya que él venía deteriorándose con los días, y ella no lo notaba, o no lo quería ver desmejorar; algo así como una “negación inconsciente”, que se percibe, pero indirectamente se oculta. Decía que debíamos hacer todo lo que estuviera a nuestro alcance para que se recuperara, temerosa sin decirlo, de una pérdida irremediable; era ese

miedo inocultable al desprendimiento y a la muerte que le heredó Talla.

Luego de subir a casa, bañarme y cenar, esa noche lo acompañé sentado al lado de su cama. La noche se me hizo larga pensando en tantas cosas. En cómo serían los días por venir, ¿serían iguales que durante los de la operación previa, o tal vez menos duros, tomando en cuenta que la operación se realizaría en una clínica privada? En la ausencia obligada del hogar y mis hijos. En las clases y las prácticas de fútbol de Daniel, que de nuevo se ausentaría. En el seminario de investigación por iniciar la próxima semana, clave para la definición de la tesis a la vuelta de la esquina. En el semestre de la universidad que también comenzaba, por lo que había hecho pocas evaluaciones, y posiblemente se me acumularían para el final. Ahora bien, de lo que no iba a preocuparme era del liceo, ya que nuevamente el instituto de previsión médica me extendería un permiso temporal para cuidados familiares.

Pienso que, si hipotéticamente se pudieran leer los pensamientos de los otros, en ese momento en que me desplazaba por tales elucubraciones, algunos me podrían juzgar y condenarme injustamente por dar espacio en mis preocupaciones, aparte de a esa lucha por la supervivencia que acometía mi padre, a mi inexorable realidad vital y mis sentimientos amplios. Creo que los seres humanos en medio de la complejidad, nos caracterizamos principalmente por las particularidades individuales que nos hacen disi-

miles, e imposibilitan el que se puedan unificar del todo las ideas y las acciones: he ahí la diversidad de intereses, formas de ser y comportamientos.

Estos cuatro meses habían sido sumamente intensos; tantas vivencias en tan poco tiempo, dejándome sin darme cuenta, marcas profundas en la sensibilidad que se tatuarían para siempre, aprendiendo a distinguir esa línea imperceptible que deslinda el amor del dolor. Cuatro meses hasta el momento, de desgaste físico y emocional, pero luchando aguerridamente por mantener vivo un pilar necesario del edificio familiar, sabiendo que él tristemente, pasaba por un fuerte calvario, y había que hacer hasta lo imposible.

Y la incertidumbre era de resistencia, no porque estuviera preparado para eso, sino porque me sabía dispuesto a sobrellevar las vicisitudes presentes y las porvenir, basándome en mi máxima personal de que “los instantes, solo instantes son”. De todos modos, al siguiente día estaríamos en Valera.

* * *

La ambulancia arribó a la Ciudad de las Siete Colinas pasado el mediodía. Emulando la ocasión anterior, yo iba dentro de la unidad con el guardaparque devenido en paramédico y Nino, conectado a la bombona de oxígeno; por su parte Alexis nuevamente se trasladó conduciendo su vehículo. Ya en la clínica, luego de “cumplir” con la parte administrativa, que implicó firmar las condiciones de atención hospitalaria, una especie de compromiso de pago, dieron el ingreso a papá en la emergencia para su diagnóstico

correspondiente. Inmediatamente comenzaron los preparativos de la cirugía que debía ser en la noche, como había acordado el neurocirujano contactado, reservando el uso del quirófano, y quien, para suerte nuestra, precisamente se encontraba pasando consulta en un consultorio del lugar. Al rato se apersonó, revisó a Nino y conversó con nosotros, entre otras cosas, de los pormenores adelantados previamente vía telefónica con Alexis.

Subieron a papá a la habitación que ocuparía durante su permanencia allí, y en la que también pernoctaríamos nosotros, a pesar de que la clínica entre sus normativas, establecía claramente que sólo un acompañante debía pasar la noche con el paciente, retirándose el resto de familiares y visitantes a las ocho de la noche, pero hubo implícita una solidaridad cómplice de las enfermeras y camareras para “hacerse la vista gorda”, cuando hacían sus rondas de media noche o de madrugada, ante nuestra evidente presencia, bien, durmiendo uno en la especie de sofá-cama destinado al familiar, y el otro, en una silla, lo cual turnábamos noche a noche, tratando así de aminorar equilibradamente el desgaste producto del cansancio; tal vez sabían o interpretaban que solo éramos dos personas de otro lugar que cuidaban a su padre. Este gesto, que en gran medida nos facilitó la estadía, hoy lo continuo agradeciendo, anexándolo a esa parte de mi vida, que me dispone y obliga siempre a ayudar a los demás en la medida de las posibilidades, sin esperar algo a cambio, cuando la situación lo amerite.

La operación la realizaron en la noche, ingresando Nino al quirófano a las siete. Mientras, esperábamos en una sala grande “full” de sillas, muchas a esas horas vacías. Aparte de nosotros, se encontraban doce o trece personas que en medio de las risas se mostraban nerviosas; pertenecían a dos familias primerizas, expectantes ante la llegada del primer nieto y sobrino. Se percibía de lejos que eran inmigrantes italianos de posición acomodada, esa condición que sale por los poros, inocultable para bien de muchos, al igual que lamentablemente sobresale, como una rémora subyacente la pobreza para otros, carcomiéndole a estos últimos los sueños y las esperanzas. Al frente de las sillas, en la pared dominaba la presencia de un televisor grande de cuarenta pulgadas, transmitiendo en reposición el clásico de la otra y más famosa “Ciudad de las Siete Colinas”, enfrentando a la Roma contra la *Lazio*, el cual en medio de la preocupación por saber de papá, ganaba nuestra atención, al igual que a tres de los italianos, que como en la barra de una tasca sin licor, cuestionaban refunfuñando cualquier acción que interpretaban errática de los jugadores y del siempre malquerido árbitro principal.

A eso de las nueve o quizás un poco más, salió del quirófano el neurocirujano, quien por su porte y su habla coloquial y chistosa, un verdadero “echador de bromas”, asemejaba más a un ganadero acostumbrado al trato diario con peones y comerciantes de mercado, que a un eximio y pragmático docente de postgrado, informándonos que la intervención había

sido exitosa, y que estaba recuperándose, para en un rato llevarlo a la habitación.

Como a los diez minutos de haber conversado con el médico, se abrió de nuevo la puerta, asomándose una camilla, que al acercase notamos que era la chica que había dado a luz, despejándose de inmediato la sala, al seguirla en tropel sus emocionados parientes. Quedamos solos Alexis y yo, en silencio, mirando el partido ya en sus postrimerías, prestándole ya menos atención en medio de la expectativa, pasando prácticamente imperceptible el agónico gol que colocaba en ventaja al cuadro vinotinto, hasta que una media hora después, él que salía de la sala de operaciones era papá, con una venda alrededor de la cabeza que lo asemejaba a un viejo pastor de ovejas turco. Increíblemente, después de varios días inconsciente venía despierto, con los ojos abiertos, murmurando a pesar de que el camillero le decía que no hablara. A pesar de aun estar sedado por la anestesia, me reconoció y con un murmullo ininteligible, me dio la bendición, además de pronunciar algo digno de que *Ripley* publicara en su “Aunque usted no lo crea”, al dejar entrever que tenía hambre; lo cual veía como un buen síntoma. Para mí fue como un acto sublime de magia, no de esos de payasos de cumpleaños, sino tal vez hecho por *Houdini* en sus mejores tiempos: entró a quirófano un cuerpo inmóvil, y en un “dos por tres”, salió lleno de vida.

Tengo recuerdos vagos o confusión para retrotraer si esa misma noche, luego de superar los re-

siduos de la anestesia, Nino recibió algún alimento, o acaso fue por la mañana, para responderle a sus manifestas exigencias por consumir algo “sólido” o quizás “blando”, después de varios días nutriéndose solo de líquidos por sus amoratadas venas; pero de lo que si tengo total claridad, es que a partir de ese momento, la oportuna extirpación del tumor cerebral le devolvió la conciencia, por supuesto mezclada con un mundo de desconciertos e incoherencias, que con una buena evolución a corto plazo, habría de superar.

* * *

Los días siguientes a la operación que pasamos en la clínica, se hicieron rutinarios pero calmos. Primero, la paz que se respiraba en el lugar. La habitación, en la que realmente se podía descansar, se encontraba ubicada en el segundo piso, lejos de los consultorios y las áreas de atención, constantemente repletas de personas que buscaban una alternativa ante las carencias de la salud pública; eso sí, noté en las taquillas de información o administración, las veces que debí pasar por ellas, la tendencia generalizada de una abultada mayoría a utilizar seguros médicos institucionales, generalmente por beneficios contractuales, ya que para cualquier “humilde mortal”, acceder a los mismos era más que imposible. Por otro lado, no tenía necesidad de andar “pateando calle tras el medicamento perdido”, debido a que el centro de salud suministraba todos los tratamientos, así como cualquier insumo requerido en los cuidados y curas respectivas, y de igual manera la dieta especial.

Debo reconocer con toda mi sinceridad, que la atención que en esa oportunidad nos brindó esa clínica, en el sentido integral de la palabra, fue excelente, de lo mejor, y lo argumento sobre la base de haber sido intervenido quirúrgicamente en cuatro oportunidades por diversas causas, precisamente todas en centros privados, y en ninguna recibí un "trato" tan bueno como en esa, a pesar de contar con una infraestructura un tanto básica, para nada algo del otro mundo, más bien sencilla, al ser una de las clínicas más antiguas de una ciudad, donde últimamente se habían construido y funcionaban varias más grandes, modernas y mejor equipadas tecnológicamente. Pero la actitud diligente de los médicos y las enfermeras fue algo verdaderamente óptimo, siempre ahí prestos ante cualquier requerimiento; lo mismo que las camareras, lo cual fue un aliciente innegable para observar cierta recuperación en el maltrecho estado de papá, pero también para nosotros, disminuyendo el inocultable "estrés" y cansancio acumulado.

Tres días después de la operación, a media mañana recibimos la visita de mamá y unos familiares; no habían viajado antes, ya que el primo Francisco estaba sin batería en su carro, y debió pedir prestada una a un amigo. Todos se mostraban sorprendidos al ver a Nino consciente, hablando, luego de aquellos angustiantes días en el Hospital de Boconó, sumergido en un sueño profundo del que no emitía ni siquiera quejidos, y que se constataba si estaba vivo, prácticamente solo a través de una leve respiración, dentro de

una línea muy frágil entre la vida y la muerte. Ahora era otra realidad, en medio de todo, a pesar de responder con dificultad y monosílabos, se le notaban los cambios en su ánimo.

Pasado el mediodía, después que a papá le llevaron su bandeja de alimentos y mamá se la dio, fuimos rápido a almorzar a un restaurant en los alrededores, comiendo yo por el momento algo diferente a las acostumbradas arepas solidarias que consumí todos esos días en los desayunos y almuerzos, en aquella céntrica arepera dependiente del gobierno que descubrí meses antes, durante los días de la cirugía ocular, que se encontraba a unas escasas cuatro cuadras de la clínica, y completando mis requerimientos diarios con pan relleno para cenar. Si alguien se hubiese dedicado a hacer seguimiento de mi rutina alimentaria, concluiría erradamente que lo hacía por “pichirre”, en la mejor versión de los “Tacaños extremos” que se transmiten por *“Home and Health”*, y no por las dos verdaderas dos razones: primero, la descomplicada practicidad; y segundo, creo que lo más importante, rendir al máximo el ajustado presupuesto con que contaba, ya que en casos como éste, el dinero coloquialmente se vuelve sal y agua, se deshace.

Regresamos a la clínica, y estuvieron un rato. Salieron al ruedo, entre otros temas, mis muchachos, que como estaban, si me comunicaba a diario con ellos; y luego se marcharon. Esta fue una de las pocas visitas que recibimos esta vez, a diferencia de la experiencia anterior, donde no eran raras las ocasionales

de algunos familiares y amigos. Lo interpreto en la óptica de los cambios socioculturales en los cuales poco a poco nos hemos visto envueltos, y por eso algo tan simple como ir de Boconó a Valera, por una serie de circunstancias, se ha complicado un poco.

* * *

La habitación contaba con un pequeño televisor, que durante ratos prendía para hacer “*zapping*”, buscando sobre todo canales deportivos, deteniéndome en algún partido de fútbol, así fuese repetido, o de vez en cuando en noticieros, para no desconectarme del todo del acontecer del día a día. Pero realmente, el tiempo lo invertí leyendo el único libro que había llevado desde Ejido, ya a media lectura, una antología de poemas de Antonio Machado, el gran bardo hispano, y que precisamente culminé el cuarto día posterior a la cirugía.

Esa misma tarde me fui a un “*ciber*” cercano, para revisar los correos y el *facebook*, los cuales hacía más de una semana que no abría, y quería saber someramente que novedades podía tener, por si había algo del seminario de metodología del postgrado, aunque estaba decido a “no pararle mucho”. Pero luego de darle un breve mateo a esas páginas, mirando rápido lo intrascendente, y posponiendo para después cualquier información o documento digno de brindarle importancia, me dieron ganas de escribir, de amalgamar la poesía sentida del viejo Machado, expresada como miles de gritos de esperanza, tras una ansiada y esquiva utopía, aún fresca en mis entrañas, con mis

vivencias andariegas de pueblerino por cerros y arroyos, no de los campos de Castilla, sino de los que bordean al Boconó de siempre, abriendo un archivo en el momento, para plasmar lo que mi sensibilidad trastocada me obligaba a “parir”, que no fue más sino este poquito de prosa, que a bien para no perderla, decidí oportunamente guardarla en mi correo electrónico:

“Tras los pasos de Machado”

Acabo de culminar una Antología Poética de Antonio Machado publicada en 1970 por Salvat, reencontrándome con el poeta primario de la hispanidad, que, desde mis años adolescentes, comenzó a asir mi interés por la poesía, al descubrirlo como creador de la letra de la hermosa obra musical plasmada por Serrat en ‘Cantares’. Fue así, como de apoco me acerqué a sus versos, para recorrer en parte, la ruralidad andaluza y las tierras manchegas, en descripciones certeras del romántico poeta, radiografiando con marrones y verdes, y mucho pan y mucho vino, en hostales de blancas paredes y ricos jardines, entre el Guadalquivir y el Duero, la España profunda del canto jondo de siempre.

Se percibe una eterna búsqueda del poeta, tras un incansable andar, emprendida por rutas que inequívocamente deben conllevar a la felicidad; mas sin embargo, se muestra efímera, dentro de la tragedia vital de Machado en el amor inconcluso, lejano, mas por si, quimérico. Además, el poeta andaluz se muestra como puente de lo rural a la modernidad: es como si leyera a

Mario Briceño Iragorri sacando a la provincia andina hacia toda Venezuela en ‘Los Riberas’.

Por eso, cada vez que caminando por El Pocito, Las Guayabitas y El Hato, sucumbo ante las postales naturales de la policromía boconesa, convirtiéndome en un pintor sin pinceles ni acuarelas ni oleos, para dibujar en cantos la belleza de mi tierra, doy gracias a aquellos versos leídos desde el antier de mis años mozos, escritos hace mas de cien años por el padre poeta Machado.”

Había salido de mi “zona de confort”, como estilan llamar algunos esnobistas a la cotidianidad de cada quien, que generalmente utilizo para compaginar instantes, sentimientos y elucubraciones transmutándolas en ideas y palabras con sentido personal, desde la sencillez de mi *minilaptop* y el buen ambiente sonoro de algunos viejos boleros, de esos que sensibilizan a chorros el alma y el espíritu, cantándole dramáticamente al amor y al despecho, cambiándolo en ese momento, por las teclas solidarias de una computadora alquilada.

* * *

Exactamente fueron seis días los que estuvimos en la clínica. Inicialmente habíamos proyectado cinco ajustándonos a nuestro presupuesto posible, pero gracias al último corte de la “cuenta” que solicité en la administración al quinto día, pudimos observar que los números nos daban holgadamente para quedarnos uno más, y luego, si irnos a la habitación del hospital, que ya el cirujano, en su condición de jefe

de ese servicio en dicho centro de salud universitario había reservado, al igual que una ambulancia, disponible cuando lo llamáramos.

Era inobjetable que papá estaba mejor ahí, y que de contar con los recursos económicos necesarios, seguro no hubiésemos dudado en “facilitar” toda su recuperación postoperatoria allí; pero este no era nuestro caso, y colocando sólidamente los “pies sobre tierra”, debíamos asumir la mudanza por los pocos días que se requerían, hacia el otro lugar. Había algo en el semblante de Nino, podría ser el rostro sereno, un color de piel menos marchito, la tranquilidad que reflejaba sin quejidos o algún síntoma invisible positivo, que me abrigaba esperanzas de que le darían de alta pronto.

En la tarde, abordábamos la ambulancia para dirigirnos al hospital. Quedaba atrás un ambiente que me había brindado en estos pocos días, lo más cercano a la comodidad, pudiendo al no más salir de la clínica conseguir en un entorno próximo, cualquier cosa que necesitara, aunque no estaba para “andar de shopping”, pero si para “caminar mi obligatoria media hora diaria como mínimo”, al estar ubicada en pleno centro de la ciudad, en las cercanías de la plaza principal; o que también, curiosamente contaba dentro de sus espacios aún con varios teléfonos tarjeteros operativos, verdaderos dinosaurios en una era tecnológica donde los celulares se hacen a cada día más inteligentes y planos, y que me permitían comunicarme de manera económica con Herminia

y mis hijos, cada vez que la nostalgia de la distancia me invadía, lo cual era una forma de no sentirme tan extraño, como me había ocurrido la otra vez. No en balde, el viejo quiosco de periódicos de toda la vida de la esquina a escasos metros de la entrada, era uno de los únicos sitios donde se podían adquirir esas tarjetas de Cantv, que ahora sólo existen en las páginas de álbumes de oficiosos coleccionistas, o como oportunos marcalibros.

Era como una abrupta caída del cielo al suelo, anunciada desde el principio, tratando de obviarla hasta que no llegara el momento, pero ante todo, en la conciencia de ser una realidad ineludible que había que afrontar, y ni modo, continuar el cauce del río.

* * *

Nino fue ubicado en el Área de Neurología del cuarto piso, que a diferencia del Área de Hospitalización de Hombres, en la cual había estado cuatro meses atrás, estaba distribuida en habitaciones individuales con una sola cama, algunas con baño, para suerte de los ocupantes, y otras no. La que nosotros “ocupábamos”, ya que uno de los dos debía acompañarlo durante la noche, lo cual hacíamos con alternancia, lamentablemente era de las segundas. Algo bueno fue, que en la habitación contigua, que era de las “VIP”, con baño incluido, se encontraba “en la lista de espera” para ser operado, precisamente de un coagulo cerebral producto de una caída de “una noche de copas”, un señor de Boconó, a quien conocía de vista pero no de trato.

Tenía allí ya más de quince días y aún no le daban fecha exacta para su intervención, solo que debía esperar, lo cual podía ser en cualquier momento que decidieran pasarlo al quirófano. A mí me parecía una incertidumbre que me recordaba la película “Pena de muerte”; con las brillantes actuaciones de Sean Peen y Susan Sarandon, narrando la historia de un salvaje asesino condenado al “corredor de la muerte”, en espera de la inyección letal. Sólo que esta vez, para bien del enfermo, la expectativa lo mantenía cautivo en un “zaguán hacia más años de vida”.

Estaba acompañado por dos hermanas, a las que si más o menos conocía de los días del bachillerato, pero que luego de esto, tenía tiempo sin ver. Ellas se alternaban cada tres o cuatro días, para no desligarse totalmente de sus núcleos familiares. La presencia próxima de estos paisanos nos planteaba varias ventajas: poder conversar con personas conocidas para sobrellevar el lento transcurrir de las horas; brindarnos mutuamente apoyo en algunas de las tantas situaciones que se presentaban, como “echarle un ojito” al enfermo en caso de requerir salir, o “prestarnos” algo que momentáneamente nos faltara; y sobre todo, un lugar para bañarme y algo más. Ya eran puntos a favor en esta segunda estadía, en esa gran mole sanitaria.

Pude enterarme que no era primera vez que el “vecino” se caía por “andar pasado de tragos”. Lo había visto muchas veces en el pueblo, pero no sabía que era alcohólico. Debía estar cercano a los sesenta años, aunque aparentaba menos, por ser de esas per-

sonas que se han ganado el elixir de la eterna juventud, y aunque les pasen los años, siguen manteniendo una apariencia “juvenil”, y al grupo de los cuales, yo para nada pertenezco.

Una de las hermanas me comentó que era un docente jubilado, quien prácticamente “vivía” en la calle en una plazoleta ubicada en la parte baja del pueblo, tomada desde hacía mucho por los “borrachitos”, ya que tenían al lado la “solidaria” bodega que les vendía tragos de “zanjoneo” a cualquier hora; tirado pues al abandono, a pesar de haber tenido una familia estructurada, pero prácticamente fracturada por su condición, de la cual salía y entraba. Ella y su hermana estaban cuidándolo, en vista de que sus hijos se negaron esta vez a hacerlo, por toda la mala vida que les daba a su mamá y a ellos, en sus constantes borracheras. Mientras estuvimos allá, ya que salimos antes de que lo intervinieran, a pesar de estar consciente y siempre despierto, nunca lo escuché emitir alguna palabra, como si realmente fuera mudo, o cargara con una “pena moral” por sus acciones.

Esta amiga ocasional, en vista de que papá a cada día mostraba mejoría en su recuperación, tomando poco a poco su plena conciencia sobre la realidad, comenzó a interesarse de la idea de poder operarlo afuera, en un centro privado. Era cuestión de acordar con otra hermana que estaba lejos, pero que contaba con una buena posición económica como dueña de una empresa constructora, y contactar a alguno de los neurocirujanos del lugar, que a fin de cuentas,

prestaban sus servicios en las diferentes clínicas de la ciudad. Los trámites eran sencillos con sólo dar la autorización familiar para el egreso hacia el otro lugar. Al final no lo hicieron, porque les prometieron realizar la cirugía con prontitud.

Tres años después, caminando por una calle del pueblo, lo conseguí de frente y cruzamos las miradas, sin saludarnos ninguno de los dos, quedándome con la incertidumbre de si me había reconocido, o había obviado siempre u olvidado mi presencia varias veces en su habitación. Lo único cierto, es que gracias a Dios, su operación había sido exitosa.

* * *

En el piso de Neurología, el cual era compartido con las áreas de Maternidad y Traumatología, la sala de espera, equidistante a todas, estaba en mejores condiciones que en el resto de “plantas”. Habían sillas nuevas, sin oxido ni rotas, suficientes para los familiares que decidieran o necesitaran pernoctar allí, y por su parte, los pisos de granito se mantenían intactos, no como en otras partes donde se sustituyeron por cerámicas, ya partidas muchas o sencillamente, arrancadas, dejando el cemento vacío, generando constantes tropiezos de los transeúntes.

Ahora bien, la verdadera excepción se encontraba en el quinto piso. Como si fuera un oasis refrescante dentro del desierto más seco, destacaba por su pulcritud, mantenimiento, dotación y decoración, el Área de Pediatría, a Dios gracias por el bienestar y confort de los infantes reclusos. Este espacio infantil era el úni-

co en todo el hospital, que poseía aire acondicionado, incluyendo hasta las mismas oficinas de la Dirección, donde habíamos estado la vez anterior, cuando nos presentaron a la joven subdirectora. Realmente el lugar se mostraba totalmente impecable, como si no se estuviera dentro del deteriorado edificio.

Durante esos días eran notorios en nuestro piso, por la “extraña” indumentaria, un grupo numeroso de árabes, hombres y mujeres, quienes “tenían” hospitalizado a un familiar, quien la mañana previa a “nosotros” salir, al agravarse fue pasado a la Unidad de Cuidados Intensivos, enterándome que falleció la misma tarde. Según escuché, era un próspero comerciante dueño de varias mueblerías de la ciudad, y debía ser algo así como un “patriarca” para todos. Estaban allá solidariamente a cualquier hora, varios hombres, entre los que llamaba bastante la atención uno de barba larga, luciendo siempre una bata blanca y un gorro de “*imán*” musulmán, así como varias mujeres con la cabeza tapada por unos velos de diversos colores, que revisando luego en *google*, supe que su nombre es “*hijab*”. El resto de hombres, aunque casi todos embarbados y de reconocibles facciones orientales, si vestían a lo occidental

En las tres noches que me “tocó acompañarlos” en el espacio de las sillas de descanso, percibí que prácticamente no dormían. Sentados en el piso los hombres, por su lado, haciendo un círculo fumaban o aspiraban de una rara pipa que compartían y los mantenía amenos, en un hablar ininteligible de to-

dos, menos el señor de la bata y el gorro, que a todo momento se mantenía callado, con la vista al frente, como si siempre estuviera meditando; mientras que aparte, sentadas en las sillas, las mujeres conversaban calmas, de dos en dos.

Verlos divididos como en un recreo de preescolar o primaria, jugando separados los varones de las hembras, me hacía recordar la vez que caminando por Caracas con una antigua novia, en plan de turista provinciano que descubría la capital, fuimos a la Gran Mezquita que se acaba de erigir en la ciudad, y para ingresar tuvimos que llevarnos nuestra dosis de “sexismo”, al yo acceder al gran recinto por la puerta principal, luego de quitarme los zapatos y dejarlos en la entrada en una especie de zapatera, mientras que mi compañera hubo de hacerlo por una puerta lateral, luego de haberse colocado una “*burka*” de las colgaban en un pequeño cuarto al lado, requisito ineludible este. Pude entrar al centro del espacio abierto sin muebles ni sillas, y en el que varios hombres arrodillados repetían versos de El Corán, pero ella tuvo que restringirse a ocupar, sentada en el piso, una de las orillas, tal como lo hacían en ese instante, algunas musulmanas “de verdad”.

Parecía como si por el momento habían levantado un campamento beduino en medio de la inmensidad del *Sahara*, reunidos para concertar una alianza tribal, o tomar una decisión importante en la ruta de las caravanas que transitan *El Magreb*. Ahora me pregunto, ¿si cerrarían sus negocios por esos días,

o confiaban totalmente en sus empleados “criollos” como para no moverse del hospital, ni siquiera para comer?, ya que estaban apertrechados de suficientes viandas. Algunos eran amables, y ya nos reconocíamos, e intercambiábamos saludos. En total eran más o menos unos dieciséis o diecisiete..

Un hecho curioso que me “ocurrió” con los “árabes”, de quienes nunca supe su nacionalidad de origen, fue que en tres oportunidades diferentes dentro del hospital, el mismo número de las negaciones de Pedro a Jesús, fui confundido con uno más de ellos, preguntándome incluso una señora, si era el dueño de una mueblería que quedaba en Pampán, en la cual ella habituaba comprar sus “corotos”, respondiéndole que no, pero para mis adentros sonriendo irónicamente, al verme asemejado a ellos, no por la “plata” que hipotéticamente pudiera tener en mis cuentas bancarias, sino por la “pinta”. Bueno, anteriormente ya me había pasado en varias oportunidades tanto en Mérida como en Boconó, cuando en zapaterías o tiendas de electrodomésticos, los dueños curiosos indagaron si yo era sirio, libio o libanés.

Claro, comprensible por estar casi quince días sin afeitar y ya se me había extendido desordenadamente por las mejillas, la habitual barba de “candado” que desde unos cuantos años para acá había adoptado a mi rostro; y supongo, también por las innegables secuelas genéticas que dejaron los ocho siglos de presencia árabe en la península hispánica durante la edad media, sembrando un marcado intercambio étnico y

por supuesto cultural, llegado a nosotros a través de la sangre española, perceptible en algunos como yo, con nariz aguileña, cara alargada y mentón pronunciado. Particularidades de nuestro amplio mestizaje, rico en orígenes e idiosincrasias.

* * *

Durante esta segunda incursión en ese hospital, la mayor parte de las medicinas las colocaban de manera gratuita, teniendo que buscarle solo unas inyecciones de varias vitaminas, con las cuales le preparaban unos “cocteles”, pasándoselas todas juntas a la vez. Las de “consumo obligatorio” como antihipertensivos y las de la diabetes nunca le faltaban, por su costumbre de “apertrecharse” donde las viera, previendo su escasez. Por lo tanto, ya no debía preocuparme tanto de esa infatigable y la mayor parte de las veces infructuosa “cacería” por las farmacias, lo que no era un impedimento para mis acostumbradas caminatas diarias, ahora con la intención de “despejar la mente”. Además, también fue determinante, el que los niveles de glicemia estuvieran controlados dentro de los parámetros normales para su condición, permitiéndose así de esta manera, una fácil recuperación.

Cuando teníamos seis días allí, el cirujano que lo había operado, nos dio la buena nueva que le daría de alta en dos días, en vista de que estaba respondiendo bastante bien en su evolución neurológica, aún cuando en la parte motora no se percibían los mismos avances, por lo cual nos iba a dar una orden para solicitarle una cita con la fisiatra del hospital, quien

no era sino otra que una compañera del bachillerato, a quien había reconocido desde lejos, en dos o tres ocasiones caminando por los pasillos del hospital. El nos avisaba desde ya, con la intención de que previssivamente fuéramos buscando la ambulancia. Ahora bien, ¿cómo harán aquellos que no tienen la dicha o la suerte de contar con amigos de esos que saben “mover sus teclas”, para conseguir sin muchos problemas algún apoyo necesario? Al menos, gracias a Dios, a nosotros durante este trance, en ningún momento nos faltaron, y pudimos saltar a tiempo los diferentes escollos, que en más de una ocasión se presentaron.

De manera tal, que a los catorce días de haber salido hacia Valera, con papá prácticamente inerte, regresábamos a la casa con él consciente, y convencidos todos, por cómo se veía, que lo peor ya se había superado, y que todo era cuestión de tiempo para que se recuperara, por supuesto, entendiendo que a su edad, ya no sería igual al Nino de antes. Por lo tanto, al mediodía nuestra llegada inundó de un ambiente positivo la casa, y sobre todo, mamá se veía contentísima ante la inminencia del trauma superado.

* * *

A la tarde del otro día, ya estaba en el apartamento reencontrándome con los míos, luego de dos semanas de ausencia, dispuesto a retomar la normalidad del “quehacer nuestro de cada día”. Se veían contentos, porque sabían por lo que les había contado los días anteriores desde el hospital, que poco a poco el abuelo mejoraba significativamente, y pienso

que además de esa alegría por la recuperación, interpretaban que ya no tendría que salir otra vez de emergencia, a cuidarlo nuevamente y ausentarme por tantos días del hogar.

Esta vez no les había llevado las “encomendadas” chulas, que después de buscarlas durante la tarde de la víspera por todas partes, no conseguí debido a la escasez de harina de trigo en el municipio, que “obligaba” a los expendedores a vendérsela únicamente a las panaderías, para la preparación exclusiva sólo de pan canilla a ser “distribuido” en los diferentes sectores, por unas organizaciones comunitarias denominadas “consejos comunales”, a través de una especie de censo.

Por este “monopolio del pan”, casi les llegaba sin nada, si no es porque en el terminal de Valera pude comprar unas “acemas caracheras”, famosas en la región desde que yo me acuerdo, y que cuando niño, adquiriríamos frescas, recién hechas, siempre que íbamos a Carache o a La Concepción. Son preparadas con harina integral y panela en trocitos que se le encuentran casi derretidos o amelcochados, dándole un sabor muy particular. Son buenas, pero pienso que con el paso tiempo, al extenderse la receta y ser hechas en varios lugares, algunas han ido perdiendo calidad, siendo más resacas y por lo tanto, endureciéndose un poco; además podía verse que esas que compré, por su contextura, tendrían unos cuantos días en la vitrina del cafetín donde las “encontré”, presumiblemente por que su precio ya no es tan “solidario”. De todos modos, las cinco que llevé no sobrevivieron mucho a las fauces devoradoras de Luis

y Daniel, que como salidos de “El Barbarazo” de Wilfrido Vargas, pues “...Y el queso que había en la mesa también se lo comió. Ese barbarazo acabo con tó...”, y si nos le hubiésemos descuidado, seguro nos dejaban por fuera de haberlas saboreado remojadas en un buen café, como lo hicimos durante la cena.

Ahora lo que si llevé exclusivamente para mí, no porque sea egoísta, conducta de la cual a Dios gracias estoy en la esquina contraria, sino porque sé que ningún otro en el apartamento lo iba a sacar de la nevera, fue un frasco grande de ají, del más típico chirere trujillano, que vendía un amigo en Boconó y que picaba “sabroso”; y es una de las “cosas” que más añoro de mi tierra natal, ya que cuando tengo, se lo coloco a todo, sacando por supuesto a las pizzas y pastichos, pero de resto, cualquier preparación lo “aguanta”.

Aún continúo sin entender por qué razón, el picante que elaboran en tierras merideñas a pesar de su pasado casi común “timoto-cuica”, es “inofensivo”, preparado con una suavidad característica, con mas verduras que ajíes, para tal vez aromatizar un poco el sabor de las comidas, sin brindarles un picor adicional. De hecho, una de las frases más comunes que siempre he escuchado en Mérida, para rechazar el uso de un buen picante que “pique de verdad”, valga la redundancia, es el argumento de que lo que hace es “echar a perder la comida”.

De igual manera, ante mi adicción voraz por ese succulento aditivo, no era mucho lo que duraría la ingente botella.

Ese año fue tan turbulento y rápido en su paso, que pienso me enteré del carnaval, al ver a María vestida de hada para ir a un desfile de su preescolar, y por Daniel llegar mojado de jugar lanzándose agua con su grupito. Desde los días del accidente, de una operación a la otra, las preocupaciones diarias llamada tras llamada por saber de la salud de papá, y los avatares propios, no dejaban mucho espacio para desviarse de una realidad, que se apropió por el momento, de nuestras vidas.

Y las noticias “indirectamente me decían” a diario de algo latente: los daños sufridos a nivel de la movilidad eran irreversibles, a pesar del éxito de la operación al devolverle la plena conciencia de la realidad; y aunque mamá y Alexis seguían aferrados a pensar que era cuestión de tiempo verlo caminar, yo en medio de mi “negativismo realista”, lo cual prácticamente tengo tatuado en mi visión del mundo, me expresaba internamente, sin cortarles las alas a ellos, que no creía que lo volviera a hacer. Sencillamente, el golpe que se llevó el pobre fue muy duro. Pensaba que con resignación, pero a la vez con temple de acero, debíamos acostumbrarnos a lo que nos daba la vida, y dar gracias a Dios a diario porque dentro de la fatalidad, Nino estaba vivo. Esperaba pues que las llamadas que recibiera constantemente, no vinieran cargadas de noticias “oscuras”.

Mientras, poco a poco me adaptaba a la normalidad que exigía la familia, el trabajo y los estudios, pero siempre con un espacio dentro del pensamiento

conduciéndome a una silla de ruedas, a una cama y a las dificultades por las que pasaba mi madre a su edad. Bregar con un paciente, con su peso, con su alimentación, con sus necesidades fisiológicas, es decir, atenderlo integralmente no es nada fácil, y ahí estaba ella, “guerreándole” a la vida y a la esperanza, en el compromiso de vida adquirido desde que se conocieron y aceptaron estar juntos para y por siempre, siguiendo al pie de la letra la tradicional letanía litúrgica nupcial que estrecha vidas “hasta que la muerte los separe”, en las buenas y en las malas.

Pronto vendría la Semana Santa, y tal vez no viajaría a Boconó. Papá mal que bien se encontraba estable, y mi presupuesto en medio de tantas cosas, estaba un tanto ajustado. Sería mejor esperar al periodo vacacional, pensando posiblemente estar un tanto más holgado del bolsillo, aprovechando el pago de la bonificación correspondiente, y además iríamos todos. Total, faltaban escasos cuatro meses. Además debía recuperar tiempo y espacio en las clases de los cursos que atendía y del posgrado. El semestre para mi casi se había convertido en virtual, y tenía tanto en la página web de la universidad como en mi correo, montones de archivos por leer y evaluar interactivamente con cada uno de los estudiantes; pero también en los estudios debía acelerar la marcha, habiendo entrado en la recta final que exigía ya, la futura presentación de la memoria de grado.

Ahora bien, precisamente el Domingo de Ramos a media tarde me llamó Alexis, diciéndome que Nino

se había descompensado notoriamente y lo habían hospitalizado de emergencia. El asueto de la Semana Mayor lo habría de pasar en Boconó, sin saber cuándo regresaría.

* * *

En la carretera me enteré que se había agravado en la mañana y que por lo tanto, los médicos habían tomado la decisión de pasarlo inmediatamente a la Unidad de Cuidados Intensivos. Cuando llegué al hospital, lo conseguí totalmente inconsciente. Tenía sus brazos sumamente amoratados e hinchados, afectados por todo el tratamiento recibido vía endovenosa; con laceraciones en sus pies, producto de la diabetes y la posición rígida, semicubiertas con cremas para las curas, y que gracias al colchón antiescaras no le habían salido en otras partes del cuerpo; además de un color de piel amarillento. Esta era la peor visión de él que había tenido, incluyendo los días posteriores al volcamiento.

Afuera estaban muchos familiares y amigos reunidos, haciendo guardia de amistad y solidaridad. Amistad con el postrado en la cama; solidaridad con mamá, al verla “achicada” en medio de la preocupación. Entre todos se sentía un silencio pesado, obligado por un espacio donde las normas indican no ingresar hasta la cama del paciente, pero la “cercanía” con los médicos, principalmente con José Gregorio, privaba para flexibilizar “el deber ser”, y permitir “el vayan pasando de uno en uno”, quienes luego de “darle un ojito solidario y alguna oración recon-

fortante” salían, pero se iban quedando en la puerta, apoyados además, por las enfermeras que pasaban de un lado a otro hechas las desentendidas.

Quedé con mi hermano a pasar cada uno una noche en la UCI, a fin de no desgastarnos. Como estaba llegando de viaje y venía cansado, esa noche yo dormiría en la casa, y de ahí en adelante alternaríamos. Como la casa queda cerca, exactamente a seis cuadras, mamá y yo nos fuimos caminando. A ella se le dificultaba andar a pie en la calle, debido a que se había “malacostumbrado” a que papá la llevara a todos lados en vehículo, a lo más mínimo. Eso le traía cansancio e incomodidad para pasar las calles, al no llevarle el “tiempo” a los carros. Su tema indudablemente era el agravamiento de Nino, preguntándome como lo vi, si pude observarle algún movimiento. ¿Para qué explicarle lo que no quería entender? Todo esto dentro de la negación de lo posiblemente irremediable.

* * *

Esa Semana Santa fue verdaderamente atípica. Desde siempre para mis estas fechas habían sido más tranquilas que las de los otros “asuetos vacacionales”. Tampoco voy a decir que eran de “exclusivo recogimiento espiritual”, sino de mucho deporte y alguna tertulia “espirituosa”. Cuando andaba en las sanas “patotas” de muchacho, pasábamos estos días sacros entre partidas y partidas de futbolito hasta más no poder, apostando los refrescos que calmaban la sed de la larga jornada de sudores y goles, y que Talla al enterarse, imbuida de sus añejas abusiones, me incre-

paba que al patear la pelota “estábamos pateando a Jesús en su Calvario”, ya que dentro de su concepción conservadora, anclada aún en los inicios del siglo veinte, durante esa semana, prácticamente “todo estaba prohibido”, por lo tanto para ella, eran pecados al igual que consumir carnes rojas, la música, los juegos de azar, las palabrotas, creo que hasta barrer; entre tantas otras cosas; mi abuela nunca hubiese entendido que en el revoltoso “Mayo Francés”, los habitantes de París marcharon por varios días gritando su famosa consigna de “Prohibido Prohibir”.

Pasaban los años y como frenada en el tiempo, mi abuela continuaba ayunando los días santos, estrictamente, lo que implicaba no consumir absolutamente nada hasta la hora del almuerzo, donde año tras año, invariables aparecían sobre la mesa, tanto en su casa como en la mía, porque era la herencia gastronómica dada a mamá, la sopa de arvejas con huesos de pescado, la tal sopa de pan que nunca me ha gustado del todo, la “macarronada”, el “pescao” guisado, la ensalada con huevo y aguacate, y lo mejor, las “tortas de pescao”, especie de bollos de masa con queso rellenas de pescado. Tampoco faltaban los dulces. Una versión de diciembre sin hallacas, ni el “rey cochino”, sustituido por el “pescao salao”. Y paradójica e incomprensiblemente la rigurosa dieta del pescado, daba paso el Sábado Santo a “platos especiales” como un pescuezo de gallina relleno, un “asao” de carne a fuego lento con clavitos de olor, una buena lengua en salsa, o para irnos a “pasear”, una parrilla campestre en La Orchila.

El “ayuno santo” es universal dentro del pueblo católico, con sus variantes nacionales y regionales, adaptado a las idiosincrasias y realidades socioeconómicas. Es así como Herminia, crecida en un pueblo de la sierra, no puede prescindir de consumir esos días durante los desayunos, biscochos, que no son más que pan pasado de horno y cortado en finas rodajas, acompañados de chocolate “criollo”, que si es procesado por ella, es mucho mejor, al cual le colocan trozos de queso; esta es la versión que tienen en su casa, como en todas de las zonas altas merideñas, del acto de “ayunar”.

Luego, desde tiempos más recientes, con la misma “patota” pero ya de viejos, ha sido una fecha propicia para andar caminando de cerro en cerro, motivados no precisamente por la apuesta de *pepsicolas* y *chinottos*, sino atenuando el calor, el sudor y la sed, en la obligante compañía de la cebada bien fría.

Aparte de fraternizar con los “panas” de siempre, estaban las “infaltables” visitas familiares, de donde se salía con el estómago abultado a punta de diferentes dulces y conservas, y otras preparaciones tradicionales para tan particular época, como las deliciosas empanadas de pescado, con pasas, alcaparras, huevos y garbanzos que hacía Blanca durante todos estos días de “ayuno alternativo”.

Ahora bien, por ser fechas movibles, cuando tocaba en abril, por generalidad eran días lluviosos, y la alternativa era quedarse en casa frente al televisor, “lanzándose” una buena dosis de cine bíblico, de la

pasión, apóstoles y gladiadores romanos; así como de adentrarse por horas en la lectura, aprovechando el relativo silencio.

Pero en esta oportunidad la pasé recluso en el hospital, entre un grupo numeroso que se rotaba en las visitas, pero que nunca dejaba de pasar, pendientes de papá. La UCI de allí es menos restrictiva que otras, al menos que la de Valera, ubicada esta última al lado de la Emergencia y *Trauma Shock*, donde ingresar supongo era imposible, siempre cerrada, con códigos inviolables, que hacían que de no haber portero por alguna circunstancia, igual se respetaba el recinto. En Boconó, queda al frente de las hospitalizaciones de emergencia y por lo tanto, se puede transitar libremente por sus alrededores, la cuestión es no quedarse allí.

Tenía aire acondicionado, lo cual de hecho no es muy necesario en el pueblo, a menos que “toquen” noches de verano extremo y sofocante, con cuatro camas acondicionadas con monitores y aparatos cada una, y a su lado sus respectivas poltronas para el acompañante, bastante cómodas, en la cual dormí tres noches, sin restricciones de espacio, ni dolores de espalda, acordándome de las sillas plásticas o el murito de cemento que me acogieron varias noches en el nosocomio valerano. Si mi memoria no falla, sólo una de las camas estaba ocupada, por una jovencita, creo con cáncer terminal. También había un escritorio para el médico y la enfermera.

En una de esas noches de vigilia al lado de la cama, me trasladé en el tiempo a aquellas semanas

santas de la infancia, en que era tan común “jugar cocos”, y Nino era uno de los que sabía realmente detectar un coco ganador, duradero para aguantar y ganar las “peleas” donde Onésimo, lugar que entre cervezas y gritos se convertía en una especie de improvisado palenque. Mi hermano y yo nos íbamos con él, y seguro que, en una buena tarde, regresábamos, después de haber tomado bastante “agua” de los que partía, con el respectivo “saco e’ cocos” ganados, los que mamá, aparte de regalarle a la familia, usaba para preparar dulce de zapallo con coco. Varias veces quise emularlo, pero lo que ganaba no era precisamente cocos, sino uno que otro machucón que me tatuaba mi buen “morao” por unos días.

José Gregorio estaba de guardia durante esa semana, y eso me permitió contar con un buen amigo para charlar, cuando desocupado por momentos del constante ajetreo de las salas de atención y emergencia, se daba sus vueltas por la habitación. Precisamente el Viernes Santo, me fui con él a caminar por un largo rato al frente del hospital, donde casualmente se escenificaban, en un amplio potrero, las últimas estaciones del tradicional Viacrucis Viviente anual de la parroquia.

Estaban allí, en medio del descampado entre público y personajes bíblicos, clavadas las tres cruces, y en acto de sadomasoquismo, veíamos como el actor que encarnaba a Jesús, era sometido a “fuate parejo” por los “legionarios”, que entre risas un tanto perversas, conscientes de lo que hacían, gozaban cada uno de los “correazos” que le propiciaban al pobre

hombre, y que mostraba en su piel, confundidas, las marcas pintadas con los moretones del momento. Tal vez aceptar ese dolor, era la cuota del Cristo de turno para ser escogido para protagonizar el tradicional acto litúrgico-teatral, o posiblemente una vieja promesa a cumplir, ya que sobrellevar la semejante “cueriza”, para mí, no era algo muy “normal”.

En medio de la representación religiosa, conversamos sobre el verdadero estado de Nino, manifestándole que lo veía muy mal, sufriendo demasiado por el trance, con el cuerpo edematizado, y que pensaba realmente sólo un milagro lo podría sanar, pidiéndole me diera con sinceridad más su diagnóstico como médico que como amigo, respondiéndome con la reserva de su ética médica, que esperaba fuese posible una respuesta positiva, pero realmente estaba muy complicado.

Algo me decía que el fin estaba cerca, y sin decirle nada a mamá de lo que consideraba, para no romperle sus esperanzas, decidí regresar a Ejido a “arreglar cosas” y prepararme ante lo irremediable.

* * *

El domingo tome los buses respectivos. Iba cargado de una nostalgia abrumadora, estaba casi seguro que no lo vería de nuevo con vida. Al final de la tarde del día previo, como a eso de las seis, fue la última vez que lo vi. Inconsciente, inerte pero vivo. En ese momento no había más nadie en la habitación, ni médicos, ni enfermeras, y a la otra paciente, se la habían llevado desahuciada, aprovechando ese espacio de so-

ledad de ambos para despedirme. El dolor de verlo tendido en esa cama, sabiendo todo lo que había sufrido en esa penosa convalecencia me producía pena, lástima y lágrimas. Nino, el hombre que tanto amor me había dado estaba moribundo, y lo veía agonizante. Y conversé un monólogo con él, dándole las gracias por haberme dado la vida, expresándole que me sentía muy orgulloso de ser su hijo, y que ojalá yo pudiera ser con mis hijos, la mitad de buen padre de lo que él había sido conmigo. En ese llanto bajito que se hizo carrasposo, le dije que en la mañana viajaría a Ejido, pero que en el transcurso de la semana regresaría con sus nietos; luego le reze el Padre Nuestro y el Ave María, pidiéndole y dándole a la vez la bendición.

Una doble moral me carcomía durante el viaje, juzgándome por saber que era lo correcto, ¿si haberme quedado al sentirlo moribundo, o por el contrario, irme a realizar gestiones importantes y regresar en pocos días con mi familia? Creo que no me equivoqué, al ladearse la balanza de mi conciencia con el peso de la razón. De haber hecho lo contrario, hubiese complicado a Herminia y a los muchachos, viajar solos de improviso, ante la inobjetable crisis del transporte.

El lunes tempranito me fui a hacer diligencias a Mérida. Poniendo a mi esposa al tanto de cómo percibía el estado de Nino, habíamos decidido viajar con seguridad el jueves. Ya había conversado con la directora del liceo, manifestándole que no me sentía anímicamente en condiciones de asistir a laborar, y que a mitad de semana viajaría a mi pueblo; induda-

blemente me brindó todo su apoyo, manifestándome que no me preocupara, que eso era lo correcto en vista de la gravedad de mi padre, y que sin problemas luego justificaría las ausencias.

Lo primero que hice fue dirigirme a la empresa de servicios funerarios con la cual tenía contrato a través de un convenio gremial, informándome de los “beneficios” y pormenores del mismo, sobre todo en el caso de usarlo en otro estado del país. Me enteré en ese momento, porque a pesar de tenerlo desde hacía más de una década lo desconocía, que poseía una afiliación de primera categoría llamado “Plan Global Tipo A”, que brindaba un paquete especial, dispuesto a cubrir todos los gastos que se generaran, y de ser en otra ciudad, sólo con llamar a la sede principal, era posible acceder a la atención. Además, luego de comentarles sobre la posible necesidad de pronto “usarlo” en Boconó, me informaron que allá tenían subcontratadas tres empresas y cualquiera de ellas podía prestar el servicio en las mismas condiciones, y sólo era cuestión de escoger la que mejor nos conviniera. Con esto, salía de una duda que me había generado una prima, de que ese servicio era restringido, abarcando solo un pequeño porcentaje del monto a pagar. Como era cerca, aproveché un “ratico” para pasar por la universidad, a firmar unas planillas de notas del semestre anterior e informar que definitivamente culminaría el que estaba en pleno desarrollo, con esa, por las circunstancias, obligada modalidad “a distancia”.

Posteriormente, fui al taller donde desde que me acuerdo, un paisano trujillano, “buena gente” él, me revisaba los frenos, cambiando pastillas y rectificando discos cuando fuera necesario. Ese día todo estaba bien, excepto los frenos traseros, los cuales “graduó”. De manera tal, que el carro por esa parte, se encontraba en condiciones de tomar carretera.

Ya en la noche, por responsabilidad más que por interactuar conocimientos, asistí a la clase de posgrado, solicitando de nuevo una tregua, que el profesor, en esta ocasión de hecho mi amigo y compañero de ideas y de palabras, me dio. Él estaba claro, que con mi demostrada acuciosidad y voraz lectura, sería muy fácil ponerme a tono para presentar a tiempo mi investigación, comprometiéndose en ese momento en convertirse en mi “Tutor”.

De hecho, el tiempo le dio la razón, y a pesar de los pesares, fui el primero en culminar la tesis, y presentarla ante todo el grupo.

* * *

Al día siguiente, en la mañana cumplí con la rutina de llevar y buscar a mis hijos y a mi esposa a la escuela. Ella se había incorporado al trabajo luego de su reposo de ley por el nacimiento del pequeño Gabriel, a quien ya próximo por escasos días a cumplir su primer año, lo pusimos bajo el cuidado de una señora “muy responsable y cariñosa”, que tenía una guardería cercana, y en la cual María había hecho su primera incursión dentro de la “socialización extrahogar”. Unos minutos luego, en el apartamento me

senté a leer, pero sin lograr realmente concentrarme, mientras mi pensamiento viajaba allende las montañas de la Sierra de la Culata y de los páramos de Trujillo, para centrarse en una distante cama de hospital.

Por la tarde, más o menos a las tres, salimos a realizar algunas compras, y al cerrar la reja del apartamento, de refilón mi vista se fijó en una tara negra que estaba apostada con sus alas extendidas en la pared, arriba de la puerta. Me di cuenta que Herminia también la avistó, pero ninguno de los dos hicimos comentario alguno. Su presencia en el fondo me había inquietado, ya que, dentro de las tradiciones pueblerinas, la llegada de estos insectos es temida al ser consideradas portadoras de la fatalidad, anunciando la muerte próxima de algún familiar o conocido; razón por la cual, muchos al verlas, sobre todo la “gente vieja”, las espantan a escobazos y temerosos se santiguan. Este ha sido un mito muy antiguo y de carácter universal, endilgándole en diversas sociedades, diferentes epítetos negativos. De igual manera se cree que su aleteo desprende partículas que pueden generar la ceguera. Es decir, que nadie quiere cercanas a estas primas lejanas de las admiradas y siempre bien estimadas mariposas, pudiéndose interpretar como una cuestión de “racismo animal”. Luego de un rato, yendo de un lado otro en el carro, ya no me acordaba de ella.

Pero al regresar como a las seis, el oscuro animalito se encontraba en el mismo sitio. Ya adentro, Herminia me preguntó que si la había visto, pero solo eso. Pude entender entonces, sin que me lo explicara

que en sus raíces culturales y familiares también le dan tan nefasta connotación. Desde que habitamos el apartamento, he acostumbrado lanzar al final de la noche por el bajante del pasillo, las bolsas de la basura acumulada durante el día, y precisamente la “saqué” aproximadamente a las diez, y para sorpresa, la tara no se había movido.

El miércoles, de nuevo minutos antes de las siete “haría de transporte escolar”. Herminia ese día pediría permiso en su trabajo para ausentarse por el resto de la semana, y en el caso de ser necesario más tiempo, porque no sabíamos realmente cuantos días podían ser, buscaría una justificación en Boconó. Ya estaba decidido que viajaríamos temprano al día siguiente. Abrimos la puerta, y la tara “en su premonición” continuaba instalada ahí, estática, inamovible desde la tarde anterior, como si no tuviera otra función vital más que estar ahí.

Arrancamos, los dejé en sus respectivas escuelas y regresé con la intención de continuar intentando comunicarme con mis familiares y enterarme de cómo iba todo, ya que las líneas telefónicas estaban muy malas, y no me “caían” las llamadas. Al subir las escaleras, desde el piso de abajo, la vi, pero en ese momento no le presté atención, ya se me había hecho común. Un “ratico” más tarde, mientras desayunaba, por fin sonó el teléfono y era Alexis. No sé por qué me inquietó esa llamada antes de contestar, como si fuera que la estuviera esperando, y me dijo en dos palabras lo inevitable: “Nino falleció”. Tragué

en seco el bocado que tenía a medio masticar, sintiendo que un chaparrón de tristeza caía sobre mí. Hablamos poco, y me explicó algo que no le entendí en medio de un aturdimiento paralizante, que tenía que ver, por lo que al rato intuí, se relacionaba con los trámites funerarios. La conversación en el fondo había sido rápida, y para cortar, le dije que en un rato saldríamos para allá.

Me senté y lloré lágrimas internas en medio de una incertidumbre inoperante, de la cual reaccioné como a los diez minutos, cuando “reflexioné”, para bien de él, luego de tanto sufrimiento soportado, ya estaba descansando, y un alivio me recorrió las venas, como si me hubiese conectado con un mundo de paz al cual estaría entrando. Pude entonces hacer una serie de llamadas necesarias: a mamá, quien aún no lo sabía, y por ese defecto pero virtud a la vez, que poseo de que no puedo, o no sé decir mentiras, le transmití lo que ella jamás había querido oír; a Herminia, quedándola a buscar en una media hora, para darle “chance” de que informara lo acontecido, y buscara a María en un Preescolar cercano; también a la mamá de Luis para que lo llamara al colegio, y el subiera a su apartamento, a meter unas cuantas mudas de ropa en su maletín, y lo recogeríamos subiendo; y por último, a la empresa funeraria.

Cuando salí por Herminia y mis hijos, lo primero que hice luego de abrir la puerta del apartamento, fue buscar la tara, pero está ya no estaba, se había ido. Serían las ocho y media. Al montarse Herminia en el

carro, se lo comenté, y por fin hablamos lo que habíamos obviado, señalando que el “bicho” había llegado como “ave de mal agüero” a decirnos que papá estaba en su agonía, desprendiéndose de sus últimas horas de vida, para liberarse por fin de su penosa enfermedad.

* * *

No recuerdo bien si fue como a las once que estuvimos listos para salir, luego de llegar a preparar rápidamente el equipaje, ya que lo habíamos pospuesto para organizarlo durante la tarde, y partimos rumbo a Mérida, donde embarcamos a Luis, quien tenía rato esperándonos sentado en la puerta de su edificio del norte de la ciudad. El viaje se nos hizo tranquilo, aunque iba corriendo un poco más de lo que siempre acostumbro. Durante el camino, hablamos mucho, de cualquier cosa, tratando yo de tocar cualquier tema que me deslindara de la tristeza y la angustia, y creo que Herminia indirectamente entendió mi inconsciente estrategia. Era como una gruesa capa de vidrio de seguridad bancaria, que contuviera y obviara la pena por la pérdida del amado padre, haciendo que pareciera más bien, cualquier viaje normal de los de las temporadas vacacionales, en los cuales se siente la alegría por llegar, y no el presumible dolor por lo acontecido.

Entre cuentos del día a día, y baladas de Perales, Yordano, Carlos Vives y Reinaldo Armas que repitieron su ciclo varias veces, al ser los únicos *cd's* que no estaban rayados, avanzamos por un páramo gélido y lluvioso como nunca, haciendo una obligatoria

parada para almorzar, en el último restaurant que se encuentra subiendo a Pico El Águila. El frío allí era demasiado intenso, que a pesar de los gorros y guantes que calentaban algo a los muchachos, titiritaban, moviéndoseles en sus manos la respectiva arepa de trigo y el chocolate caliente. De allí en adelante, no paré más, sino a colocar gasolina en Valera, previniendo cualquier contingencia en el pueblo, de todas formas, pudiera tranquilamente haber llegado, ya que venía con el tanque lleno, luego de haber colocado saliendo de Mérida, en la bomba de Vuelta de Lola.

Llegamos a las seis de la tarde, y pasamos directamente a la sala velatoria, ubicada para suerte nuestra, solo a una cuadra de nuestra casa. Entramos y estaban todos, la familia, vecinos y amigos, y al llegar al ataúd, deje salir el llanto y el pesar que había contenido durante el trayecto. Ahí estaba papá, pálido, inmóvil en la rigidez de la muerte que cambia las facciones y hace más viejo al difunto. Mostraba la calma de los años vividos, de los casi ochenta y cinco que cumpliría en tres meses, sabiendo que había sido un hombre feliz, dentro de su concepción simple de la vida, porque siempre había hecho sin irrespetar a los demás, lo que quería hacer, lo cual amortiguaba un tanto mi nostalgia por su partida.

* * *

Comenzaba para mí una larga noche sin dormir. Fuimos a la casa, y luego de dejar el carro en un estacionamiento cercano y bajar los maletines, nos preparamos para ir de nuevo al velorio, donde el per-

sonal de atención nos había llamado antes a cenar, y les planteamos que lo haríamos en un rato luego de asearnos. Vino un buen baño para quitarnos el cansancio de la carretera, un pequeño descanso mientras nos alistábamos todos, y de nuevo a la calle. Cenamos allá mismo y poco a poco entre pésames, llamadas solidarias de aquí y de allá, y rosarios avanzaron las horas, sumándose a cada rato más gente, que nos mostraba el aprecio que él a bien, con sus acciones, se había sabido ganar.

Pero ya a la media noche, la mayoría se había ido. Por medidas de seguridad el portón lo cerraron, reflejo de la nueva sociedad, la de las puertas con rejas y la añoranza por la otrora “felicidad”, y quedamos realmente muy pocos. En la sala contigua, “velaban” a una señora que a esa hora solo era acompañada por una hija. De nuestro lado, solo estábamos y amaneceríamos, no rezando, sino conversando por momentos, y otros cerrando los ojos sin conciliar realmente el sueño, mi sobrina Vanessa, su mamá y yo. El otro habitante del callado sitio, y que se unió a nuestro pequeño grupo, era un borrachito rezandero, que según el mismo asomó, todas las noches mientras hubiesen difuntos, luego de rezar varios rosarios se ganaba “el techo y el pan”. Supongo estaría pendiente por la radio, desde “El Barzal”, un campo algo alejado donde vivía, de cada fallecimiento nuevo, para emprender su curiosa faena.

Los “rezanderos” siempre han asistido a los velorios, y aunque cuesta entenderles o no se les entienden

nada sus oraciones, por la hipervelocidad que les imponen a las palabras o el adormecimiento de los obligatorios tragos que hay que darles, son imprescindibles. Por muchos años el más famoso y buscado de ellos fue Salvador, un moreno burbusayero que por arte de magia parecía desdoblarse para estar presente en las exequias de cuanto difunto requiriera de sus servicios.

Afuera en la calle, dos primos también amanecieron, entre historias viejas y nuevas, anisadas por una botella de “larga duración”, a quienes el tenaz frío de la madrugada no pareció hacerles mella alguna, ya que uno de ellos prescindía de la obligatoria chaqueta.

A las seis y media, cuando ya había amanecido, en medio de una pequeña llovizna que se comenzaba a asomar, me fui a la casa.

* * *

El día comenzó a ponerse lluvioso. El entierro había sido pautado para las once de la mañana. En estos trances las horas se pasan volando, y al momento de salir para la iglesia a la misa de despedida, caía un verdadero palo de agua. Como pudimos, abordamos los vehículos para no mojarnos, y en minutos, entre un considerable grupo de familiares y amistades, estábamos al frente del altar mayor, orando y escuchando los réquiems por la paz y descanso de su alma. Nunca me había detenido a visualizarme encabezando un cortejo fúnebre, con ataúd en mano, cargando allí una parte significativa de mi vida.

Culminó la ceremonia y nos dirigimos al cementerio, al cual íbamos menos personas por la distancia

y la lluvia. En el camposanto, casi en la entrada, entre muchas tumbas viejas, donde destacaban hermosas estatuas de fino mármol italiano, representando vírgenes y serafines talladas con la perfección de buenos maestros, reflejando la pujanza económica de viejas familias de encumbrados apellidos de nuestra historia local, estaba nuestro pequeño panteón familiar, que recibiría por siempre a un buen hombre.

Era su entierro y no su siembra, como le gusta repetir a algunas personas como loros, dentro de un conductismo ideológico, y ya al momento de colocar las placas de cemento sellando para siempre la tumba, arrojé desde el dolor y su ausencia, frases emotivas entrecortadas entre lágrimas que confundidas con las fuertes gotas que caían del cielo, no podía contener, que se me atragantaron y dejándome mudo por instantes, finalmente pude expresarlas rompiendo el silencio, llorando a moco suelto como un niño de cinco años al cual se le ha roto su juguete preferido. Palabras incontenibles como una cascada en caída, no pensadas, solo sentidas. Y sé que le dije en mi interior que lo amaba profundamente. Es el amor incondicional, que nunca dejará de existir “entre carne de su carne”. Sencillamente amor. Muchas veces escuchamos proferir frases estériles, llenas de lugares comunes, sobre el amor filial, que si el “mejor hijo de mundo”, que si el “mejor padre o la mejor madre del mundo”, pero que en muchas ocasiones, se hacen vacuas de sentido y sinceridad.

Sentimiento enquistado en la piel y el corazón, al saber, como canta Luis Silva en una hermosa gaita,

que “...Amor del bueno hay entre los dos. Tú me quieres, yo te quiero, esa es la pura verdad...”, que va más allá del tradicional y “demostrativo” luto, que como un uniforme y un código de conducta asumen muchos para cumplir con los demás, temiéndole al dañino “que dirán”; por lo tanto, el amor y el dolor por los ancestros o por los seres queridos que se van, no es cuestión de colores, brazaletes, listones, o caras.

Pienso que la tristeza se hace mayor, en el momento que se deja al difunto en el cementerio, de la que se pudo haber sentido durante las horas del velatorio, al tenerse plena conciencia de que ya no se verá nuevamente, y ahí si viene asumir a plenitud, entender esa resignación, que tanto le expresan a los familiares, al momento de recibir las condolencias.

Nos retiramos del “santo lugar” y a adaptarnos en adelante a las nuevas circunstancias. Vendrían entonces los días de acompañar a mamá, en su nada esperada condición de viuda y de vivir sola; las misas y rezos; y el acostumbrado “nueve” de los católicos, y con él, el regreso a continuar con la vida rutinaria de mi familia en el Ejido adoptivo.

* * *

Al pasar un año exacto del deceso de Nino, en la tarde de la víspera del aniversario, algo nos llamó la atención: por casualidad, casualmente de nuevo una tara negra se paró arriba de la puerta de nuestro apartamento, en el mismo lugar que se había posado la mencionada anteriormente, manteniéndose allí inmóvil hasta la mañana siguiente, y notando al medio-

día, al regresar del trabajo, que ya se había ido. Fue sumamente curioso, porque se repetía a cabalidad milimétricamente en los tiempos, esa presencia inesperada del año previo, quedando la duda de si sería la misma tara mensajera del infortunio, o el mero azar de los arcanos del destino.

En una oportunidad, en que le relate lo sucedido a un viejo amigo, me increpó de que a la primera tara que llegó la hubiera “espantado”, para que se fuera con su fatalidad a otra parte, pero pienso que con correrla no habría cambiado en lo más mínimo, el cauce natural de los acontecimientos, ya que mi padre desde hacía días se encontraba en su inconsciencia, respirando sus últimos estertores.

Pudiera elucubrarse que el alma de los difuntos se mantiene cercana de sus parientes durante el primer año de su fallecimiento, cumpliendo así con un ciclo terrenal que los conduce a la vida eterna y vivir en paz, entre los buenos recuerdos de sus seres queridos. Por eso, algunas sociedades tribales, al cumplirse un tiempo de la muerte, desentierran a sus muertos y les hacen otra ceremonia simbólica, como es la práctica de dejar que sus cenizas se vayan con la brisa o el caudal de los ríos, para permitirle volar alto o navegar por los mares, sin ninguna atadura terrenal; volcarlas en la tierra para que su savia nutra los cultivos a través de sus acciones de vida; o consumirlas en un acto de antropofagia alucinógena.

Esa tarde, imbuido de la más profunda nostalgia y en el silencio de la soledad, escribí un poema

en su memoria, como homenaje póstumo a ese gran hombre, que siempre me supo dar mucho y nunca me pidió nada a cambio, y que transcribo de manera textual, como cierre a este relato salido más que de la razón, del corazón:

El Señor de los Cerros

A Nino Urbina, mi padre. *In Memoriam*

Hace un año que el “Señor de los cerros”,
amo absoluto del aprecio de la gente pura y sincera
del recóndito ande boconés,
partió en su último viaje,
en una carrera hacia la eternidad,
cargado con sus maletas repletas de amor y humildad
y la conciencia de saberse “el hombre bueno”.
“El Señor de los Cerros” hoy deambula por los confines del cielo,
haciendo quien sabe cuántas veces el Camino de Santiago,
acompañado por sus amigos de siempre,
entonando añejas rancheras aprendidas en sus cuitas de los años mozos,
y transcurriendo el tiempo,
en un diálogo perenne en su colorida esquina taciturna y bullanguera a la vez,
y con los bolsillos atiborrados de monedas de chocolate
de esas que dibujaron sonrisas en los nietos amados,

las mismas de cada cuento hilvanado en la remota infancia.

Nino, caballero andante,
padre solidario y hombre sensible,
consecuente labriego de la amistad,
se reúne a diario con Dios
pidiendo protección y bendiciones
que nos caen como lluvia sagrada.

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 21 días del mes de julio de 2022, para ser presentado en la cuarta edición de la Feria Independiente del Libro de Maracaibo.